RAMÓN ACÍN Y SUS CRÍTICOS

Hacia 1910 ó 1911 aparece en el periódico oscense La Voz de la Provincia la primera entrevista que se conoce de Ramón Acín; su interlocutor será un antiguo amigo del Instituto, Julio Martínez de la Fuente, y lleva por título Nuestros artistas. Ramón Acín :

In illo tempore, cuando estudiábamos Geografía en el Instituto, Ramón Acín presentaba los mapas más admirables de la clase, sus libros guardaban en el forro y en los blancos de las hojas apuntes de la Alameda y demás lugares de nuestras hazañas, con (...) adoctrinaban, constituyendo todo ello la admiración y el regocijo de los compañeros.

Desde entonces ha seguido Acín cultivando la pintura y el dibujo él solo por su cuenta y riesgo, sin más norma que su loca afición y su mucha aptitud.

Una reciente visita a su estudio me sugirió estas líneas, que publico sin la venia del interesado, pues de saberlo él no me la hubiera concedido, impidiéndome entonces rendir esta prueba de afecto al antiguo amigo. Lo sensible es mi absoluta impericia en estas lides del pincel; tal vez por ello sean más ingenuas y verídicas estas impresiones.

La impresión que he sacado de la obra pictórica de Ramón Acín es que se le puede llamar un libertario de la pintura. Sin maestros, sin guía, sin escuela, sólo dado a su inventiva, produce una serie de pinturas de todo género.

Sin embargo, dos son las principales tendencias de Ramón Acín: la pintura decorativa y la caricatura, dominando en ambas, dos caracteres: la originalidad y la seguridad en sus líneas.

En la decorativa tiene cosas que son ya insuperables, tal como varios cardos, que parece ser el adorno característico de Acín; difícilmente habrá quien dé la sensación de la realidad tan grande y juntamente con la de belleza pintando una planta tan vulgar y de tan pocos encantos. Otros muchos apuntes, dibujos y pinturas decorativas tuve ocasión de admirar, algunas de marcado tinte modernista, pero siempre con rasgos perfectamente definidos de su autor, que no se le puede comparar a ningún otro.

Como caricaturista no es menos genial Ramón Acín; tiene una variada colección verdaderamente notable de caricaturas, entre las que destacan una de nuestro simpático amigo Valentín Cerveró y otra del egregio compañero Adán, que a cualquier hora firmarían los primeros maestros de la caricatura.

Pero aunque éstas sean las dos principales tendencias de Acín, y que seguramente han de constituir su personalidad artística, no se concreta a esto sólo en su labor de dibujante y de pintor, pues como paisajista no es menos notable, teniendo también pruebas muy estimables de sus facultades para el retrato, siquiera sea ésta la rama pictórica que hoy por hoy menos domine.

En paisaje nunca ha copiado lo pintado por otro, su guía ha sido la naturaleza; con su álbum en el bolsillo sale al campo y de cualquier parte toma bellísimos apuntes; otras veces, con más detenimiento y en compañía del caballete y demás bártulos, pinta en serio deliciosos rincones con que brinda al artista en cualquier parte la Naturaleza.

En el retrato encuentro más perfecto lo que hace en dibujo que en pintura; bien es verdad que esto último hasta la fecha lo ha cultivado mucho menos, siendo por tanto muy natural no tenga el dominio que en lo demás.

¿Tiene defectos la obra de Ramón Acín? Si los grandes maestros de la pintura, como en todo lo humano ocurre, los tienen, natural es pensar que Ramón Acín, que todo se lo ha hecho solo, que es joven y que hace poco tiempo se dedica como especialidad a este arte los tendrá también; así lo creo, pero otro más lince y más entendido que yo los verá.

Si acaso lo único que me parece es que a causa de ser como he dicho un libertario de la pintura, educado sólo por completo, le falta algo de técnica, pero esto no es defecto perpetuo, sino que el tiempo y la práctica han de corregir.

Otro lunarillo del artista es el que comienza muchas cosas y luego las cuelga y deja sin terminar; tiene entre ellas un autorretrato y un cuadro decorativo modernista que sería verdaderamente sensible no se vieran

terminados.

Ramón Acín parece que tiene (...) el agradable rato que permanecí en su estudio. Bien ajeno estaba él de que mis preguntas eran para luego enderezar esta descalabazada crónica.

- Su proyecto es entrar desde luego en el estudio de un buen maestro.

-¿ ... ?

-¡Nunca! Los alumnos de la Escuela de Bellas Artes, encuentro que salen luego amanerados y todos haciendo lo mismo.

-¿ ... ?

-Eso es lo que estoy pensando. Comprendo que lo que necesito es técnica y para esto un buen maestro es menester que tenga, pero no quisiera salir haciendo luego lo mismo que quien me enseñaba. Por ahora me inclino a Benedito, porque además de ser un buen pintor, no tiene esas características tan marcadas de otros maestros y así no me expongo a caer en ellas.

-¿Qué más planes hay?

-Si trabajara este verano haría antes de irme a Madrid una exposición de mis trabajos en Huesca.

-¡Feliz idea!

-No sé si merecerá la pena; lo que he hecho hasta ahora sólo ha sido para aprender, si este verano trabajo algo, en el mes de Septiembre lo haría.

-Adelante con la idea; no hay que dejarla.

Y comenzó a narrar algunos cuadros y caricaturas en proyecto, revelación de la estupenda inventiva de Acín.

Luego hablamos del modernismo. Acín cree en él. En el paisaje, dice, hay horas del día especialmente a la puesta del sol, que se presentan matices y colores tan raros que desfiguran por completo el paisaje de como es a otras horas, y si el artista alcanza a recoger todo eso justo es reconocer la existencia de tan censurado estilo. Por eso me gustan –añade- los cuadros de Santiago Rusiñol, que muchos juzgan no hay realidad como aquellos cuadros.

En el decorativo –continúa- la ventaja del estilo modernista es los vuelos grandes que el artista puede tener, dando siempre cabida a su originalidad; porque ¿hay quien puede hacer algo nuevo por ejemplo en el estilo gótico o románico? Imposible. Pues por esto encuentro ventajas en el modernismo, sin que por esto me declare cultivador de él en absoluto.

Rodando la charla se habló de museos, de concursos, de exposiciones y por fin el sueño de todo artista joven. Sus grandes deseos de viajar por Italia y demás países, recuerdos vivientes del viejo arte, siempre admirado.

¡Lástima! -pensé al marcharme- que nuestra Diputación y nuestro Ayuntamiento sean tan pobres y no puedan pensionar a nuestros jóvenes artistas, que luego han de dar nombre a Huesca.

Los primeros dibujos de Acín publicados en prensa aparecerán en agosto de 1910 en el Diario de Avisos de Zaragoza; y en diciembre de 1911 una viñeta suya ocupará la portada de la revista madrileña Don Pepito. Con motivo de esta colaboración saldrá una reseña en el periódico oscense El Diario de Huesca, el 3 de enero de 1912, con el título Caricaturista oscense, en la que leemos:

“Don Pepito”, semanario satírico que se publica en Madrid, inserta en la portada de su último número una ingeniosa caricatura de nuestro amigo y paisano, el simpático joven Ramón Acín.

Antes de ahora tuvimos ocasión de hablar con elogio de las dotes artísticas de Acín. En esta caricatura se nos muestra como una realidad en su género.

Hay en su pluma gracia y sobriedad, y es original su temperamento.

No queremos seguir haciendo elogios, porque pronto podrán nuestros lectores apreciar esas dotes en estas páginas.

Tal como sugieren las últimas líneas del escrito anterior, Acín se hace cargo de la sección “Notas humorísticas” del recién remodelado El Diario de Huesca -cuyo nuevo director es Luis López Allué- y donde publica

durante todo el año de 1912 sus colaboraciones gráficas, firmadas como “Fray Acín”, aunque con un tono más moderado que las publicadas en otros periódicos como El Porvenir, El Pueblo, Vida Socialista, etc.

Este año publica en el diario oscense El Porvenir una caricatura de su amigo José María Eyaralar “Adán” y al día siguiente, el mismo diario, insertará una nota titulada Ramón Acín:

La artística caricatura de “Adán” publicada ayer en estas columnas, original de nuestro distinguido colaborador gráfico Ramón Acín, fue comentada con expresivos elogios por muchos lectores de este periódico que nos han felicitado amablemente.

Tiene el joven pintor local un exquisito humorismo de lápiz que da a sus trabajos una deliciosa y encantadora novedad.

Deber nuestro que cumplimos gustosísimos es recoger esos elogios de los cariñosos lectores de EL PORVENIR y transmitirlos a nuestro simpático y querido Ramón.

También en 1912 diseña la portada del libro de poemas “Abril”, escrito por sus amigos Antonino de Caso y José María Eyaralar. En El Diario de Huesca de 2 de junio de 1912 se anuncia la aparición de este poemario junto a una reproducción de la portada y las caricaturas de sus autores, realizadas también por Acín; en el texto que acompaña la noticia, Luis López Allué dice:

[...] Acín, el genial caricaturista “Fray Acín”, ha hecho un alegórico y primoroso dibujo para la portada del libro “Abril”, que junto a la vera efigie de los autores, reproducimos en esta página.

El 23 de junio de 1912, día de San Juan, se celebra en Huesca un gran baile organizado por la Juventud Liberal. Acín es el encargado de diseñar las invitaciones y, unos días antes de su celebración, dice El Diario de Huesca:

[...] Los preparativos están ya muy adelantados, y en esta fiesta, en la que todo habrá de ser arte y distinción, se ha empezado por encargar los carnets a nuestro querido compañero “Fray Acín”, que ha hecho una vez más un ‘chef de oeuvre’ de buen gusto, de finura de dibujo y de armonía de líneas.

El 2 de julio de 1913 se expone en el escaparate de la librería de Justo Martínez un título dedicado al diputado D. Luis Fatás, obra de Ramón Acín. El Diario de Huesca publica al día siguiente, con el encabezamiento Título expuesto la siguiente nota:

Fue expuesto ayer, en el establecimiento de librería y papelería de don Justo Martínez, el artístico título de socio honorario, dedicado al celoso diputado a Cortes por Boltaña, nuestro caracterizado amigo don Luis Fatás, por la Sociedad La Benéfica, de Naval.

Resulta de un conjunto admirable su composición, llevando por cabeza el escudo de aquella importante villa, que es partido: en los dos cuarteles de la izquierda vese en el superior una espada y en el inferior los bastones de Aragón. En el cuartel de la derecha figuran dos moles de piedra rematando en punta, significando, seguramente, una gran peña aislada, situada al extremo Sudoeste de la villa, que se denomina ‘de la espada’ y que establece una divisoria del antiguo Reino de Sobrarbe.

El escudo está protegido por dos águilas que lo abrazan surmontadas por una corona.

Enlazando el escudo y el texto figura una artística greca de delicado gusto.

Es obra de nuestro colaborador, el genial dibujante “Fray Acín”.

Ha sido muy elogiada.

Enhorabuena.

El 2 de octubre de 1913 la Diputación de Huesca decide conceder a Ramón Acín una pensión para ampliar sus estudios artísticos. En El Diario de Huesca del día siguiente aparece la noticia con el título Acuerdo de una pensión:

Entre los tomados por la excelentísima Diputación en la sesión celebrada ayer, figura uno por el que se concede una pensión para ampliar sus estudios al joven oscense, querido amigo y colaborador artístico y literario de nuestra publicación, don Ramón Acín.

Acertada estuvo como en todo nuestra excelentísima Diputación en la concesión de esta ayuda, pues “Fray Acín” es un artista que merece el apoyo oficial, de lo que ya se habrán percatado nuestros lectores al admirar los trabajos de nuestro amigo en este mismo DIARIO.

Este pensionado será de gran importancia para la formación artística de Acín. Gracias a esta ayuda, durante 1914 y 1915, viajará a Zaragoza, Madrid, Toledo, Granada, etc., visitará pinacotecas, estudiará a los grandes pintores, se relacionará con otros artistas y reforzará su formación pictórica.

A primeros de agosto de 1915, con motivo de las fiestas de Huesca, Acín envía desde Madrid una carta a López Allué adjuntando unos cantares que pone a disposición de la Junta de Festejos. El día 7 de agosto sale publicado en El Diario de Huesca un pequeño artículo titulado Un bello rasgo...:

Ramón Acín, “Fray Acín”, en el arte, ese exquisito y genial caricaturista, en cuyas manos el lápiz adquiere una sobriedad y una elegante ironía que admiran y encantan, es, además, un coplero netamente baturro que sabe llevar a la fragante delicadeza de la rima toda el alma fiera y noble, a la par, de esta excelsa tierra aragonesa.

Para la Fiesta de la Jota, ha compuesto dos docenas de ‘cantares’, donde vibra todo el temperamento viril e independiente de la raza.

Y estos cantares, precedidos de un prólogo dedicado a Luis López Allué “Juan del Triso”, el admirado y admirable conocedor de nuestras costumbres, los ha puesto a disposición de la Junta de Festejos para que los editara y los vendiera durante la Fiesta de la Jota, cediendo el producto de la recaudación a los pobres de Huesca.

Pero, ¡oh dolor! La Junta ha agotado todos sus recursos y no dispone ya de dinero ni para imprimir tan bellos cantares.

Y como todos estamos ávidos de saborear el donaire y la sutileza de las coplas de “Fray Acín”, nos atrevemos a rogarle que nos las envíe para solaz e íntimo deleite de nuestros lectores, que al sólo anuncio de esta súplica, se entusiasmarán seguramente.

En EL DIARIO tendrá la obra de Acín la publicidad que merece y que nosotros queremos prodigarle.

Nuestro periódico se engalana con las jotas gallardas y exquisitas de “Fray Acín”, de cuyos talentos y de cuya juventud, puede esperarse muchísimo.

Estas coplas, junto el prólogo a Allué, serán publicadas el día 12 de agosto en El Diario de Huesca con el título “Abrazos y cantares”.

Finalizado su pensionado, las obras realizadas durante estos dos años son expuestas al público en la Diputación de Huesca. La exposición se inauguró el día 3 de octubre de 1915, pero el día anterior ya sale publicada en El Diario de Huesca una crítica de la misma con el título La labor de un oscense. Ramón Acín, firmado por R.A. (probablemente Ricardo del Arco), que dice así:

En la Diputación provincial he tenido ocasión de ver unos trabajos que el oscense Ramón Acín ha enviado a aquella Corporación, en su calidad de pensionado.

El simpático Fray Acín progresa visiblemente; su excelente madera de artista se va vigorizando, curtiendo, por decirlo así. Hay en su pincel o en su lápiz más decisión, más valentía.

Como muestras de su actividad, presenta un cuadrado al óleo, que es una vista del Albaicín granadino, tomada desde la torre de la Vela. A la izquierda del observador, y en primer término, vese un extremo del rojizo monte de la Assabica, en cuya cumbre Mohamed, el Ahmar (el Rojo), levantara la sin par Alhambra. Abajo, en perspectiva bien calculada, el compacto caserío del típico Albaicín.

La entonación es acertada y el dibujo sobrio. Es un alarde de temperamento que va directo hacia el ideal artístico, el lanzarse a trasladar al lienzo la mancha parduzca de un caserío, y tratar el tema en forma que no haya monotonía o carezca de aspecto estético. Y ha logrado, además, que haya contraste, que anime, y contraste armónico y suave.

Pero a mi juicio, son mejores las acuarelas y los dibujos. El porvenir (y ya el presente) de Acín está en ese género frívolo, ligero, pero difícil de la caricatura, del apunte, del boceto lleno de vida y de emoción, que tan bien trata y tan bien (creo yo) se amolda a su modo de ser.

Aquellas acuarelas son muy lindas, un encanto de color; hay unos trancos de árbol que juzgo un completo acierto de dibujo y de verismo.

Presenta Acín sólo una caricatura, acaso por considerarlas poco a propósito para dar fe de vida y de progreso a la entidad que pensiona. Yo me permito aconsejar al amigo Acín que cultive la caricatura espontánea, sana, regocijante, la que él sabe hacer; porque en el de referencia hallo no sé qué puntos de contacto con el estilo de Bagaría y otros seudomodernistas que tocan el los linderos de lo estrambótico, muy cercanos al cubismo y a otras aberraciones tan censuradas, que no pueden cuajar en parte alguna. ya digo que en la caricatura que presenta Acín hay sólo un abismo de esto.

Muy bien la cabeza varonil.

En fin, todo lo enviado es digno de la más calurosa enhorabuena, que de buen grado tributo a su autor; son adelantos notorios, que cabe esperar fundadamente que Acín dará alto renombre a la ciudad que le vio nacer. Ello debe animarle para no desmayar en el noble trabajo artístico.

El 17 de octubre de 1915 se inaugura en el Casino Mercantil de Zaragoza la Exposición Regional de Arte, organizada por la revista Paraninfo. Acín participa con una obra. Otros expositores son Barradas, Anselmo Gascón de Gotor (padre e hijo), Xaudaró, Aguado, Marín Bagués, etc... Anselmo Gascón de Gotor (hijo) escribirá la crítica de esta Exposición en El Diario de Huesca, de 20 de octubre, con el título Zaragoza y su Exposición Regional de Arte y de la que extraemos la parte referida a Ramón Acín:

[...] Acín.- Nuestro querido amigo y pensionado por la Diputación oscense, presenta un cuadro, paisaje bien tocado de luz (algo influido de los coloristas efectos de Rusiñol). Lástima que no haya remitido caricaturas, pues en este género es donde única y verdaderamente Acín tiene estilo suyo.

En 1917, la Sociedad Musical de Huesca encarga a Acín que ilustre un pergamino dedicado al diputado por Huesca D. Miguel Moya. En abril de este año, Acín, que se encuentra en Madrid preparando oposiciones para la plaza de profesor de Dibujo de las Normales de Huesca, hace entrega personalmente de su obra al diputado. En una calle madrileña, con su pergamino bajo el brazo, lo encuentra Alejandro Ber -anterior director de El Diario de Huesca- y con motivo de este encuentro escribe Ber, el 10 de abril en ese mismo periódico, el artículo titulado La Sociedad Musical, don Miguel Moya y Ramón Acín:

Es sabido de todos que don Miguel Moya hace poco tiempo solicitó y consiguió una subvención de dos mil pesetas para la culta Sociedad Musical, y sabido también que ésta se apresuró a mostrarle su gratitud dedicándole un pergamino que la testimoniase para siempre. Lo que ya no podéis saber, y por eso os lo cuento yo, es que el gran pintor Acín, encargado de dibujar el pergamino, ha hecho hoy entrega del mismo al diputado por Huesca.

Esta mañana, una de las más frescas de este mes de Abril, topé en la calle de Carretas con el simpático oscense.

- ¡Caramba, don Ramón!

- ¡Caramba, don Alejandro!

Fueron dos carambas efusivos y cálidos, que no bien salidos de nuestras bocas, se quedaron como dos carámbanos.

Acín, con el cuadro debajo del brazo, con su eterno chambergo de alas gloriosas y con sus patillas, me trasportó a las calles de Huesca. Hubo un instante en que la calle de Carretas se me antojó el Coso, y en que me dieron ganas de llamar a Fritz para que anotase en carnet de repórter el frío que hacía y la noticia de la entrega del pergamino.

- Bueno, don Ramón, es preciso que yo vea su obra.

- Pero hombre ¿dónde va usted a verla?

- Pues muy sencillo: en este portal.

Acín, condescendiente, entró conmigo en un portal cercano y destapó su obra, que es un primor, como todo lo que él hace, sobre todo cuando lo hace con ganas.

Ramón Acín, que a su natural talento une condiciones nada comunes, es un artista de cuerpo entero, de cuerpo entero con y sin patillas y con y sin sombrero.

Del pergamino dedicado a Moya no quiero hablaros porque ya lo conocéis; todos los elogios que se le dediquen me parecerán pocos, pero si quiero hablaros de otros trabajos inéditos del pintor oscense, que trabaja con una gran fe y perseverancia por su arte, y que con seguridad llegará con él ha hacerse tan popular en Madrid como ya lo es en Huesca.

Pero esto requiere un aparte. Estas cuartillas sólo fueron escritas para dar cuenta de la entrega del pergamino al celosísimo diputado por Huesca, y para decir que Madrid, este Madrid tan grande, se empequeñece hasta la exageración cuando se trata con amor, con verdadero cariño, de las cosas de Huesca. ¿Cómo, si no, nos habíamos haber de encontrado Ramón y yo?

Y allá va calle abajo, en busca de don Miguel Moya, el señor Acín con su cuadro debajo del brazo, con su chambergo en la cabeza y con sus patillas en la cara. Pronto, como yo, don Miguel vibrará también ante el grato recuerdo, y Huesca habrá triunfado una vez más en Madrid.

En mayo de 1917, Acín aprueba las oposiciones a su plaza de profesor de Dibujo en las Normales de Huesca y con este motivo, El Diario de Huesca de 26 de mayo divulga un breve escrito con la noticia siguiente:

Es asaz conocido Ramón en nuestra ciudad, donde todos le apreciamos en lo mucho que vale personal y artísticamente, pero eso no quita para que la noticia llegada por teléfono nos haya llenado de alegría.

Ramón ha obtenido la plaza de profesor de Dibujo de estas Escuelas Normales en las oposiciones celebradas en Madrid, así que el concepto que nosotros teníamos ha sido ratificado de manera pública y solemne, como se contrasta el vale, en pública oposición.

La enhorabuena al querido amigo, a toda su familia y especialmente a quien de enhorabuena está, que son los alumnos del Magisterio.

En marzo de 1920 se celebra en Madrid la Exposición de Humoristas en la que Acín presenta dos dibujos. Uno de ellos, "Limpias en invierno", será reproducido el 3 de abril en el periódico zaragozano El Comunista junto a un texto que dice:

El dibujo que hoy reproducimos es una de las caricaturas que nuestro colaborador artístico y estimado camarada Ramón Acín ha presentado a la Exposición de humoristas de Madrid.

Blanco Coris, el crítico de Arte de Heraldo de Madrid, al ocuparse e aquella Exposición, dice:

"Comienza la Exposición por un anarquista del lápiz: Ramón Acín..."

Nosotros agregamos: Y anarquista de corazón y de pensamiento.

Y no decimos más. Acín detesta los bombos; nosotros, también. Con lo dicho creemos honrarle.

El 29 de junio de 1921 se celebra en el teatro Principal de Huesca un festival para allegar fondos para la construcción de un campo de deportes. En este acto Acín proyecta sus dibujos de "Las corridas de toros en 1970" a la vez que los va explicando. Sobre esta proyección dice Heraldo de Aragón al día siguiente:

[...] Acín se presentó como caricaturista formidable en sus trazos acerca de lo que serán las corridas de toros en 1970, es decir, dentro de medio siglo, y además como conferenciante notable en el prólogo de gran ingenio que precedió a las caricaturas.

El 12 de diciembre de 1921 se inaugura la Exposición de Arte Aragonés en el Centro Mercantil de Zaragoza. Exponen, entre otros, Martín Durbán, Sánchez Sarto, Félix Burriel, José Bueno, Honorio García Condoy, Félix Lafuente y Ramón Acín. Con motivo de su clausura, el 27 de diciembre, Acín da una conferencia donde proyecta de nuevo sus dibujos de “Las corridas de toros en 1970”. Al día siguiente, publica Heraldo de Aragón una nota con el título Exposición de Arte Aragonés. La conferencia de Acín, donde dice:

En el salón de fiestas del Mercantil, cuajado de distinguido público, ocupada la presidencia por los señores Valenzuela, Calvo y Ara Burges, se celebró ayer tarde la sesión de clausura de la Exposición de Arte Aragonés, que durante quince días ha merecido el elogio y la admiración de sus numerosos visitantes.

Habíase encargado de esta conferencia final, al notable dibujante y escritor oscense D. Ramón Acín, profesor de dibujo de las Escuelas Normales de la ciudad hermana.

Comenzó el acto con la presentación del orador por el señor Valenzuela, quien manifestó que se había pensado para esta conferencia en el señor Acín, aparte sus relevantes méritos, por ser de “fuera de Zaragoza” y testimoniar de este modo el deseo de la naciente sociedad de que se halle integrada por artistas de Aragón trabajen donde quiera que sea.

Le presentó como antiguo alumno de la Facultad de Ciencias de Zaragoza, de donde se trasladó a su ciudad para cultivar allí el arte de sus supremas aficiones.

A continuación hizo uso de la palabra el señor Acín dando lectura a una interesante conferencia que le mostró con la pluma del escritor como con el lápiz de dibujante: ingenioso, satírico, burlón...

Tras un saludo a los concurrentes, habló de las Bellas Artes y de sus intérpretes, elogiando singularmente a los jóvenes arquitectos y felicitándoles por sus nuevas orientaciones, a quienes recomendó que jamás se dediquen a restaurar viejos y gloriosos monumentos artísticos porque, en nombre de esa restauración, se han perpetrado en obras famosas verdaderas herejías. La labor del arquitecto —dijo— debe limitarse a conservar lo viejo, pero no a restaurar... Recordó una famosa caricatura en la que un valioso monumento artístico, es víctima del bombardeo del cañón enemigo. “¡No es esto lo que más me horroriza —exclama el monumento— sino las herejías de que seré víctima cuando me restauren!”

Describió el concepto estético de la palabra “humor” que es sonreír, sonreír con belleza; el “humor” que es dinamita sin hierros ni sangre; que es la risa en el dolor y, sobre la blanca sábana que cubría una de las paredes del salón, proyectáronse graciosísimas caricaturas que eran a la vez una recia diatriba contra la fiesta de los toros. Dibujadas intencionadamente, con saña, con ingenio, con ira, poniendo de relieve el principal castigo de las víctimas irracionales, obtuvieron las caricaturas trazadas por Acín, describiendo la fiesta taurina dentro de medio siglo, el nutrido aplauso de la concurrencia.

Terminó el conferenciante acogiendo las palabras del señor Valenzuela y mostrándose partidario de un regionalismo sano, que tuviera por símbolo el Ebro; de un regionalismo a lo Marcial, a lo Goya, a lo Argensola y sobre todo a lo Conde de Aranda.

D. Ramón Acín fue muy aplaudido y felicitado.

El presidente declaró clausurada la Exposición.

Sobre la misma conferencia otro diario zaragozano, en un escrito firmado por Eugenio J. Mir y Mir, comentará:

La Exposición primera de la Sociedad de Artistas Aragoneses, tiene todos los caracteres de una revolución artística. Así vemos, en pintura, han triunfado los más nuevos. De entre estos merecen estudio aparte:

[...]

Ramón Acín. Este es un humorista formidable —el mejor humorista de Aragón— puesto que tiene talento,

ingenio, vocación y temperamento que son las facultades características del humorismo.

Así nos lo demostró en su conferencia titulada “El humor, el arte, la gloria, los toros y otras zarandajas” en la que proyectó en la pantalla cinematográfica del Ateneo 32 dibujos suyos, satíricos y muy originales, que son la puñalada más magistral que hemos presenciado contra el medio ambiente, esto es, contra el flamenquismo decadente, cuyo eje son las bárbaras corridas de toros, con sus personajes y su público fanático...

Que Ramón Acín es un artista, nos lo demuestran también unos cuadros a lápiz que llevan por título común “Guerra a la guerra”, aparte de “El Barbarote” y “Un Jardín”, aquél a lápiz y éste acuarela, de un realismo profundo y bien detallado.

Muy pronto Ramón Acín, profesor de dibujo en Huesca, editará un folleto con sus producciones de “Guerra a la guerra”. Entonces nos ocuparemos en una crítica aparte. Antes, la revista nacionalista aragonesa “El Ebro”, de Barcelona, reproducirá en clichés sus dibujos contra los toros.

A mitad disertación de Acín, un viejete, abonado a los toros desde su juventud, se levanta y fue a interrumpir al conferenciante, con un abrazo. ¿Será un converso?

Los admiradores del artista Acín le ofrecieron un banquete en el Mercantil. Fue una fiesta de intimidad en la que reinó el calor fraternal de la compenetración ¡ah! y a ruego de Acín no hubo brindis... [...]

De las mismas fechas es una crónica aparecida en un periódico zaragozano, firmada por el joven universitario José Camón Aznar, con el título Ramón Acín o el humorismo:

[...] El humorismo de Ramón Acín es inicialmente un abrazo. No tiene sin embargo esa intrascendencia dulzona de un humorismo franciscano. Aquí es preciso reconocer lo bueno de Aragón. Goya para reírse de su sociedad abre sus llagas. Su humorismo agrio puede fecundar una revolución. Como Goya, también Acín tiene una risa con arquitectura de incendio. Ve la tristeza hosca, la estupidez, la crueldad fácil de esta sociedad y, como al desgaire va dejando líneas firmes, armoniosas, incisivas. Su impulso romántico, negador, tiene la distinción de sonreír. Sus brazos hechos para quebrar se apoyan así en columnas de Jonia. Ramón Acín resulta, pues, un humorista antético –exhibición pasiva del presente- y un revolucionario –asimilación cálida del porvenir.

El 5 de marzo de 1922, con motivo de una Exposición de postales a beneficio de los niños rusos, celebrada en Huesca y organizada por Acín junto con otros oscenses, aparece una reseña firmada por Ricardo del Arco en El Diario de Huesca diciendo que ha sido un gran éxito y felicitando a los organizadores dice:

[...] y las gracias a Ramón Acín, un realista franco con capa de humor agridulce, devoto de Goya; [...]

En marzo de 1922 Acín participa en un concurso de “Caricaturas, Monos y Apuntes del natural” organizado por Heraldo de Aragón. Ramón Acín consigue el primer premio por su colección de dibujos humorísticos y, con motivo de este galardón, en abril sale publicada una nota en El Diario de Huesca titulada Un triunfo de Acín:

El Jurado compuesto por los señores don Teodoro Ríos, arquitecto provincial de Zaragoza, don Ricardo del Arco, delegado regio de Bellas Artes de Huesca, y don José Valenzuela La Rosa, presidente de la Asociación de Artistas aragoneses, que ha entendido en el concurso de “Caricaturas, Monos y Apuntes del natural”, organizado por nuestro querido colega Heraldo de Aragón, ha concedido el premio de 200 pesetas a la mejor colección de dibujos humorísticos de que es autor nuestro paisano el notable dibujante Ramón Acín.

Le felicitamos por su triunfo, congratulándonos de que los artistas de valía de nuestra capital, vayan adquiriendo su merecido relieve.

En abril de 1923 Acín publica su libro de estampas “Las corridas de toros en 1970”. El 5 de mayo un co-

mentario, en el periódico zaragozano La Democracia, titulado Las corridas de toros en 1970. Un álbum de Ramón Acín dice:

Con este título, el gran humorista, nuestro Ramón Acín, colecciona en un álbum treinta y dos dibujos-caricaturas, que componen una visión original, una visión suya, en la cual ridiculiza, como él solo podría hacer, esa fiesta llamada nacional.

No queremos ensuciar con nuestras pecadoras manos una obra tan alta, que por otra parte hemos de encontrar quien la presente, Sólo podemos decir que ese álbum consagra una vez más el genio de este formidable artista aragonés, hermano nuestro, al cual se le esperan, por encima de los laureles que hoy recoge, otras coronas que, si bien no superan en fuerza moral, superarán en lo material.

Así sea. Nuestra entusiasta enhorabuena.

(El álbum se vende en las librerías y en el kiosco de Chueca, al precio de 2 pesetas).

El 11 de mayo de 1923 aparece otro escrito en Heraldo de Aragón firmado por Manuel Casanova; se ilustra el artículo con cuatro viñetas del libro de Acín y lleva por título Artistas Aragoneses. Las corridas de toros en 1970, por Ramón Acín :

Ramón Acín, con ser un caricaturista excelente, no es precisamente un caricaturista. Es antes que eso un escritor, fibroso, de temple recio y rotundo estilo, que más que dibujar sus caricaturas, seducido por una impresión puramente estética, las traza, empleando una técnica sencillísima, para dar mayor fuerza de convencimiento a sus ideas de renovación y de rebeldía.

Acín no va en sus caricaturas sólo a divertir, no va a buscar el efecto cómico dislocando excesivamente las figuras para acentuar el contraste con la realidad. Le anima un propósito más alto: educar, sugerir, que es la verdadera misión del escritor. Por esto, su manera de hacer es sobria y no se advierten en sus dibujos detalles decorativos que puedan desviar la atención del lector, sino los rasgos indispensables para exponer la idea; y por ello sus fondos son desolados, yermos, sin relieve, como esas llanuras bajoaragonesas, atormentadas por la soledad y por la sed que en él, en sus propagandas, intenta ganar para el cultivo y para la vida.

Acín no se inquieta, como muchos caricaturistas, buscando “pies” para sus dibujos, sencillamente porque para él el complemento de la idea es el dibujo y no el “pie”; es la caricatura la que sirve a la leyenda y no la leyenda a la caricatura.

De aquí que en periódicos y aún en exposiciones, vea muchas veces rechazadas sus obras, consideradas demasiado “fuertes”; es que el escritor intencionado y realista triunfa sobre el caricaturista ponderado y hábil, sin que por otra parte quepa separarlos, “dulcificando el texto, porque entonces la idea truncada, desaparece, y hasta es posible que nada se consiguiera, ya que ante el dibujo, tal es con frecuencia su grafismo, se adivina el otro “pie”, el “pie” suprimido o desfigurado”.

Esa preocupación doctrinaria de Acín tiene un grave inconveniente: el de que se malogra la espontaneidad; y ella resta, sin duda, al pintor oscense, ambiente entre el “gran público” que siente un profundo horror por el desnudo material y espiritual. Nosotros hemos experimentado algo de esto: Acín seguramente lo recordará. Un artículo sobre el desnudo en el arte nos valió no ha mucho una amenaza de excomunión. Y no fue esto lo lamentable, sino que a favor de un encogimiento innecesario, se impuso una rectificación dolorosa al periódico donde lo habíamos escrito.

Ahora, Acín, acaba de publicar un libro titulado “Las corridas de toros en 1970”; en el cual para servir a su idea antiflamenquista publica 32 caricaturas acertadas por su trazo y su armonía, y más aún por cuanto se acomodan fielmente al pensamiento que las informó.

Son caricaturas reflejo de un humor un poco amargo, de una fuerte ironía, que si a veces hacen sonreír, las más de ellas nos hacen pensar.

“Las corridas de toros en 1970”, estudios para una película cómica, proyecto humorístico de reforma de las corridas de toros, que en una conferencia ya conoció nuestro público, llega un poco tarde; mejor dicho, se publica un poco tarde, puesto que Acín lo concibió y lo dibujó hace ya tres años, y todo este tiempo lo ha tenido sin poderlo articular en un volumen, por obra y gracia de los editores, los irreconciliables enemigos

del escritor a pesar de que es de su savia de donde se nutren y por la que viven.

A poco más que se hubiese retrasado, ya se habría conseguido la aspiración que el autor expone en el prólogo. Hace dos días lo comentábamos en estas mismas líneas y entendemos oportuno repetirlo.

“En lugar de plazas de toros -viene a decir Acín- levantaremos campos de deportes donde los muchachos han de hacerse fuertes, y el calor y el color, y el movimiento, y la alegría y la pasión y la energía brutal de los cosos taurinos, ese esfuerzo inútil, ese esfuerzo por el esfuerzo mismo, será reemplazado por una pasión y una energía más nobles y elevadas.”

Hoy, en efecto, en lugar de levantarse plazas de toros, se levantan campos de deportes, y no sólo eso, sino que comienzan a apasionar las cosas de deportes más que las hazañas de los “fenómenos”. Hoy también es realidad lo que hace tres años no existía ni en el propósito, y a lo que Acín se adelantó con una visión muy acertada.

Acín prevé la fiebre sindicalista que viene atacando a los artistas de todo orden, y los satiriza en tres notables dibujos, dos de los cuales ilustran esta página.

“El Sindicato de picadores habrá exigido la total supresión de los tumbos”... “cosa que se habrá conseguido de una manera sencilla y práctica”. “Así mismo, los de aúpa, publicarán un “Manual del aficionado” con las frases permitidas. Nada de hijo de esto o hijo de lo otro, por centímetros más o menos de pica”.

No puede negarse, que dado lo que ya se ha hecho con motivo del reciente pleito taurino, se llegará a lo ideado por Acín, mucho antes de 1970, si no fuera como dice el autor en la caricatura final, que es como la síntesis de su pensamiento “porque entonces se habrán roturado las dehesas y los toros serán animales productivos y los toreros trabajarán como cualquier hijo de vecino.”

Verdaderamente, que si la decadencia del toreo se acentúa, esto no será extraño.

Otras dos caricaturas acompañan a estas líneas y las dos son muestra del humor irónico de Acín. Puesto que tanta importancia se da a las frases de los toreros, y con tan especial cuidado se recogen, nada más lógico que los maestros digan sus brindis ante un gramófono y de este modo pasará a la posteridad la elocuencia flamenca.

En la otra, se propone una reforma equitativa, que debía interesar a los lidiadores, más que la salida de los dobladores o que el toreo de los Charlot's. Es justo: a menor ganancia, menor riesgo.

Así, en los treinta y dos dibujos de que consta el libro, Ramón Acín va desarrollando humorísticamente su proyecto de reforma de la corridas de toros: de qué modo se construirán las plazas cuando vayamos a ellas en aeroplanos: el confort de que convendrá rodearlas para que se celebren fiestas en todo tiempo; el servicio facultativo de urgencia que se debería establecer en aeroplanos, para cuando los “diestros” como resulta de una cogida “vayan a las nubes”; cómo sería práctico aprovechar los adelantos de la cirugía, para evitar el repugnante espectáculo de ver a los caballos con las tripas fuera; el establecimiento por cuenta de la Sociedad protectora de animales, de un servicio de horcas que aminoren las agonías de los pencos... o de los toros.

(Esto, de haber seguido el lío taurino, habría tenido aplicación inmediata. Bastará recordar lo ocurrido en nuestra plaza, en una de las primeras corridas de la temporada por torpeza del puntillero “libre” que salió a escena.)

Otra solución ingeniosa es la que apunta Acín para evitar que el estoque despedido con violencia por los bichos, pueda causar víctimas entre los espectadores; como igualmente la de dotar a cada uno de éstos de un teléfono, en comunicación con la presidencia, para que las orejas se concediesen por sufragio universal y sin “pucherazos”, y la de echar los sombreros y “otras prendas de vestir” al ruedo, atados con cuerdas para así despejar la arena en un instante “para ahorro de tiempo-, dice- que siempre fue oro y de aquí a medio siglo lo será de más quilates.”

En “Las corridas de toros en 1970” se dan esas características que hemos señalado: dibujos esquemáticos, con sacrificio de todo relieve a la intensidad de las ideas que salen por los fueros del dibujante: ironía, afeísmo en las leyendas que dan el triunfo sobre el caricaturista al escritor.

Como consecuencia de su teoría antiflamenquista, sin exageraciones ni violencias, Acín ha escrito para su libro, un prólogo primoroso, cuya reproducción nos llevaría a ocupar un espacio del que sentimos no disponer. Pero estamos seguros de que el lector se apresurará a buscarlo.

“Las corridas de toros en 1970” es un libro que merece ser muy leído, y sobre todo: muy pensado.

Unos días después, el 23 de mayo de 1923, Cultura y Acción publica otra crítica sobre el libro de Acín, con el título Las corridas de toros en 1970, por Ramón Acín :

Con este título ha publicado Ramón Acín un álbum de caricaturas que son una visión humorística de lo que serían las corridas de toros de aquí a cincuenta años, si no fuera porque entonces -como dice Acín al pie del dibujo que cierra el álbum- “se habrán roturado las dehesas y los toros serán animales productivos y los toreros trabajarán como cualquier hijo de vecino”.

Como dibujante, Acín domina maravillosamente la técnica del contorno; como pintor, domina también la técnica del color y de la perspectiva. Pero esto, con ser mucho, todavía no lo es todo y es posible que ni siquiera sea lo principal. Porque Acín es, además y sobre todo, un humorista en la más plena acepción del calificativo. Y el humorismo no es solamente deformación de las cosas, como la sátira, cuyo fondo de crueldad equivale ya a un mal humor. Yo me atrevería a decir que no puede haber humorismo allí donde no palpita un claro sentido de la cordialidad.

Así, repasando este álbum, cada dibujo que contemplamos va poniendo de relieve ante los ojos un nuevo matiz de cretinismo flamenco de las plazas de toros; pero surge también, paralelamente y por encima de esa ironía de los dibujos, un optimismo jovial y sereno que se abre ante la vida pleno de fervor. Y nosotros, optimistas siempre y a pesar de todo, nos sentimos más amigos de Acín bajo la advocación de una misma sonrisa de esperanza.

Acín es buen caricaturista, buen pintor y buen escritor. Sería ocioso, pues, decir que el prólogo y los comentarios que ha puesto a los dibujos valen tanto como los dibujos mismos. Y en la dedicatoria del álbum, a la que hoy es la compañera de su vida, dice: “Que este libro sea el primer libro de estampas de nuestros chicos; quién sabe si el humorismo será la pedagogía del porvenir...”.

Sí, querido Acín, sí; el humorismo será la pedagogía del porvenir...

Y el 2 de junio de 1923, de nuevo en La Democracia, aparece un escrito firmado por su amigo Gil Bel con el título Galería de arte. El humorista. Ramón Acín. Dice así:

Galería de arte. El humorista. Ramón Acín

Con Ramón Acín estábamos en deuda. Los humildes, los pequeños, siempre estamos en deuda con los que sobresalen, con los genios. ¡Qué agradable es corresponder a los buenos! Hoy es día de satisfacción para esta revista: correspondemos; es decir, correspondemos por boca de Gil Bel. ¿Quién podía hacerlo como él?

Acín... “¡Ahí va eso!”

LA REDACCIÓN.

Las corridas de toros en 1970

Así titula Ramón Acín ese álbum grotesco -hermosamente grotesco- que, con treinta y dos dibujos-caricaturas, ha lanzado al mundo selecto desde uno de sus aeroplanos.

Muy bien, querido Ramón, muy bien. Con este tu archivo nos traes dos pruebas más de tu talento artístico y tu talento psicológico. Ahí, en esas líneas claras, precisas, determinadas y terminadas estás tú. Y en esos fondos sin fondo, en esa blancura lejana, infinita... ¡Ah! ¿Te acuerdas, Ramón, te acuerdas? ¡Aquel estudio de la calle Velázquez, aquellas horas bohemias!...

Tú has desmentido los “dichos”. “Nadie es profeta en su tierra”. ¡Cómo has triunfado, cómo has triunfado! En honor tuyo diré que no lo esperaba. ¿Qué has hecho para abrirte paso? Porque en todas partes, y especialmente aquí, el que viene como tú, el que da lo que tú, sólo encuentra inconvenientes y sólo recibe estacazos y pistoletazos. En fin; esto ya lo sabes tú.

Pero, ¿qué has hecho, demonio, qué has hecho para imponerte así? Por fuerza que te escondes un rabo, ob-

sequio de Luzbel o Lucifer o Satanás ¿qué más da? Sólo así se comprende que hayas vencido y tengas a tus pies “los enemigos”. Y ahora es cuando me explico yo esas cejas y esos ojos y esa cara y esas muecas de tu cara, ¡ah! qué muecas hace tu cara... ¡Rediez, Ramoncico! ¿por qué no nos recomiendas? Oye, ¿cuál es ese ángel rebelde? Porque tiene que ser rebelde como tú, revolucionario como tú, humorista como tú y bueno -¿por qué no? ¡Ya lo creo! ¿Verdad Prometeo?- como tú, como tú.

Ese tu álbum, hermano Ramón, artísticamente es un capullo, una flor, una rosa de los vientos como diría cualquier italiano, pero, psicológicamente... psicológicamente es un “camelo”. No hay derecho, admirable y gran amigo; no hay derecho a ensañarse así, a dar esas puñaladas al corazón flamenco, esos tiros a la fiesta nacional, esa mortaja a la bravura, a la esencia, a la representación de una raza, de toda una raza castiza y salerosa, de uniforme y lotería.

¿No te remorderá la conciencia? A ratos veo que sí. Sobre todo cuando veas un picador en pica... Tu talento te ha traicionado, sólo tu talento, porque tu alma es amiga de garrochas y garrochanas. A mí no me engañas, amigo Ramón, no me engañas, como tampoco me engaña tu Maestro el de Fuendetodos, aquel Goya de los aguafuertes que pintaba aquellos generales, aquellos cristos, aquellos majos, aquellos frailes... Sí, tu talento te ha traicionado, lo contrario que sucede a tu otra próxima obra “¡Guerra a la guerra!” en la cual triunfa el alma, el humorismo de tu alma, pintando agudamente, irónicamente un problema que, a tu cabeza, llénala de fuego, de odio, de ira, de pasión y desesperación; un problema que tu corazón lo resolvería.

Pero tú eres así: artista, sólo artista de alma y revolucionario, sólo revolucionario del intelecto. ¡Detente, pluma, detente! No vayas a escribir demasiado y, contra tu voluntad, eches a tierra esa Cátedra que Ramón Acín se ganó sin ayuda del Diablo y que fue uno de los regalos que brindó a su preciosa mujer, entonces novia. ¡Y poco serio que llevó el regalo! ¡Qué mal te estaba el chaquet!

Perdona, no te lo lleves a Alemania.

En julio de 1925, Ramón Acín junto con otros oscenses, se proponen organizar una Exposición de cuadros del pintor Félix Lafuente, en homenaje y con el propósito de vender las obras y recaudar fondos para aliviar su situación económica, ya que Lafuente se encuentra paralítico desde hace un tiempo. Con este motivo el diario oscense La Tierra, publica el 9 de julio un escrito con el título Proyecto de homenaje al pintor oscense D. Félix Lafuente, firmado por Félix Idoipe Gracia. Dice así:

Hablando con Ramón Acín

Pasa de media tarde.

Las faenas oficinescas imbuyen mareo. Con paso tardo, muy subido en quilates de profundo hastío, mido las molestas calles ascendentes.

Un portalón, do asoma una amplia escalera acogedora, me invita a la ascensión.

Hay amplios ventanales de colores y arañas gratas a la vista.

Maquinalmente he tirado del cordón de la campanilla. (Es tan frecuente eso de no encontrar en casa a una persona cuando tenemos algún interés en hablar con ella).

Ramón Acín aparece bañado en sol asomado al balcón por donde se ve un cuadro inmenso, paisaje siempre nuevo de la buena madre Naturaleza.

El artista maneja un montón informe de buro arcilloso, dócil pasta para recibir a la idea genial.

Nos hemos sentado cómodamente en la amplia sala interesante y vistosa.

Hay cuadros, ensayos, estudios, bosquejos, relieves.

El arte barroco ha dejado allí dos gratos recuerdos.

Expongo lacónicamente el motivo de mi visita.

Repetidas veces se ha lanzado la idea de un homenaje al insigne artista oscense don Félix Lafuente.

Es una idea simpática que camina velozmente hacia una bella realidad.

Recuerdo haber leído, hace un puñado de domingos, en el rotativo “El Sol”, unas notas elocuentes a este propósito.

Hablamos del señor Lafuente.

- ¿Qué género de pintura cultivó don Félix Lafuente?

- Se dedicó especialmente a la escenografía, aunque también pintó a la acuarela y al óleo con mucho acier-

to.

- ¿Cuál es el temperamento artístico del señor Lafuente?
- Talento en la concepción; exquisita sensibilidad en la ejecución: es el tipo del verdadero artista.
- ¿Qué exposición se hará de las obras de don Félix?
- Lo mejor de sus obras no se verá porque son en su mayoría monumentos y escenas esparcidos por iglesias y teatros; no obstante se hará en su día un catálogo de las obras que se han de exponer.
- ¿Cuál de sus cuadros se adquirirá para el Museo provincial?
- “Los Mallos de Riglos”
- ¿Qué estilo sigue don Félix en sus cuadros?
- Pintura descriptiva, estilo renacimiento depurada en un modernismo refinado.
- ¿Cuál es la mayor cualidad del artista señor Lafuente?
- La nota dominante en él es un buen humor inimitable e indescriptible y una afabilidad de trato que jamás ha desmentido.

Acín habla con entusiasmo. Una sola palabra me da la clave.

- Lafuente ha sido mi maestro, ¿sabe usted?
- ¿Cuénteme usted alguna anécdota del artista? (insinúo por colofón).
- Las tiene muchas y muy bellas, pero en este momento no recuerdo ninguna.

Consulto mi reloj.

Ha transcurrido una hora de charla amena.

Por el entre-abierto del balcón ríen los verdes prados.

El sol comienza a palidecer ante el ósculo próximo de la noche.

Acín me ha prometido presentarme a don Félix Lafuente y yo me prometo hacer una semblanza del artista.

La Exposición homenaje a Félix Lafuente se celebra en Huesca, en agosto de 1925, y unos meses más tarde, en diciembre, se volverá a celebrar en el Casino Mercantil de Zaragoza. Con motivo de ésta, aparece en La Voz de Aragón de 29 de diciembre una reseña de la inauguración, firmada por F., con el título La Exposición de Félix Lafuente en el Mercantil:

[...] D. Arturo Romaní de Céspedes, en el acto de la inauguración y como presidente del Casino Mercantil, hizo la presentación del conferenciante Ramón Acín.

El señor Romaní, fácil de palabra, dijo cómo siempre el Mercantil abre sus puertas a los artistas, y tanto más en esta ocasión cuanto se trata de una Exposición tan simpática como la de Félix Lafuente, el pintor de la provincia hermana.

Hizo los debidos elogios del pintor y del conferenciante, y terminó abrazando a éste para que llevase a Félix Lafuente el abrazo y el apoyo del Casino Mercantil.

Ramón Acín, el humorista oscense, conversó un rato con los asistentes a la inauguración.

En su charla, usando siempre de un sutil humorismo, expuso con toda claridad los motivos que llevan a Félix Lafuente a exponer ahora estas pruebas de su arte; motivos que nosotros recogemos en las primeras líneas de esta información.

Ni Félix Lafuente, ni él al traer su representación –decía el señor Acín– quieren en esta Exposición que se les conceda la medalla de la ciudad. El fin de la Exposición es que los cuadros sean adquiridos, para que el pintor enfermo, con las pesetas obtenidas, pueda adquirir medicinas que precisa para el alivio de sus dolencias.

Señaló uno de los cuadros –el de los mallos de Riglos– como el más indicado para que figurase en nuestro Museo provincial. El medio para adquirirlo, en el precio más elevado que podáis –decía el conferenciante– nadie mejor que vosotros para indicarlo.

Terminó cumpliendo el encargo del maestro, de saludar a los zaragozanos.

El señor Acín fue muy aplaudido. [...]

En mayo de 1926 se celebra en Zaragoza un concurso de carteles organizado por la Junta del Centenario de Goya, en el que Acín presenta un óleo con el lema “Goya, padre del humor”. En junio se exponen en el Centro Mercantil de Zaragoza los bocetos presentados y el 3 de julio sale publicado en La Voz de Aragón un artículo, con el título: El concurso del cartel del Centenario de Goya, firmado por Emilio Ostalé Tudela, donde se analizan algunos de ellos. Todavía se desconocen los nombres de los autores y dice el escrito refiriéndose a la obra presentada por Acín:

[...] El tercero es bien diferente. Lleva por lema “Goya, padre del humor”. Y desde luego se nota a simple vista, que salió de las manos de un gran dibujante y de un excelente artista.

En el sobre de la plica escribió su autor: “Un cartel es un grito pegado a la pared”. Esto, suponemos lo sabrían hace mucho tiempo los señores del Jurado, por ser uno de los pensamientos que más se han divulgado, y, seguramente que también saben que hay, muchas maneras de gritar.

En estos tres carteles de hoy, tenemos el ejemplo: “Un grito de niño, un grito de joven mal educado, o no bien dirigido, y, este último, que más que grito es una exclamación llena de buen humor”.

Desde luego, que entre todos es el único cartel que lleva más de original. No es un cartel para este Centenario. No puede tratarse humorísticamente la más grande figura de nuestro arte. Pero desde aquí defiende que el autor sea un ignorante o un loco.

El cartel está entonado admirablemente. Su dibujo es perfecto; el aspecto decorativo es de maestro. Hay en él grandes aciertos.

La prueba está hecha, y sin pensarlo. Un humorista, casi me atrevo a decir un gran humorista, envía una producción suya a un concurso serio. Su trabajo es recibido con escándalo por la mayor parte del público. Se dio el primer paso, y así como en concursos venideros se rechazarán los intentos de niños y no se admitirán por haber pasado de moda todos los ismos incomprensibles, los humoristas ganarán cada vez más puestos.

Esta muestra de humor, no podía ser, repito, el cartel del Centenario. Su autor podía haber gritado de otra manera. Al contemplar su boceto, estamos seguros de que tiene pulmones más que suficientes para lanzar un grito que se pegase a la pared.

Pero por este grito, que hoy ha lanzado, no hay que escandalizarse, ni mucho menos indignarse. Es un sonido aún algo raro a nuestros oídos, impropio de este Centenario, pero que es más agradable que otros ramplores de los que hablaremos.

Del 10 al 20 de diciembre de 1926 se celebra en Zaragoza el Primer Salón de Humoristas Aragoneses, en el que se encuentran representados 34 dibujantes, entre ellos Ramón Acín, Félix Gazo, Francisco Ugalde, González Bernal, etc... El día 18 aparece en Heraldo de Aragón un breve comentario de la exposición, titulado Salón de Humoristas. Al pasar..., donde se dice:

Acín.- Es quizás, entre todos los dibujantes aragoneses el que posee un sentido más justo de lo que es humorismo. En este primer Salón presenta una caricatura, atinada y expresiva, y un dibujo a cuyo pie, por la índole del asunto, anticipándose a la censura, el autor ha colocado la roja cruz de las cosas prohibidas.

El 7 de mayo de 1927 Ramón Gómez de la Serna da una conferencia en Huesca con el título “Goya y el Manzanares”. Ramón Acín, que ha diseñado el ‘inquietante’ cartel anunciador, hace la presentación del orador. Unos días después, el 11 de mayo, El Diario de Huesca publica un breve resumen de la misma del que entresacamos los primeros párrafos:

Aunque llovía copiosamente a la hora de empezar la anunciada conferencia sobre “Goya y el Manzanares” el sábado último, el teatro Odeón, no obstante, se llenó de público selecto y distinguido.

El pintor cubista nuestro conciudadano Ramón Acín, hizo la presentación del conferenciante en charla amena y humorística, y explicó en los mismos términos y valiéndose de una pizarra donde fue copiando el

anuncio de la conferencia, el alcance y significación que en las modernas corrientes del acto tiene la figura preeminente de Ramón Gómez de la Serna.

Fue una presentación original, escuchada con interés y premiada al final con muchos y merecidos aplausos. [...]

En junio de 1928 Acín publica un Manifiesto con el título “Fuendetodos. Marzo, 1746 – Bourdeaux. Abril, 1928” en el que critica la organización del Centenario de Goya y defiende el edificio del Rincón de Goya, obra del arquitecto Fernando García Mercadal. Poco después, aparece publicada en la revista aragonesista de Barcelona El Ebro, en julio de 1928, una nota titulada Acotaciones, donde leemos:

El notable escritor y dibujante humorista, Ramón Acín, ha publicado un originalísimo manifiesto, en sustitución de otro que debía ir firmado por los artistas aragoneses.

Acín ha dado una nota rebelde y justísima, entendiéndolo por justo lo que ciertos espíritus de buhardilla juzgan de extravagante.

Lo extravagante para ciertos señores sesudos es, en muchos casos, la única nota sensata. Y éste es el caso del manifiesto que sobre Goya ha publicado Ramón Acín.

El 26 de julio de 1928 muere Luis López Allué. Al día siguiente se expone al público, en un escaparate del Coso, un relieve de la cabeza del escritor modelado por Ramón Acín en 1922. El Diario de Huesca del 8 de agosto publica un artículo, firmado por Luis Mur, en el que se dice:

[...] En la librería de la viuda de Justo Martínez, donde tantos ratos pasó nuestro querido Luis, se halla expuesto, con la admiración de todos, un relieve de López Allué, sorprendentemente modelado por el notable artista oscense Ramón Acín, que ha merecido las más justas alabanzas de cuantos le han contemplado.

Es una obra, difícilmente, y aún diremos imposible de ser mejorada por escultor alguno, pues si técnicamente un artista de mayor renombre que nuestro paisano podría (?) superarla, no así en cuanto a vida interior, a la expresión perspicaz de aquellos ojos y a la sombra de aquellos labios tan irónica como de López Allué, cosa solamente conseguible, cuando la obra, como ésta, se modeló ante el propio original, y por alguien que tanto le conocía y tan unidos estaban por lazos de fraternal amistad.

Ramón Acín, cincelandolo más con el alma que con las manos, encariñado con su obra tanto como con su modelo, se excedió a sí mismo haciendo una obra perfecta.

Resulta el relieve una cabeza verdaderamente romana, así por el vigor del modelado, como por las líneas del modelo, sin contar con que hallándose hoy en yeso, ha de ganar aún más de un cincuenta por ciento cuando se halle vaciado en bronce. [...]

Dos días después, el 10 de agosto, y en el mismo diario, aparece un escrito de Ricardo Del Arco con el título Homenaje a López Allué. Carta abierta a Ramón Acín:

[...] ¿Que el relieve modelado por usted, mi admirado y “perezoso” amigo, es el que debe figurar en el Monumento a López Allué? ¡Sin duda! Hizo usted –ya se lo dije cuando me mostró el “barro” en el estudio– una obra maestra llena de vida y de fervor, modelando la cabeza de nuestro literato a la manera clásica, con fortaleza y precisión; al modo con que trabajaron los escultores romanos la estupenda serie de retratos que pude admirar en el Museo Borbónico de Nápoles: la mejor colección del mundo en su género.

[...]

Y para demostrar andando el movimiento, pongo a disposición del Comité la cantidad de 25 pesetas para contribuir a la adquisición del relieve y a su fundición en bronce; cantidad modestísima, pero significadora de mi devoción al sin par costumbrista y de mi admiración a la labor artística realizada por usted con una unción que parecía presentir un destino de ultratumba.

Muy suyo buen amigo q. e. s. m.
RICARDO DEL ARCO

En El Diario de Huesca de 18 de octubre de 1928 aparece una nota titulada La maqueta del monumento a López Allué:

Estos días es visitadísimo el estudio del notable artista oscense Ramón Acín con objeto de admirar la preciosa maqueta por él concebida y ejecutada para el monumento del malogrado escritor López Allué (q. e. d.), que la ciudad de Zaragoza va a dedicarle en el nuevo parque de dicha capital y que ha sido a él encargada.

Es de un fino y delicado gusto artístico; al fondo, rodeado de cipreses, se alza un severo bloque que ostenta en bronce, el ya conocido relieve modelado por Ramón Acín en vida del difunto publicista y director de EL DIARIO DE HUESCA; y a los lados, la biblioteca y dos hermosos y cómodos bancos, que convidan a sentarse y saborear sus incomparables obras en la soledad del sitio, doblemente poetizado por la proximidad de un pequeño lago.

Habiéndole preguntado que cuándo expondría en Huesca la maqueta, contestó que no lo haría hasta tanto no haya sido presentada en la Alcaldía de Zaragoza, de quien recibió tan honroso encargo.

Felicitamos efusivamente por ello al señor Acín, ya que pone su alma entera de artista en todos cuantos trabajos se le confían.

El 1 de diciembre de 1928 muere su amigo Manuel Bescós “Silvio Kossti”. El 21 de diciembre sale publicado en La Voz de Aragón el ofrecimiento de Acín de un relieve de Kossti. El escrito va encabezado por dos ilustraciones, una del relieve y otra de un dibujo. Dice así:

Ramón Acín, cabeza pensante, corazón vivo, hombre del nuevo Renacimiento aragonés, amador de lo justo, lo bueno y lo bello, en Huesca escribe, pinta, modela el recuerdo perdurable de nuestros grandes artistas de esta época: Félix Lafuente, el pintor; López Allué, el novelista; “Silvio Kossti”, el escritor. Para cada uno, la idea y la realización plástica –gratuita- adecuada a un servicio de utilidad pública: exposiciones, biblioteca, ornato ciudadano.

Corresponde ahora conmemorar a Manuel Bescós, y Ramón Acín ofrece su esfuerzo con el proyecto de relieve, que reproducimos junto al dibujo, también obra suya. La admiración es grande y el sentimiento es hondo para el escritor fallecido “Silvio Kossti” por parte de los que fueron sus amigos, aquí y en Madrid y en la región del Bearn –sin geografía- y el ofrecimiento generoso de Ramón Acín deberá ser aceptado y reconocido por todos de la manera brillante a que el literato oscense Manuel Bescós se hizo merecedor por la ejemplaridad de su vida y de su obra. Los amigos de éste pretenden honrarle dando forma duradera el relieve de Acín.

El 17 de febrero de 1929, el diario oscense La Tierra publica un extenso artículo sobre Ramón Acín, ilustrado con un autorretrato pasado al boj por su discípulo José María Aventín, y una viñeta humorística. Va firmado por El Reportero X y lleva el título de Ramón Acín, el artista que es todo corazón:

Paz al espíritu y al cuerpo.

Constituye un encanto para el periodista el sorprender a los artistas en el recogimiento del estudio — remanso de paz espiritual y corporal — embebidos en la labor de producir belleza.

Una de estas tardes frías, duras de veras, llegamos al estudio de Ramón Acín, el artista oscense todo corazón.

El gabinete de trabajo de Acín es algo extraordinario, un mundo diverso donde se ha hecho el prodigio de aunar cosas pertenecientes a épocas tan distantes que fuera preciso un largo rosario de años para unir las...

Está el artista entregado de lleno al trabajo; sus pinceles combinan sabiamente los colores dando vida a unas notas de surrealismo (más allá del cubismo). Y esto, que es un formidable salto progresivo en el Arte, haciéndolo rebelde a toda norma, forma una extraña mezcolanza con el ambiente antiguo de esculturas románicas, grabados renacentistas, columnas barrocas y muebles románticos. ¡Maravillosa aproximación de años lejanos bajo el influjo milagroso del sublime Arte...!

El artista

Hace ya unos años que el reportero tenía preparados unos ensayos que no vieron luz; uno de ellos se ocupaba de cierta obra de Ramón Acín, y entonces, al nombrar al artista, le llamaba el hombre que era todo corazón.

Algún tiempo más tarde “La Voz de Aragón” dando cuenta de unos trabajos de Acín, hacía una semblanza perfecta que comenzaba así:

“Ramón Acín, cabeza pensante, corazón vivo, hombre del nuevo renacimiento aragonés, amante de lo justo, lo bueno y lo bello, en Huesca escribe, pinta, modela...”

Magnífico retrato del artista que va dejando en sus producciones pedazos de su alma grande...

Tozudez periodística

Expresamos nuestro deseo de hacer una interviú, y nos dice Acín:

Sería mejor que en lugar de hablar de mí y de mis cosas, hablásemos de todo lo que no sean mis cosas y de mí. En primer lugar, porque realmente vale poco la pena, y aunque así fuese, aquí en Huesca donde todas las cosas son “fateza”, esto del Arte no dejará de parecer una “fateza” más.

Pero la terquedad es condición del periodista; insistimos y obtenemos, por fin, la aquiescencia. Tuvimos más suerte que otros compañeros queridos de profesión que algunas veces se acercaron al estudio de Acín para recoger unas impresiones del artista, sin que nadie lograra vencer la modestia, bien excesiva por cierto de Ramón.

Y como además de pintor es un humorista de primera fila — oh, el fino humorismo de este hombre — aprovecha la ocasión para “colocarnos” un juego de palabras que poco más o menos termina así: el entrevistador que me entreviuvare, buen entrevistador será.”

Labor actual

—¿Por qué no expone Vd. sus obras?, preguntamos.

—Es sencilla la razón: antes, lo que hacía no conseguía dejarme satisfecho; ahora, lo que hago, quizá no satisfaga a los demás por la orientación moderna que quiero imprimir a mis obras.

—Sin embargo una exposición de producciones tuyas habría de resultar interesante y el éxito sería compañero de ella.

—Acaso pronto exponga algo, pero sin carácter de exposición; será aquí, en el recogimiento de mi estudio...

Llevamos los periodistas muy metido el afán curiosón; revolvemos las cosas de este estudio, todo un mundo de arte; retratos de mujeres hermosas, cabecitas que aprisionan cien quimeras dulces saturadas de amor; reconocemos a la muchachita de ojos negros que saben algo de embrujamiento; a la otra jovencita quien casi a diario la vemos pasar por nuestro lado, llevando con cierto mimo aprisionadas bajo sus libros unas producciones concebidas por el genio de Mozart.

—¿Y este relieve?, preguntamos.

—Era para el Osario; fue un encargo que recibí hace unos años de la Alcaldía oscense, y que luego quedó empantanado sin que hasta la fecha se haya llevado a realidad. Lo mismo sucedió con este otro boceto para una lápida que en la escuela que lleva su nombre había de recordar la vida de Magdalena Fuentes consagrada a la obra de educar e instruir.

Le recordamos su último trabajo hecho por encargo del Ayuntamiento de Huesca: un artístico pergamino para el nombramiento de alcalde honorario de Huesca al presidente del Consejo de ministros.

Su contestación es una muestra de fino humorismo.

—Sí, precisamente su importe, el primer dinero que he cobrado del Ayuntamiento en veinte años que, aunque modestamente llevo haciendo arte, quedó convertido en una acción de la Plaza de Toros; aun cuando de taurómaco no tengo más allá de un cinco por ciento. Pero todo sea por Goya, amigo de los toros y padre del humor.

La obra más personal

Hay en el estudio una obra sencilla que logra destacar rotunda por la enorme originalidad que encierra.

Es un Cristo de cartulina recortada, sencillo, pero humano. Hay en Él algo extraordinario dentro de su sencillez, algo que obliga al observador a fijar toda su atención como si en aquel crucificado estuviese apresada toda la tragedia del Gólgota, recado inmenso de humana ingratitud.

Decididamente el artista se hubiese acreditado de talento con esta sola producción si ya centenares de ellas no lo hubiesen hecho.

Hemos querido llevar a estas columnas el Cristo original de Acín, pero nos hemos estrellado ante un compromiso adquirido con el escritor Gil Bel que ha de publicar el “cliché” comentado con un artículo en “La Gaceta Literaria”.

Es insaciable la curiosidad del informador, busca más y más en el estudio y encuentra nuevos destellos de arte, producciones llenas de verismo que es, en definitiva, lo que buscan los artistas.

Recuerdo para los que fueron

En lugar preferente, como corresponde a todo aquello que se quiere con fervor, se muestran dos producciones de Acín en las cuales ha puesto el artista todos sus afanes: un relieve de la cabeza de López Allué, el popular “Juan del Triso” que llevó a sus libros el alma del Alto Aragón; otro relieve de don Manuel Bescós, Silvio Kossti, cerebro macho y espíritu recio y observador; magnífica producción que con su realismo llena el vacío que trajo al estudio la muerte del buen amigo.

Todavía hemos de destacar otra obra: un lienzo grande, hermosa estampa festera, de alegre colorido y luminosidad extremada, y que es, en la mezcolanza del estudio una nota vigorosa que proclama el tesón que el artista puso en su ejecutoria...

A punto de acabar tiene cuatro pergaminos (uno de ellos para don Enrique de las Cuevas) encargo de los Ayuntamientos de Alcubierre, Lanaja y Robres. Son unos bellos pergaminos que rompen la tradición de los consabidos adornitos y la inicial.

Encerrada en una jaula vemos una pajarita de papel. Ante nuestra sonrisa contemplándola dice Acín que libertó al auténtico pájaro de carne y plumas para solemnizar el reciente centenario de San Francisco de Asís. Llamar hermano al pájaro y ser su carcelero no lo encontraba bien.

El humorismo de Acín

Antes de terminar estas notas será preciso que hagamos resaltar otra faceta de Ramón Acín: su humorismo. Infinidad de dibujos, saturados de una ironía fina pero cortante, han salido de la pluma del artista.

Y este humorismo se ha extendido a su prosa que formó artículos substanciosos cubiertos con un ropaje irónico que les dio un sello personal e inconfundible.

Comentamos un poco sobre sus aficiones literarias y Acín, humorista una vez más, nos dice:

—También yo, como los dependientes de ultramarinos, tengo hechos mis dramas; pero el buen gusto no está en hacerlos, sino en saberlos guardar...

El tiempo no corre, sino que vuela

Hemos pasado más de dos horas en este estudio tan acogedor que encierra curiosidades tan abundantes y facetas tan diversas.

Van llegando los alumnos que asisten a recibir educación artística bajo la dirección de Acín. El marco en que hemos de encerrar este reportaje nos impide, como es nuestro deseo, ocuparnos de la labor que en esta Academia lleva a cabo.

Nos llevamos el blok — compañero fiel del periodista — pletórico de notas.

Ellas son materiales abundantes para urdir cuartillas y más cuartillas; torpemente, pero con un deseo que no puede ser mejor, hilvanamos esta información. Lo que no hemos conseguido, a pesar de nuestros esfuerzos, que fueron muchos, es llevar a las cuartillas las palabras precisas para decir toda la grandeza de corazón de este artista oscense, Quijote del Arte y más allá del arte, entre cuyas zarzas dejó prendidos jirones de su alma grande...

Paz al espíritu y al cuerpo.

Constituye un encanto para el periodista el sorprender a los artistas en el recogimiento del estudio — remanso de paz espiritual y corporal — embebidos en la labor de producir belleza.

Una de estas tardes frías, duras de veras, llegamos al estudio de Ramón Acín, el artista oscense todo corazón.

El gabinete de trabajo de Acín es algo extraordinario, un mundo diverso donde se ha hecho el prodigio de aunar cosas pertenecientes a épocas tan distantes que fuera preciso un largo rosario de años para unirlos...

Está el artista entregado de lleno al trabajo; sus pinceles combinan sabiamente los colores dando vida a unas notas de surrealismo (más allá del cubismo). Y esto, que es un formidable salto progresivo en el Arte, haciéndolo rebelde a toda norma, forma una extraña mezcolanza con el ambiente antiguo de esculturas románicas, grabados renacentistas, columnas barrocas y muebles románticos. ¡Maravillosa aproximación de años lejanos bajo el influjo milagroso del sublime Arte...!

El artista

Hace ya unos años que el reportero tenía preparados unos ensayos que no vieron luz; uno de ellos se ocupaba de cierta obra de Ramón Acín, y entonces, al nombrar al artista, le llamaba el hombre que era todo corazón.

Algún tiempo más tarde “La Voz de Aragón” dando cuenta de unos trabajos de Acín, hacía una semblanza perfecta que comenzaba así:

“Ramón Acín, cabeza pensante, corazón vivo, hombre del nuevo renacimiento aragonés, amante de lo justo, lo bueno y lo bello, en Huesca escribe, pinta, modela...”

Magnífico retrato del artista que va dejando en sus producciones pedazos de su alma grande...

Tozudez periodística

Expresamos nuestro deseo de hacer una interviú, y nos dice Acín:

Sería mejor que en lugar de hablar de mí y de mis cosas, hablásemos de todo lo que no sean mis cosas y de mí. En primer lugar, porque realmente vale poco la pena, y aunque así fuese, aquí en Huesca donde todas las cosas son “fateza”, esto del Arte no dejará de parecer una “fateza” más.

Pero la terquedad es condición del periodista; insistimos y obtenemos, por fin, la aquiescencia. Tuvimos más suerte que otros compañeros queridos de profesión que algunas veces se acercaron al estudio de Acín para recoger unas impresiones del artista, sin que nadie lograra vencer la modestia, bien excesiva por cierto de Ramón.

Y como además de pintor es un humorista de primera fila — oh, el fino humorismo de este hombre — aprovecha la ocasión para “colocarnos” un juego de palabras que poco más o menos termina así: el entrevistador que me entreviuvare, buen entrevistador será.”

Labor actual

—¿Por qué no expone Vd. sus obras?, preguntamos.

—Es sencilla la razón: antes, lo que hacía no conseguía dejarme satisfecho; ahora, lo que hago, quizá no satisfaga a los demás por la orientación moderna que quiero imprimir a mis obras.

—Sin embargo una exposición de producciones tuyas habría de resultar interesante y el éxito sería compañero de ella.

—Acaso pronto exponga algo, pero sin carácter de exposición; será aquí, en el recogimiento de mi estudio...

Llevamos los periodistas muy metido el afán curiosón; revolvemos las cosas de este estudio, todo un mundo de arte; retratos de mujeres hermosas, cabecitas que aprisionan cien quimeras dulces saturadas de amor; reconocemos a la muchachita de ojos negros que saben algo de embrujamiento; a la otra jovencita quien casi a diario la vemos pasar por nuestro lado, llevando con cierto mimo aprisionadas bajo sus libros unas producciones concebidas por el genio de Mozart.

—¿Y este relieve?, preguntamos.

—Era para el Osario; fue un encargo que recibí hace unos años de la Alcaldía oscense, y que luego quedó empantanado sin que hasta la fecha se haya llevado a realidad. Lo mismo sucedió con este otro boceto para una lápida que en la escuela que lleva su nombre había de recordar la vida de Magdalena Fuentes consagrada a la obra de educar e instruir.

Le recordamos su último trabajo hecho por encargo del Ayuntamiento de Huesca: un artístico pergamino para el nombramiento de alcalde honorario de Huesca al presidente del Consejo de ministros.

Su contestación es una muestra de fino humorismo.

—Sí, precisamente su importe, el primer dinero que he cobrado del Ayuntamiento en veinte años que, aunque modestamente llevo haciendo arte, quedó convertido en una acción de la Plaza de Toros; aun cuando de taurómaco no tengo más allá de un cinco por ciento. Pero todo sea por Goya, amigo de los toros y padre del humor.

La obra más personal

Hay en el estudio una obra sencilla que logra destacar rotunda por la enorme originalidad que encierra.

Es un Cristo de cartulina recortada, sencillo, pero humano. Hay en Él algo extraordinario dentro de su sencillez, algo que obliga al observador a fijar toda su atención como si en aquel crucificado estuviese apresada toda la tragedia del Gólgota, recado inmenso de humana ingratitud.

Decididamente el artista se hubiese acreditado de talento con esta sola producción si ya centenares de ellas no lo hubiesen hecho.

Hemos querido llevar a estas columnas el Cristo original de Acín, pero nos hemos estrellado ante un compromiso adquirido con el escritor Gil Bel que ha de publicar el “cliché” comentado con un artículo en “La Gaceta Literaria”.

Es insaciable la curiosidad del informador, busca más y más en el estudio y encuentra nuevos destellos de arte, producciones llenas de verismo que es, en definitiva, lo que buscan los artistas.

Recuerdo para los que fueron

En lugar preferente, como corresponde a todo aquello que se quiere con fervor, se muestran dos producciones de Acín en las cuales ha puesto el artista todos sus afanes: un relieve de la cabeza de López Allué, el popular “Juan del Triso” que llevó a sus libros el alma del Alto Aragón; otro relieve de don Manuel Bescós, Silvio Kossti, cerebro macho y espíritu recio y observador; magnífica producción que con su realismo llena

el vacío que trajo al estudio la muerte del buen amigo.

Todavía hemos de destacar otra obra: un lienzo grande, hermosa estampa festera, de alegre colorido y luminosidad extremada, y que es, en la mezcolanza del estudio una nota vigorosa que proclama el tesón que el artista puso en su ejecutoria...

A punto de acabar tiene cuatro pergaminos (uno de ellos para don Enrique de las Cuevas) encargo de los Ayuntamientos de Alcubierre, Lanaja y Robres. Son unos bellos pergaminos que rompen la tradición de los consabidos adornitos y la inicial.

Encerrada en una jaula vemos una pajarita de papel. Ante nuestra sonrisa contemplándola dice Acín que libertó al auténtico pájaro de carne y plumas para solemnizar el reciente centenario de San Francisco de Asís. Llamar hermano al pájaro y ser su carcelero no lo encontraba bien.

El humorismo de Acín

Antes de terminar estas notas será preciso que hagamos resaltar otra faceta de Ramón Acín: su humorismo. Infinidad de dibujos, saturados de una ironía fina pero cortante, han salido de la pluma del artista.

Y este humorismo se ha extendido a su prosa que formó artículos substanciosos cubiertos con un ropaje irónico que les dio un sello personal e inconfundible.

Comentamos un poco sobre sus aficiones literarias y Acín, humorista una vez más, nos dice:

—También yo, como los dependientes de ultramarinos, tengo hechos mis dramas; pero el buen gusto no está en hacerlos, sino en saberlos guardar...

El tiempo no corre, sino que vuela

Hemos pasado más de dos horas en este estudio tan acogedor que encierra curiosidades tan abundantes y facetas tan diversas.

Van llegando los alumnos que asisten a recibir educación artística bajo la dirección de Acín. El marco en que hemos de encerrar este reportaje nos impide, como es nuestro deseo, ocuparnos de la labor que en esta Academia lleva a cabo.

Nos llevamos el blok — compañero fiel del periodista — pletórico de notas.

Ellas son materiales abundantes para urdir cuartillas y más cuartillas; torpemente, pero con un deseo que no puede ser mejor, hilvanamos esta información. Lo que no hemos conseguido, a pesar de nuestros esfuerzos, que fueron muchos, es llevar a las cuartillas las palabras precisas para decir toda la grandeza de corazón de este artista oscense, Quijote del Arte y más allá del arte, entre cuyas zarzas dejó prendidos jirones de su alma grande...

El Reportero X

Ciudad, Febrero de 1929.

Del 6 al 20 de diciembre de 1929 Ramón Acín realiza su primera exposición individual en las vanguardistas Galerías Dalmau de Barcelona, donde presenta 60 obras aunque en el catálogo sólo constan 40. El 4 de diciembre aparece en El Diario de Huesca una nota titulada Ramón Acín, en Barcelona:

En las conocidas y magníficas galerías Dalmau, que se hallan en el hermoso paseo de Gracia de la capital catalana, hace exposición de sus obras nuestro paisano y querido amigo Ramón Acín, en su doble y bien destacado aspecto de pintor y escultor.

Muy cerca de cuarenta cuadros forman la artística galería que nuestro culto y brillante colaborador Ramón Acín presenta en Barcelona a la curiosidad del público y crítica catalanes.

Los asuntos o motivos de sus cuadros son variadísimos, pero vista la obra en conjunto acusan una orientación definida y precisa y un notable avance en la técnica del conocido artista.

Como obras escultóricas presenta dos maquetas conocidas del público oscense: la de Luis López Allué y la

de la fuente de “Las Pajaritas”, del Parque.

Muy de veras deseamos a Ramón Acín el más lisonjero y completo éxito, que es fácil augurarle conociéndole y conociendo el valor de sus admirables obras.

El 6 de diciembre, día de la inauguración, el diario oscense La Tierra publica una breve reseña titulada Nuestros artistas. La Exposición de Ramón Acín:

Hoy inaugura una Exposición de sus obras, un artista oscense: Ramón Acín. Allá en la señorial Barcelona, a las Galerías Dalmau, Acín ha llevado unas obras suyas –pedazos de su alma- hechas con el fervor del artista que sabe de todos los amores para sus producciones en las que pone la ilusión del pintor que vive para su arte.

Ramón Acín, en su estudio donde se juntan los más variados matices, las facetas más originales de arte, trabaja calladamente, pero con entusiasmo. Es la labor silenciosa del que huye de la populachería para refugiarse en el remanso plácido del Arte, ensimismado en el trabajo, dejando que los pinceles, por hábil mano guiados, rompan la virginidad del lienzo para dejar en él, color y luz, belleza y proporción.

Lleva Acín a su Exposición algunos retratos que señalan derroteros originales en pintura; algunas cosas de vanguardia y dos obras escultóricas, que ya conocemos en Huesca: la maqueta del monumento al popular “Juan del Triso”, en Zaragoza erigido, y la fuente llamada de “Las Pajaricas” que en el coquetón Parque pone una nota bien original.

Creemos que Ramón Acín, triunfará en esta Exposición; méritos más que suficientes tienen para eso sus obras. Por adelantado felicitamos cordial y efusivamente a nuestro paisano y amigo muy querido.

Al día siguiente, el 7 de diciembre, aparece en Notas de Arte de El Diluvio de Barcelona el texto titulado Ramón Acín expone en las Galerías Dalmau:

Ayer por la tarde se inauguró en las Galerías Dalmau la Exposición con que por primera vez se presenta en Barcelona el gran pintor aragonés Ramón Acín.

Acín, muy popular en nuestra ciudad como ideólogo por las campañas que tiempo atrás realizó en la Prensa de izquierda, no es tan conocido en el aspecto en que ahora podemos saborearlo.

Pues bien; tan interesante es este extraordinario temperamento produciendo y creando con el pincel como con la pluma.

Tenemos la seguridad de que sus obras llamarán poderosamente la atención aquí, y que esta Exposición constituirá no sólo un éxito halagüeño para Acín, sino un verdadero acontecimiento artístico en esta hora boba de la pintura y de general idiotez y agrisamiento espiritual.

El 11 de diciembre de 1929 el Diario de Barcelona publica una reseña de la exposición, firmada por L. Folch, con el título Exposiciones de Arte:

[...] Ramón Acín.- Pinta en lustre restregado sobre superficie de cartón moreno unas figuras muy bellas y unas composiciones más bellas todavía.

En las Galerías Dalmau donde exponen los “avanguardistas” pueden admirarse estos días las obras con que Ramón Acín se da a conocer entre nosotros. Los retratos de “Nati”, “Enriqueta”, el de “Violinista J.R.”, el de “Justo el Naturalista” y el de “Juan Manuel”, son obras para acreditar a un pintor. Ello sin mentar ninguna de las composiciones de frisos decorativos en boceto que expone entre los que los hay verdaderamente notables.

En unos cofres recortados muéstrase el pintor sencillamente genial; la “Bailadera”, el “Bañista” y “El agarrotado”, son otras tres obras verdaderamente maestras del arte de la cizalla, con la particularidad de estar “El agarrotado” recortado en cartulina.

En El Diluvio se publicará el 12 de diciembre de 1929 un escrito titulado Acín, pintor esencial:

En las Galerías Dalmau expone estos días cuarenta obras el pintor oscense Ramón Acín.

En cualquier otro artista la calidad de la labor no es cosa a que haya que darle mayor importancia.

Pero en Ramón Acín, que tiene fama de vago y en quien la calidad del trabajo y del estilo es siempre tan depurada, no se puede despreciar la cifra de producciones por el considerable esfuerzo que el número elevado de cuadros indica y por lo que ha de servir el dato para restaurar la buena fama del autor.

En la actual exhibición, que es la primera que en Barcelona celebra Acín, domina o predomina el retrato.

Retratos, en efecto, de chicas se ven por las cuatro paredes; retratos de pueblanos, de campesinas, de tipos de la calle.

Acín pinta del natural y al natural.

Llama en sus telas poderosamente la atención la ausencia de color, la simplicidad de la línea, del rasgo, del trazo, de los medios todos de expresión.

Tan extremada es la sobriedad de materia o de materiales en las creaciones de Acín que casi su arte no parece pintura.

Más bien dijerais que es anatomía, geometría, filosofía, metafísica.

Es en todos estos lienzos la forma una delgada piel, un ligero velo, a través del cual se ve perfectamente el alma de las cosas.

Pintura esencial podríamos llamar a la pintura de Acín, arte trascendental.

Arte trascendental, no porque tenga el fin fuera de sí mismo, sino por lo que nos revela de lo hondo y oculto de la realidad interior y exterior.

El mismo día 12 de diciembre, La Veu de Catalunya, publica una nota en catalán titulada Vida artística. Exposiciones. Ramón Acín:

Este artista aragonés es una muestra de cómo las inquietudes vanguardistas pueden modificar las apariencias de una producción que encierra los caracteres más típicos del academismo de escuela oficial. No es que el hecho de haber aprendido dibujo en una escuela de esta índole sea demérito para ningún artista; pero sí es curioso el fenómeno de un maniquí académico revestido de la indumentaria novísima, inquietante para algunos, del vanguardismo.

Hombre dotado, por otra parte, Ramón Acín, diríamos que no ha encontrado cosas que absorbiesen sus aptitudes, limitándose al gracioso arabesco y no entrando nunca en aquella esfera donde la fórmula expresiva actúa de reveladora de un fondo real o surreal, del cual se nutre y para el cual únicamente toma interés.

Otro diario catalán, El Progreso, publicará el 15 de diciembre de 1929 bajo el título Líneas y colores. La exposición de Ramón Acín:

En las galerías Dalmau exhibe el pintor aragonés Ramón Acín una colección de obras, todas dignas de la firma de este artista de tan acusada personalidad, que es, además, literato; que es, también, como nosotros, un enamorado del periodismo al que dedica gran parte de sus actividades.

Las obras que Acín ha traído a Barcelona son de las que han dado en calificar de revolucionarias aquellos que no saben lo que es hacer, en arte un poco de revolución.

Precisamente el mérito de la producción pictórica de este artista que pone en tela no solo colores, sino algo más sin lo cual carece la obra artística de valor, está en lo que contiene aquella de inquietud, de ansia renovadora, de novedad interpretativa, de ejecución plausiblemente arbitraria.

Con sus lienzos ha conquistado Acín, en nuestra ciudad, un señalado triunfo.

Celebrándolo nosotros por lo mucho que estimamos al Acín escritor y periodista a quien como pintor, admiramos.

En diciembre de 1929, publica también la revista aragonesa El Ebro un artículo firmado por Querubín de Larrea con el título Ante una exposición. Instantánea:

Conocía el artista y sus obras, por ello no me ha maravillado la exposición de mi leal amigo y paisano nuestro, Ramón Acín.

Pero lo que para mí era natural y lógico, ha despertado un sin fin de comentarios, que predisponen favorablemente el ánimo del público, en su juicio, y era de esperar, porque si el arte es vida, la encarnación emotiva de una idea que se ve en la imaginación del artista; Acín, ha, plenamente, acertado en su obra, porque como su principio vital de toda ella brota el drama humanísimo cabrioleando bajo los trazos inquietos, que, nerviosamente, dibujó, al ritmo de su poderosa inspiración.

Ante todo Acín es un pintor emotivo; sin imitaciones serviles y muertas que, para mal del arte, tanto abundan en nuestros tiempos, se ha colocado, por su propia energía creadora en el zénit del vanguardismo pictórico. Y ello es más de admirar porque, pudiendo haberlo, no quiso doblegarse a sus impulsos de juventud, con complacencia de vergonzosas tercerías, que tantos estragos están causando en el arte renovador, hasta trastocarlo en un caos de desbarajustes.

Los métodos de vida ultra-rápidos dañan al arte, hasta matarlo. No, si no, saldrían a la luz esa colección de dislates que, melancólicamente, y, tras el pomposo nombre de vanguardismo, toman el sol, que buena falta le hace a su enclenque factura, en las desiertas salas de las Galerías Artísticas.

Si, en la originalidad sola (ya no digo extravagancia) consistiere el arte, podríamos cultivarlo todos a maravilla. ¿Qué sino, dar cuerpo a las mayores incongruencias (como no dejan de hacer muchos, que se disputan a sí mismo excelsos artistas), que en el sueño agitado producido por una digestión laboriosa, se vienen a “la loca de casa”?

Si solamente se dedicaran a la pintura los que tienen inspiración para ello, no se descarriarían las bien iniciadas escuelas modernas, por los intrincados y laberínticos caminachos de los “ismos”, que mudan las salas destinadas al arte, en exposiciones escolares de párvulos, con la agravante de ser filósofos los que las embadurnan.

Donde haya una línea se ha de ver un hilillo de sangre y sutil haz de nervios y el alma toda, estilizada del que la trazó. Ahí está el secreto del arte y del artista.

Por ello ha triunfado Acín; su potente inspiración, que se desborda en el estrecho cauce de los trazos nerviosos y entrecortados (la sutil ironía que rezuman unas composiciones o el romanticismo modernizado que sueña en otras, la difícil facilidad de sus ágiles líneas trenzadas en volutas, que, remendando a Cervantes, invitan a darles, allí mismo, verdadero fin y acabamiento y la originalidad, no rebuscada como principio del arte, sino complementariamente, nacida del exceso de savia de su vigorosa inspiración; sorprenden, maravillan y deleitan al amante del arte, colocando a nuestro paisano y amigo entre los pintores vanguardistas de primera categoría.

El 4 de enero de 1930 El Diario de Huesca reproduce un artículo, aparecido unos días antes en el periódico barcelonés La Noche, firmado por Felipe Alaiz y con el extenso título Un artista que sigue la norma de Gracián, siendo «hombre de todas horas» y que hace admirables esculturas de papel:

Un artista que sigue la norma de Gracián, siendo «hombre de todas horas» y que hace admirables esculturas de papel

Con suma complacencia ofrecemos a nuestros lectores este interesante reportaje del importante diario de Barcelona «La Noche», que viene a confirmar cuanto venimos diciendo de nuestro compañero Ramón Acín.

El artista no da explicaciones porque en la obra se agazapan todas.

Se agazapan como sabandijas, como secretos a voces o como incógnitas.

La contemplación las descubre. También descubre un naturalista su bella sabandija predilecta.

El espectador puede reconstruir su desiderata de sensaciones cuando el secreto a voces que es la obra expuesta, sugiere un tropel de secretos a voces.

La incógnita supone o requiere el gusto por un contorno de mecánica expresiva, siempre dentro de aquel íntimo diseño de Gracián: «No ser sol, que se pone».

Las tres valorizaciones de una contemplación —avidez de naturalista, multiplicidad de apetencias y gusto por la mecánica— se complacen ante las obras de Ramón Acín, que ha traído a Barcelona su carnet de Europa mientras va poblando los parques de una zona española con masas, relieves y realces poco dignos de galardón oficioso.

—Dibujo con pincel y empleo hojalata y aluminio para las esculturas— dice Acín.

—¿Y ese «Agarrotado»?

—Una escultura de papel hecha por el procedimiento de las pajaricas.

Es una obra maestra, conseguida con materia que valdrá menos de un cuarto de céntimo.

—Ese tren no es expreso, Acín.

—Desde luego.

—Pero tampoco es un tren le bazar. Parece el mixto de las 3,45 que ven los chicos desde una colina, ese tren que va a la comarca inmediata «con un trajín de fiera encadenada» y gracia de caja de música porque para cuando quiere y tartamudea.

—Y que podemos manejar siendo sólo organilleros...

—Un tren sintético cargado de rectángulos sucesivos que son vagones frontales de «techo malo», el tren que tiene maravillosos planos de quita y pon... Esos «Marineritos» retozan, y parecen olvidar aquello de...

Somos marineritos

Del barco del amor...

Las características de las obras de Acín expuestas en las Galerías Dalmau, es la delicadeza. Entendámonos: muchos confunden la delicadeza con un desparpajo en tono menor o con un garbo primario del folklore vulgar, o atribuyen a la delicadeza una negación de progreso técnico. En «El tren» y en «Marineritos», el pincel del dibujante es tan diestro y tan moderno que la delicadeza se contiene en el mejor límite para acusar a Acín de plagiario de sí mismo.

La gran ocurrencia del artista es hablar, más que de sus obras, del ambiente que las circunda. Junta los dedos por las puntas y los aparta suavemente como si hiciera gráfica la elevación de agua de un surtidor. El surtidor es el dato fugaz, risueño, implacable y cargado de humor, un «divertimiento» jovial que no requiere la cátedra sino el diálogo confidencial. La confidencia es la obra: un plano, una cara en la que el autor se «encuentra» al pintarla, confesando mediante ella lo que hará, adueñado ya de colores nuevos y expresiones sugestivas, veraces, filtradas por un afán de diversidad que a veces llega a ser algo plural pero que enardece y reconforta al «hombre de todas horas» al paso que enerva al campanero de una sola campanada o al autor de obras campechanas, distintas por la diferencia de color de los flecos, al memorialista que se cree un genio porque hace letra redondilla o gótica, a elección.

—Porque la famosa «carne y hueso» de los realistas, ese arte que parece alimentarse de modelos incapaces de guiñar un ojo o de estornudar, no le impresiona a usted, Acín. Usted no se da a la obra con ese ímpetu atroz que exige un dinamómetro.

—Creo que los niños han sido mis mejores maestros... Cuando a un niño se le da nata y pan, se convierte inmediatamente en crítico. Si dice «tengo mucho pan» no hay que darle crédito; hay que darle más nata; quería decir: «tengo poca nata»... Pues bien; algunas veces, la pasión «avasalladora» y el delirio dionisiaco pueden corresponder al deseo de atracarse de pan. La curiosidad es la forma menos recusable de la pasión, una golosina que siempre hemos satisfecho sometiéndonos a tasa. Mi musa es la curiosidad.

—Y la cautela.

Acín embosca su risa de frailecito dejando de dibujar surtidores con los dedos.

El 5 de enero de 1930, el diario oscense La Tierra publica un escrito, firmado por José Jarné, titulado Nuestros artistas. Comparé y Acín, del que transcribimos sólo la parte referida a Acín. Dice así:

[...] Ramón Acín es un elemento de difícil catalogación, a Dios gracias.

Es un temperamento artístico inquieto. Es un aristócrata de abajo. Con este símil creo hemos logrado hacernos entender mejor.

La vulgaridad y el academicismo no rezan con la obra de Ramón. De ahí que su labor sea tan discutida, tan apasionadamente comentada.

Nosotros sólo poseemos rudimentos artísticos, y con rudimentos no se puede ser crítico.

Hemos de limitarnos a recoger las opiniones de la Prensa barcelonesa con motivo de la exposición de unas cuarenta obras suyas en la Sala Dalmau.

Y los periódicos barceloneses elogian sin reservas el arte de Acín, recogen su inquietud, comprenden su aspiración, saben apreciar su temperamento a través de sus actos y disculpar elogiosamente sus genialidades y ultramodernismos.

Por la Sala Dalmau desfilaron millares de personas a contemplar las obras expuestas. Y todos hasta los críticos exigentes, es decir, hasta los críticos más intransigentes con las nuevas modalidades, no dejaron de exteriorizar sus sentimientos para reconocer que Ramón Acín tiene personalidad singular y destacada en el campo artístico.

Acín es un valor local. También aquí lo hemos proclamado más de una vez; pero bueno es consignar para que no se nos moteje de localismo, que ha triunfado ante un público y una crítica tan exigente como la de Barcelona.

Y no sólo Barcelona reconoce los méritos de Ramón Acín. “La Voz de Aragón” ha encargado a nuestro querido amigo y paisano una placa para colocar en la calle de Costa, fiando en su genio artístico y en el cariño y conocimiento que tiene de la obra del gran aragonés.

Uno y otro unido, dará seguramente por resultado el que Acín produzca una obra admirable, y con ello el que el nombre de Huesca sea, una vez más, motivo de interés y de atención. [...]

El 9 de enero, El Diario de Huesca publica una selección de críticas a la Exposición de Acín aparecidas en los diarios catalanes, con el título Nuestros artistas. Ramón Acín en Barcelona. Sólo transcribimos el comienzo del escrito puesto que el resto son fragmentos de las críticas ya citadas. Dice así:

Hace unos días se reprodujo en estas columnas un reportaje de “La Noche”, de Barcelona, sobre nuestro paisano Ramón Acín y su obra, y en la que se ocupaba el articulista, de modo preferente de la pintura de Acín “El tren”, calificada por el crítico de arte mejicano Germán List (de paso en Barcelona de Moscú a Méjico) como una de las más interesantes obras del arte moderno europeo.

Hoy reproducimos algunos párrafos de parte de la Prensa barcelonesa: [...]

De igual forma, La Voz de Aragón, publica el 17 de enero de 1930 una selección de las críticas de Acín en la Prensa catalana. El artículo ocupa casi por completo la contraportada del diario y le acompaña una fotografía de Acín de perfil. Su título es Ramón Acín triunfa en Barcelona:

Ramón Acín, nuestro paisano, triunfa en Barcelona como pintor y escultor. Los críticos de arte de los principales rotativos de la capital catalana tienen para él los mejores elogios.

Para tributárselos nosotros por nuestra cuenta y juicio esperamos la próxima Exposición de sus obras en nuestra capital, que, acaso, acaso tuviera lugar hacia la primavera, teniendo por marco, si consigue el oportuno consentimiento, el edificio de “El Rincón de Goya”, en nuestro parque ciudadano, que por esa época es el mejor escenario apetecible para una exhibición artística.

Reproducimos a continuación algunas críticas de los periódicos barceloneses: [...]

En enero de 1930, la revista aragonesista El Ebro, publica un artículo firmado por Querubín de Larrea con el título La exposición de Acín:

El día 20 del pasado mes clausuró su Exposición nuestro amigo y conocido Ramón Acín, después de haber desfilado por ella toda la Unión Aragonesista y afiliados al arte, que, pública y privadamente, no fueron pocos en elogios ante la labor del artista.

En este ensayo de crítica hemos de clasificar al expositor en tres posiciones distintas, determinadas cada una de ellas por la inquietud espiritual que le domina, obligándole a variar continuamente la forma de expresión: Acín dibujante, Acín emotivo y Acín expresionista.

Las obras correspondientes al primer aspecto, son los retratos al lápiz, que jamás se acercan, ni por asomos, a la vulgaridad, tan peligrosa en este arte. Su estilo es renacentista italiano; pero, si cabe, sacrificando un tanto el clasicismo en aras de la vida. Contra la opinión del poeta Sucre, gran amigo de Ramón, creo que el arte de éste refleja siempre una actitud, jamás un estatismo, que le resulta lleno de movimiento, en cuanto lo intenta.

Entre sus retratos, destacan el número 9 del violinista oscense J. Roig, y el 26, delicadísima composición titulada “Amigas”; el primero impresiona por el realismo de su expresión y el segundo, por la maravillosa armonía con que está concebido y ejecutado.

Al Acín emotivo corresponden las siluetas recortadas; y aquí me viene de perillas responder a los hermanos Albareda, quienes, refiriéndose a la que lleva el número 38, “Bañista”, califican al artista de “individuo ingenioso”, pero sin arte, que, si por tal se entiende la expresión formal de la belleza o bien cuanto por mediación de los sentidos emocione estéticamente, lo es y de muchos quilates el de las siluetas recortadas de Acín. Impresionan hondamente las señaladas con los números 34 “El Crucificado” y 37 “El agarrotado” y proporcionan una bella emoción las gráciles figuras dotadas de un maravilloso verismo y vida, las de “Eva después”, “Bailadora” y “Bañista” (35, 36 y 37) que antes he citado.

Y ya que estamos en ello y a la comparación con que, a falta de otras razones, apoyan los hermanos Albareda su afirmación, creo conveniente advertirles, que no es el modo de expresión quien puede dar fe de arte, sino la forma y el acierto de inspiración con que está concluida la obra; y como a una comparación otra, añadiré que a los citados artistas no se les ocurrirá poner en tela de juicio a la arquitectura, pintura, escultura, literatura y música, como modos de expresión de la belleza; pero no ostentan el monopolio las cinco artes mencionadas, sino que fuera de éstas y, a veces, a despecho de sus cánones, surge aquélla imponente, rayana en la sublimidad.

Cuando hay belleza y emoción, hay arte; por ello lo son las siluetas de Acín.

Y considerando éste en el tercer y último aspecto, señalaría, como verdaderamente notables sus cartones “El tren” (número 20) y “El fuego” (13). En cuanto a los demás, los considero otras de tantas tentativas en el terreno del grafismo expresionista, cuyo arte sólo ha podido pronunciar hasta ahora algún balbuceo interesante.

No considero así la última forma en colores, presentada en la misma exposición, pues, además de no encuadrar con el artista el estatismo de estas obras, creo que entran en un terreno más bien metafísico que de arte.

Presentó también dos maquetas, ambas originales y bellas destacándose por la austeridad de su ejecución, carácter de todas las obras de Acín.

En la portada del periódico zaragozano La Voz de Aragón, del 2 de enero de 1930, aparece un aviso titulado “La Voz de Aragón” ha encomendado a Ramón Acín una placa para la calle Joaquín Costa de Zaragoza:

Hemos recibido una carta en la que se nos brinda una idea muy simpática: la de sustituir el antiestético poste que frente a la nueva casa de LA VOZ DE ARAGÓN ostenta el título glorioso de la calle, por una lápida artística que corresponda al nombre de Costa.

Muy de veras agradecemos la iniciativa, pero hemos de hacer constar que ésta fue acordada ya por el

Consejo de LA VOZ DE ARAGÓN hace algún tiempo, y que el Ayuntamiento ha resuelto favorablemente la oportuna instancia para sustituir la actual placa que da el nombre de Costa a la calle.

Propone nuestro comunicante que la nueva lápida sea costeada por suscripción popular. Pero existe también el acuerdo de que sea LA VOZ DE ARAGÓN quien la sufrague y ya está encomendada su ejecución a un notable artista aragonés.

Se trata de Acín, el genial artista, tan admirador de Costa, quien se propone realizar una acabada obra, como a sus méritos corresponde.

Pronto, pues, el nombre de Costa tendrá en su calle una lápida artística, la cual será colocada en la fachada de LA VOZ DE ARAGÓN, por ser ésta la primera casa que hay en la calle.

Al día siguiente, 3 de enero, se hará eco de esta noticia El Diario de Huesca con una nota titulada Ramón Acín hará la placa para la calle de Joaquín Costa, de Zaragoza:

“La Voz de Aragón” de ayer nos trae la grata noticia de que, por acuerdo del Consejo de administración de dicho diario zaragozano, se solicitó y se ha obtenido permiso de aquel ilustre Ayuntamiento para rotular, con una lápida ornamental y artística, la calle de Costa de la ciudad hermana, y cuyo coste y gastos sufragará el mencionado periódico, puesto que la placa será colocada en la fachada de la casa de “La Voz” que da a la precitada.

De la ejecución de la lápida ha sido encargado, por acuerdo de dicho consejo, nuestro notabilísimo artista y destacado paisano Ramón Acín, valor positivo y real que por sí solo y sin más “andadores” que su arte, va ensanchando ante sí el escabroso pero recto camino que sólo se permite transitar a los escogidos.

“Se trata de Acín –dice “La Voz de Aragón”–, el genial artista, tan admirador de Costa, quien se propone realizar una acabada obra, como a sus méritos corresponde.”

Así lo esperamos también nosotros, que conocemos de antiguo las posibilidades artísticas y concepcionales de nuestro admirado paisano y querido compañero.

Mañana, y en sucesivos días, daremos a conocer los juicios y opiniones que fuera de Huesca se han publicado ante las últimas obras expuestas en Barcelona por Ramón Acín, pues necesario consideramos que aquí, en nuestra tierra, se vaya haciendo justicia a los de casa y a quienes, por serlo, merecen el apoyo y el estímulo de los que aún sienten en baturro, el clásico “semos u no somos”.

El 9 de febrero de 1930 aparece en la revista Huesca Ilustrada una entrevista con Acín realizada por Manuel del Arco Álvarez y titulada Unos minutos con Acín:

Hacer la presentación de Ramón Acín a los oscenses es como preguntar a las chicas de Huesca cuántos pasos mide el Coso (que me perdonen las que no salen de casa); de sobra lo conocen.

Pero lo que no conocen muchos es su estudio, pues bien; figúrense la trastienda de un anticuario o un día de feria en el Rastro y eso les dará una pequeña idea; lo mismo hay una «Cafetera Rusa» al lado de una «cocinilla de Chindasvinto» (creo que Chindasvinto las inventó) o una «muleta de Felipe II» encima de un cuadro sintético-vanguardista titulado «Alma de Obispo», hecho por el genial Acín.

Estoy rodeado de «chismes», y aprovechando su ofrecimiento de «esta es su casa», le revuelvo todo el «estudio» y encuentro en un rincón infinidad de dibujos inéditos, verdaderas colecciones de «historietas» de tiempos de la guerra, gran cantidad de proyectos de obras de escultura, infinidad de artículos periodísticos, una obra teatral en la que leo el título de «Pim-Pam-Pum», y... En este momento entra en el cuarto Acín y por poco me pega por el lío que le he armado...; para disculparme le digo que me cuente algo para HUESCA ILUSTRADA, y de mal humor me dice... «pues empiece, acabe y váyase».

—¿Escribe?

—Sí; eso que ha leído de “Pim-Pam-Pum” es una obra teatral de vanguardia que pienso estrenar.

—¿Y pintura?

—Haré una exposición en el «Rincón de Goya», de Zaragoza.

—¿Y escultura?
—Un busto de Costa para «La Voz de Aragón», de Zaragoza.
—¿Proyectos?
—Escribir y estudiar.
—¿Qué pintores le gustan?
—Todos los de vanguardia y Goya y los primeros italianos, los cuales han influido en mi arte.
—¿Exposiciones hechas?
—Burdeos, Zaragoza y Barcelona, en la que he quedado contento por el acogimiento que he tenido y por la crítica.
—¿Y en Huesca?
—Dentro de poco haré una de pintura.
—¡Madrileños y catalanes?
—Son mejores críticos los catalanes en escuela de vanguardia; pero en Madrid se consagra al artista.
—¿Proyectos?
—Hacer lo que sienta... Trabajar.
Le iba a pedir una anécdota, pero creo que es bastante anécdota el hecho que vaya a visitarle y me eche con «cajas destempladas»...

Punto final.

Hacer una crítica pública de un artista es buscar una serie de palabras «bonitas» que cuadren bien y redondeen una frase. Yo nada más digo de Acín, que con muy pocas obras suyas conocidas, ha adquirido popularidad y es una personalidad en el arte y que esta personalidad estriba en sus «personalidades», esto es, que hay un Acín pintor, un Acín escultor, un Acín escritor, y quizás mañana sea un Acín «titiritero» porque él trabaja lo que siente..., y cuando es pintor no se acuerda que es escultor, y si escribe se olvidó que es artista, o sea en cada modalidad de arte imprime toda su personalidad.

Envío.

A todos los oscenses les invito a que visiten el estudio de Acín, pero les aconsejo que no revuelvan...

El 25 de mayo de 1930 se inaugura, en el Rincón de Goya de Zaragoza, una Exposición de Acín en la que presenta setenta obras. El día anterior, el 24 de mayo, dice el diario oscense Montearagón:

El próximo día 25 quedará inaugurada en el Rincón de Goya, de Zaragoza, una interesante exposición de las obras del inspirado artista oscense Ramón Acín.

El éxito de crítica será completo, como el alcanzado en la anterior exposición celebrada en Barcelona, de que ya dimos cuenta a su debido tiempo.

Ramón Acín hará su exposición en el Rincón de Goya, elegido por él mismo para que tan solo acuda la minoría de los que pueden y deben ver su obra. No le importa el noventa por ciento de curiosos que no sabrían sacar jugo a la exposición.

Lo comprendemos. Y quisiéramos, a la vez, poder tomar parte en ese escogido diez por ciento de visitantes para otorgarle el aplauso que merece su callada y vigorosa obra artística, la que tan enaltecida ha sido por plumas autorizadas.

Unos días después de su inauguración, el 31 de mayo, La Voz de Aragón publica una crítica firmada por Marín Sancho con el título En el Rincón de Goya. La exposición de Ramón Acín:

—“Exponer en el Rincón de Goya, a media legua de Zaragoza, habrá de restarme un noventa por ciento -quedo corto, quizá-, de visitantes; lo sé” — dice Acín, en el prólogo del catálogo de su Exposición.

Tener esta evidencia y tener la valentía de decirlo significa una categoría superior, pero no de vanidad o

soberbia, sino de dignidad del “yo”.

Se ha dado en la manía de exagerar la modestia huyendo de hablar de sí mismo, para caer en otra vulgaridad, en otro vicio cien veces peor: en el de la hipocresía. Estará bien impedir el uso del “yo” a un pedante y vano, pero a quien tiene un valor efectivo se le debe exigir inexorablemente, porque de esta manera se exalta la responsabilidad de la obra y del autor.

Todo esto adquiere realidad absoluta en la Exposición que Ramón Acín hace estos días en el formidable edificio del Rincón de Goya. En todas partes—desde las obras hasta su distribución—existe lo personal, lleva la firma de Acín.

Ramón se nos muestra multiforme, como lo es su espíritu inquieto. (Hablando de Acín, pensando en él, contemplando sus obras, ni por descuido se me ocurre pensar en “vanguardismo”. Este, en cuanto está “usado”, representa remedo, imitación, y en Acín yo no he visto nunca estas cosas. Acín es siempre el “yo”, sin preocupaciones de desconcertar ni de seguir la moda; hace como hace porque le sale de dentro, y puede hacer lo que hace porque tiene talento para ello).

Setenta obras dice el catálogo que hay expuestas, pero el catálogo miente. Son setenta y una, porque el catálogo es otra más. Es una obra —de muy pocas líneas—, pero obra literaria, obra de sinceridad. Para mí —tomen ustedes como quieran mis palabras, que no quiero sean de oráculo, sino de simple opinante— con que una obra sea sincera, tiene valor de apreciación máxima. Admiro más los dibujos callejeros del “hombre del saco” que las tartas apoteósicas de Benlliure, porque éstas no tienen un ápice de sinceridad; las otras, sí.

Acín pinta, dibuja, esculpe y retuerce formidablemente chapas de hierro o latón, consiguiendo unas esculturas de un valor rítmico y dinámico extraordinario.

Dibujando tiene obras exquisitas, como son una deliciosa colección de retratos y unas impresiones de cosas, de gentes, sencillamente estupendas.

(Los clasicistas —así pretenden llamarse ellos— dicen que quienes hacen arte nuevo lo practican por ignorancia e impotencia. No digo que vayan descaminados si se refieren a los imitadores; pero si lo extienden también a los creadores les recomiendo vean estos dibujos de Acín, a ver si continúan en su convicción).

Cuando Acín pinta, la cosa cambia. Aquí ya no llego a un acuerdo total. Por esto no pasa nada. Los colores son la cosa más falsa que existe. Son subjetivos. Los colores los vemos cada uno de distinta manera; porque yo no los vea como los ve Acín, me guardaré muy bien de meterme en camisa de once varas y discutirlos. Son cosas estas que, para mi cuenta, se admiten o no se admiten; pero no se discuten.

En sus esculturas volvemos a un acuerdo total. Igual en las tallas y modelados que en las filigranas con las hojas metálicas. Solamente de éstas nos pasaríamos rato y rato hablando y seguro estoy que difícilmente acabaría de decir las mil impresiones que producen, como son millares los puntos de vista que nos ofrece.

Pero hay una cosa que me gusta, estoy por decir, más que todo: los materiales empleados.

Cuando, como Acín, se hace arte, por la sola idea de hacer arte, sin la pretensión de “conmover” a los “fenicios” se puede prescindir de cimientos más que secundarios, como es la materia sobre la que se realiza una obra de arte. Para los “fenicios” sólo puede ser bueno un cuadro pintado sobre un lienzo caro y que lleva un marco que haya costado muchos duros.

Acín pinta sobre un pedazo de cartón cualquiera, un trozo de caja de embalaje, y enmarca sus cuadros con varetas de baulero. Así, si su obra es buena, lo es por serlo la obra en sí, no por el valor que le alquiló el tendero de lienzos o maderas doradas.

Goteaba cuando hemos salido de ver la Exposición de Acín. Salimos a un tiempo cuatro personas, los únicos visitantes que había en esta lluviosa mañana de mayo. Cada uno de los cuatro hemos visto la Exposición separadamente, sin molestarnos, sin fastidiarnos unos a otros con comentarios impertinentes ni oír disertaciones de supercríticos comanditarios.

Estamos en pleno jardín del Rincón de Goya. ¡Qué ricos olores! Nos miramos los cuatro y un solo comentario nos comunicamos:

—¡Qué bien están estas cosas de Acín! Cuando suba mucho público a ver las Exposiciones que aquí se hagan, las obras de artistas como Acín nos parecerán anticuadas.

Pían unos gorriones por el Parque de Buenavista (yo siempre lo he llamado así, y lo llamaré toda mi vida; los demás que lo llamen como quieran). En la Exposición ha quedado con ganas de salir una pajarica de

papel que hay en dorada jaula, y a la que quería haberle dado cañamones.

Otro día vendré.

Al día siguiente el periódico de Huesca Tierra Aragonesa reproduce en sus páginas unos párrafos del escrito anterior. Este mismo día, 1 de junio, el diario oscense La Tierra publica una nota firmada por J. con el título Ramón Acín en el Rincón de Goya:

Como ya anunciamos a nuestros lectores, el próximo pasado domingo se inauguró la exposición de obras de nuestro querido amigo y paisano señor Acín, en el “Rincón de Goya”, de Zaragoza.

Ha constituido un éxito rotundo.

A pesar del emplazamiento a cuatro kilómetros del centro de la ciudad, el número de visitantes ha sido extraordinario.

La impresión producida es inmejorable, y Acín puede ufanarse de la consolidación de su renombre artístico.

Cuantos desfilan ante las obras expuestas tienen, para las mismas, frases admirativas, apreciando la genialidad y originalidad del artista oscense.

También la Prensa zaragozana tiene para Ramón Acín sus mejores espacios, donde los críticos nos dicen la impresión recibida que, por cierto, supone el espaldarazo merecido y otorgado al hombre que no fía más que en su valer personal sin busca de reclamos ni sahuimerios. Por el contrario, Ramón ha hecho lo posible por huir de reclamos, y aun puede apuntarse méritos para lograr juicios adversos.

Por encima de todo ha triunfado su arte personalísimo.

Lo prueba el que los críticos y público anden acordes al tributar sus elogios, y que el “Rincón de Goya” se haya inaugurado solemnemente prescindiendo de la bambolla oficial.

Felicitamos a Acín. Nos felicitamos del triunfo de Huesca en Zaragoza. Al decir esto, significamos lo contrario de rivalidad o bandería. Es que el Arte triunfa por encima de localismos y, así, mientras López Allué tiene su puesto de honor en Zaragoza, y Zaragoza hace honor al arte de Acín, podemos dejar que espíritus mezquinos debatan rivalidades materiales.

Siempre las naciones -como los pueblos- se han entendido perfectamente a través de sus pensadores y de sus artistas, y, contrariamente, la desavenencia surge cuando las querellas se dejan al árbitro de los detentadores de instintos groseros.

Encomiásticamente se cita hoy a Huesca en Zaragoza a través de su embajador artístico Ramón Acín.

El 4 de junio, en Heraldo de Aragón aparece una crítica, acompañada de una reproducción del cuadro de Acín “Isadora”, firmada por M. con el título Una Exposición interesante y extraña:

- “Sí, sí –me decía Ramón Acín-; es absolutamente preciso dibujar, presentar dibujos llenos de corrección y academicismo, para que el vulgo se convenza de que nosotros, los acusados de extravío por nuestros atrevimientos vanguardistas, conocemos y comprendemos el natural; y si tratamos de estilizarlo es únicamente para buscarle desconocidas bellezas y ofrecer con nuestra obra al espectador, nuevas emociones”.

En efecto, expone el inquieto artista oscense, dibujos como “Mi hija Katia”, “Mi hija Sol”, “Clara”, “Blanca”, “María”, que dentro de su novedad técnica, ofrecen una fiel corrección y una honradez artística, verdaderamente clásicas y perfectamente comprensibles.

Yo no estoy conforme con Cristóbal de Castro, cuando hace breves días afirmaba: “Sólo en un ambiente pazguato, como el español, es dable presumir de vanguardistas a gentes absolutamente reaccionarias en esencia, presencia y potencia. Los que aquí se arrojan puerilmente la representación de una juventud intelectual, avanzada y dinámica, apenas si, por facha o fecha, pueden llamarse, no ya precursores, pero sí hombres de su tiempo”.

Bastaría que el autor de estas líneas contemplase las obras de Acín, para convencerse de que éste en sus “hierros expresivos” como “El agarrotado” y “Eva después”; en sus desconcertadores futurismos como “El

tren” y “Cristal”; en sus primeros intentos escultóricos, en esos, a manera de frisos, como “Patio de caballos” y “Cargadores”, bastaría –repetimos– que el escritor viese algo de todo esto, para que reconociese en Ramón Acín, un admirable temperamento humorista sobre todas sus cualidades.

Porque, en fin de cuentas, habremos de exclamar, glosando el modo de Cambó:

¿Clasicismo?... ¿Vanguardismo?... Arte. Muy antiguo o muy moderno, pero Arte. Y ciertamente que el arte no falta en cualquiera de las obras expuestas por este inquieto luchador oscense.

Al día siguiente, 5 de junio, El Noticiero publica una crítica firmada por Albareda Hermanos, con el siguiente encabezamiento: La exposición Acín. Incongruencias dedicadas a Ramón Acín con permiso de su tocayo Gómez. Dice así:

A media legua de Zaragoza, rodeado de barro por todas partes y en el famoso Rincón expone Acín hasta setenta obras.

Una primavera pródiga en lluvias parece que se obstina en demostrar lo disparatado de la “ideíca” de emplazar una biblioteca –institución que al ciudadano debía de salirle al paso– donde muy pocos los encaminan.

Una luz tranquila y apacible envuelve las obras—qué magnífico estudio-taller podía instalarse allí.

Acín cultiva todas las artes, a su manera y está al corriente de lo que se lleva en ellas —como cualquier maestro de “haute couture”.

Tiene una buena serie de retratos ejecutados con sencillez sobre cartón con siena al óleo que recuerdan por su aspecto los dibujos de los viejos maestros hechos a la “sanguina”.

Los hay que impresionan fuertemente y la mayoría de ellos reúnen la cualidad de haberlos abandonado a tiempo.

Unas horas más en ellos carecerían de ese encanto y tomarían el aspecto del retrato de Silvio Kossti ejecutado con gran fatiga y sin ningún resultado.

En el mismo género hay bocetos, composiciones, algunas bonitas para desarrollarlas con más meditación, otras... evidencian al artista mariposeando, entre los vanguardistas.

Hay dos naturalezas muertas (31 y 33) que el visitante puede hallarlas en cualquier revista de Arte o en cualquier parte menos en el natural.

Otras obras (“Dientes de oro, Juan Manuel”) hemos de admitir el título que les adjudica el autor y si el visitante no las encuentra bien bautizadas ponerles otros: son de títulos intercambiables.

Otra faceta muy curiosa de Acín es la de hacer con recortes de metal aspectos de figuras, algunas dotadas de movimiento y de gracia.

Revelan todas un ingenio (habilidad) nada común y es por donde se comienza para, hacer una escultura: anotar las líneas generales; después viene la verdadera lucha: la de realizar esas iniciaciones.

Un relieve funerario tiene la gallardía de que su autor ha trabajado con buena fe.

Unas maquetas de monumentos hechas a base de cubos, procedimiento muy moderno y que ahorra no pocas horas de dibujo.

Dos incongruencias más: no copiéis a los grandes maestros antiguos, pero menos hagáis esto con los modernos, pues siendo los primeros del dominio público difícilmente podríais pasar por originales, cosa que con los segundos se hace con facilidad y con demasiada frecuencia.

Debe destinarse el “Rincón de Goya” para exposiciones de vanguardia; es el criterio que se sigue con las enfermedades infecciosas: alejarlos de los núcleos urbanos.

Con motivo de esta crítica de los hermanos Albareda, unos días más tarde, el efímero quincenal zaragozano Cierzo publicará una nota con el título Salpicaduras de la Exposición. El arte de Acín y los críticos de acá:

En el periódico local «El Noticiero» se publicó el pasado jueves una crítica de la Exposición de obras de Ramón Acín, suscrita por los hermanos Albareda. Ante la manifiesta falta de comprensión de estos señores, hemos creído un deber ofrecer nuestras columnas al artista oscense para que se defendiese, si lo creía oportuno.

tuno. Conociendo la amistad que le une con nuestro amigo Rafael Sánchez Ventura, nos dirigimos a éste pidiéndole las señas de Acín. Nos responde Rafael con la carta que reproducimos, previa autorización suya, aunque estima que el asunto no vale la pena, por la mínima importancia crítica de los señores Albareda, lo que nos hace desistir de nuestro propósito.

Nos hacemos solidarios de la actitud expresada con tal claridad por nuestro amigo Sánchez Ventura, que refleja la posición de la juventud deseosa de ver en mejores manos el ejercicio de la función crítica.

“Mi distinguido amigo: Creo que toma usted las cosas fútiles demasiado en serio. Dar importancia a esas líneas, me parece tan incongruente como atacar las pulgas con ametralladora.

No escriba usted a Ramón Acín para eso. Le conozco suficientemente para poder asegurar que a él, como a cualquier hombre inteligente y culto, las apreciaciones adversas de censores tan cretinos y analfabetos como los sedicentes hermanos Albareda, son grato motivo de estímulo, confirmación certera de que la orientación es buena, y halagüeño resultado de un noble trabajo. Lo desconsolador, la prueba irrefutable y definitiva de su fracaso, hubiera sido un “juicio” (si esto no fuera pedir demasiado) favorable de tales “críticos”... Y sobre todo, que nuestro amigo tiene sobrado buen gusto para conceder beligerancia a esos parásitos de sacristía.

Esta es mi opinión; pero si, no obstante, creyera usted conveniente dirigirse a Acín, escríbale a Huesca, calle de Cortes, número 3. Acaso –aunque lo dudo- piense, excepcionalmente, en este caso de un modo distinto que yo.

De usted afmo. s.s.,
Rafael Sánchez Ventura”

También en Cierzo, y junto al anterior escrito, aparece una crítica firmada por Eloy Yanguás, ilustrada con las obras de Acín “Isadora” y “Cristal”, con el título La exposición Ramón Acín:

Desde la exposición Berdejo-Pelegrín no se había abierto en Zaragoza ninguna otra donde se respirase una atmósfera auténtica de arte; por esto, cuando penetramos en el «Rincón de Goya» en busca de la obra de Acín, se nos ensanchó el alma al ver que nos habíamos zambullido en una verdadera exhibición de arte, de arte bueno y, miel sobre hojuelas, de arte moderno.

Acín trabaja metales, modela, graba, construye, dibuja, pero es, fundamentalmente, sobre todo esto, pintor, y quizás antes que pintor, hombre selecto; queremos decir que su sensualidad no lo es a ultranza, que sujeta su arte a normas austeras, estrictas, que hay en él un ansia de perfección, de probidad, de disciplina, que hace que ante su obra pensemos mucho en él.

¡Se encuentra uno bien entre las obras de Acín! No hay nada allí que no sea absolutamente sobrio, absolutamente sincero, y la sinceridad de Acín no tiene melena; aun cuando trata temas rudos –“Garrote vil”- el artista no es duro, sino delicado; no dice estrepitosamente, sino que insinúa; de ahí que sus obras, construidas y dibujadas como lo hacen los maestros, tengan un hechizo difícil de concretar, quizá inefable, que recuerda la delicadeza, la elegancia, un poco impenetrable, de las figuras de Leonardo.

El arte de nuestro tiempo pasa por una hora de frenética honradez; no quiere belleza prestada; huye del modelo, para no vivir sino de sí mismo: desprecia los materiales valiosos, por odio al bibelot, por lo que tienen de sustitutivos del esfuerzo; Jean Cocteau hace cabezas helénicas, en París, con alambres limpia-pipas.

R. Acín vuelto hacia el mundo, como precisa estarlo todo el que en este país de tauromaquia y procesiones quiera salvarse, sabe de esa austeridad, y la comparte, y pinta retratos excelentes sobre la sencilla calidad del cartón, y obtiene efectos plásticos recortando y torturando chapas, hasta animarlas, con un claro acento francés, por medio de esa magia magnífica que es el arte.

Acín es inquieto, no es hombre de una sola canción, pulsa todos los temas, es intrascendente; su logro es la belleza, esa belleza del arte bueno que, uno al menos, no ha podido poner en claro si se siente con la cabeza, con el corazón o simplemente con los ojos.

No nos gusta copiar nombres del catálogo ni concretar, pero precisa destacar, de los cartones a color, «Isadora», «Inés», «Fr. A. del Niño Jesús», «Mediterránea», hecha seguramente bajo la sugestión de la cerámica minoana, y «Maternidad», «Marineritos», «Niño de las uvas», «Paisaje», muestran otro aspecto de Acín; el

humor, la ingenuidad calculada. «Amigas» y “M^a Ángeles” dos dibujos sobre cartón sencillamente magníficos.

Pero más que estas líneas, que no son crítica, sino admiración, será útil al lector en el «Rincón de Goya» el prospecto de la Exposición, donde, entre otras cosas, dice el artista de sí mismo «que su corazón está con Goya y su cabeza con Leonardo». Goya, Leonardo. Pasión, inteligencia. Para los que saben el sentido de las cosas y de las palabras, esta frase de Ramón Acín será prólogo suficiente para comprender hondamente su obra.

Estos mismos escritos aparecerán reproducidos íntegramente en El Diario de Huesca el 15 de junio de 1930. También de estos días es el artículo firmado por José Jarne Peire en el diario oscense La Tierra, con el título Artistas oscenses:

[...]

RAMÓN ACÍN.- De que Ramón Acín daría que hablar, estábamos seguros.

Su exposición en el “Rincón de Goya”, en Zaragoza, ha sido un éxito rotundo. La crítica en general se ha rendido ante sus obras colmándolas de elogio.

Para que nada faltase, no han faltado quienes opusieran objeciones especiosas, y, es claro, la réplica ha surgido contundente, escandalosa, dando con ello motivo al mayor realce y popularidad a nuestro artista.

De nada ha servido que Acín expusiera a media legua del corazón de la ciudad. De nada sirvió que el cielo obstruccionase con lluvias el acceso al “Rincón”. La exposición se ha visto concurridísima todos los días, poniendo a prueba el mérito de las obras expuestas, dignas del sacrificio hecho por los visitantes.

Tratárase de otros, fuera la exposición con distintos motivos, y es seguro que sólo el busto de Goya se contara como espectador. Tal fue el cúmulo de obstáculos con que se complacieron Acín y los elementos en restar público al lugar.

Pero, no. Nada pudo contra el férvido deseo de los amantes del arte genialísimo de Ramón Acín, que vencieron a todo llegando a la meta para admirar su labor.

El miércoles se clausuró la exposición. Lleno imponente de amigos y admiradores. Otro paisano nuestro, el violinista Joaquín Roig, amenizó el acto, y a fe que no pudo darse dúo más acertado en enmarcación más original. Violín seco, sin trampa ni cartón, con dibujos en cartón sin artimañas ni academicismos. Y las notas del violín mágico de Roig, se apreciaron al igual que el arte sugestivo y desconcertante de Ramón Acín.

Final de este alarde artístico oscense, fue el colocar, a la salida, un ramo de laurel en el monumento del más oscense de los oscenses. En el de Luis López Allué.

Su amigo Gil Bel escribirá unas líneas en La Gaceta Literaria de Madrid de 15 de junio, ilustradas con las obras de Acín “Bailadera” y “Cristal”, y con el título Exposición de obras de Ramón Acín en el Rincón de Goya :

Esa pajarita blanca, de papel, que está en su jaula verde, presidiendo la Exposición, es el complemento de humor de Ramón Acín; este Ramón que se nos presenta ahora ampliado y elevado como un surco de buen aeroplano. ¡Vaya aviador! Aviador de duración y sin escalas; que viene de allende los picos, de todas las montañas. Bien cumplimentado con 74 obras, todas determinadas. Ése es Ramón. Ninguna Exposición más completa. Por eso, cuando Acín dice que se honra exponiendo en el goyesco Rincón —ese Rincón de Goya que agradecemos a Mercadal unos pocos—, hay que decir que el Rincón, a su vez, se honra exponiéndolo a él. Que por si fuera poco, nos deja dicho en su catálogo:

«Me es grato también exponer en el Rincón por lo que éste tiene de homenaje al maestro de Fuendetodos, aunque, si bien mi corazón va con Goya, hoy por hoy mi cabeza va con Leonardo. Exponer en el Rincón de Goya, a media legua de Zaragoza, habrá de restarme un noventa por cien —quedo corto quizá— de visitantes: lo sé. Todos saldremos ganando.

Ese noventa por ciento, porque se ahorrará el ver mis obras; el diez restante, porque las verá mejor; y yo,

porque no tendré que ver a los que no tienen por qué verlas y veré que las ven bien los que las deben ver. Mi arte no es de iniciación; no es para los que van al arte, sino para los que están de vuelta. Si llueve me quedo sin el diez por ciento de visitantes. Me veré cumplido contemplando yo solo mis obras, modestas, pero mías, en el recogimiento del Rincón de Goya; envueltas en su luz».

Él solo y su pajarita, presidenta de honor, y tras calidades.

Al hablar del Ramón pintor no podemos disgregar un cuadro de otro, porque todos y cada uno nos gustan a cual más. Tendríamos que ver uno solo. Y la sala, orgullosa de su doble luz, se presenta llena. Diremos lo mismo de su escultura. Si bien, ¡qué bien!, está esa cabeza –nogal- de “Silvio Kossti”, no menos inspiradas se presentan esas maquetas “Fuente de las pajaricas” (Parque de los Niños, Huesca) y “Monumento del escritor López Allué” (Parque de Zaragoza). Y como complemento de sus inquietudes –triple, múltiple personalidad- están esas figuras silueteadas. Latón forjado con almas.

También en junio de 1930, la revista Aragón, editada por el SIPA, publica una crítica sobre la Exposición; está firmada por Zeuxis y lleva por título Las obras de Acín en el Rincón de Goya:

En el íntimo recogimiento de unas salas sencillas, de proporciones armónicas, bien iluminadas y sin nada que distraiga la atención, antes invitando a la lectura reposada de las obras que tratan de nuestro gran pintor, para cuyo objeto se construyó el edificio y se está actualmente amueblando y acondicionando por el Sindicato de Iniciativa y Propaganda de Aragón, en ese favorable ambiente, decimos, ha celebrado la exposición el notable artista oscense. Decía éste en el anuncio, que, al solicitar la concesión de ese local apartado de la ciudad, sabía que se restaba un noventa por ciento de visitantes, y si llovía, el diez restante. Ha llovido casi todos los días, con gran regocijo de los agricultores, y ese diez por ciento ha ido a pesar de la distancia y a pesar de la lluvia, de lo que nos felicitamos por el artista expositor y por Zaragoza.

Se dice que las obras de Acín son de vanguardia, es decir, la última palabra en ese vertiginoso cambiar de fórmulas y conceptos en el período de la historia del arte abierto hace veinte años por el cubismo y que a última hora parece que empieza a declinar por el empuje de los jóvenes. Dejemos a los encariñados con esa denominación la ficción de un juicio puramente externo, y digamos que ese rótulo no es apropiado al concepto ni a la expresión de las obras expuestas en el Rincón de Goya.

Acín no pretende seguir una escuela, sino que en posesión de una categoría estética elevada y auténtica se mueve libremente al impulso de una convicción, para romper lanzas en defensa de un ideal. Reacciona llevado de sus preferencias en la elección de sus volúmenes y formas visibles del mundo exterior y se afianza sólidamente en el criterio de dar a sus obras un sentido de profundidad.

Esa conciencia plástica nos hace ver al artista como escultor, un escultor que hace además con el pincel deliciosos dibujos, pero aparte de esto la ordenación y el equilibrio de masas, es sobre todo constructivo, escultórico.

En los jardines del Parque hay una colección zoológica formada por un mono y dos patos; el mono se aburre estrepitosamente en una habitación exigua, de crisis de vivienda.

También hay en los mismos jardines una colección de monumentos que parecen aburrirse tanto como el simio; hay uno aparte, emplazado en un rincón, que no se aburre, que goza en la humilde pequeñez de sus proporciones armónicas, en la intimidad de un refugio escogido voluntariamente, sintiendo, como en abrazo cariñoso, la compañía constante de un seto viviente verde y frondoso, ofrenda de la naturaleza al arte. Este monumento es de Ramón Acín.

El dinamismo no es una escuela, es un concepto estético y esas graciosas figurinas de metal recortado y retorcido tienen en sí mismas con su modestia de elementos y la sencillez de su procedimiento toda la fuerza de expresión de grandes composiciones descriptivas ejecutadas con más elementos y quizás con menos emoción.

“El agarrotado” y “La bailarina”, entre otras, son obras insuperables en su género.

Este escrito lo reproducirá en su integridad El Diario de Huesca el 7 de julio de 1930. Unos días después,

en el periódico jacetano El Pirineo Aragonés, del 12 de julio, aparece una reseña de la exposición que dice:

Las obras pictóricas de Ramón Acín – nuestro querido amigo y comprovinciano- merecieron días pasados comentarios favorabilísimos en la Exposición que hizo en el Rincón de Goya de Zaragoza. El asunto de la mayoría de sus cuadros es sugerente. Imposible otra cosa, siendo de Ramón, artista por gracejo, por inteligencia, y sobre todo por temperamento. El mérito de nuestros coterráneos y las distinciones que éstos reciben es fuerza transmitirlos al público para que vayan recibiendo el aire grato de la popularidad. A nosotros nos complace hacerlo así, felicitando a Ramón Acín por su éxito.

Al finalizar 1930, el 31 de diciembre, en El Diario de Huesca Querubín de Larrea hace un resumen del año artístico aragonés, donde dice, entre otras cosas:

[...] Rompió el fuego de las exposiciones Ramón Acín, y a fe que lo hizo con pie seguro. Sus obras provocaron un revuelo inesperado, incluso entre los mismos que ya le conocían.

Poco tengo que añadir a lo que ya deben de conocer los lectores de los dos comentarios por mí escritos a raíz de su exposición. Acín es un hombre en perpetua evolución: evolución de pensamiento, evolución de concepción y, por ende, evolución de forma. En esto radica la desorientación en que sumió a cuantos le conocían y esto influirá para que no llegue a presentarse nunca al público tal cual es. Una cosa permanece constante en Ramón, con una tendencia única y que progresa perfectamente definida, y es la sutilidad de su ingenio. Acín es el hombre sutil por excelencia, todo en él es fino, delicado y con una intención agudísima, coartada únicamente por los prejuicios que se impone el mismo artista en su afán de novedad. Sus mejores obras, a mi entender y frente al parecer de la mayoría, son los retratos al lápiz; Acín, ante todo y sobre todo, es dibujante con el extraordinario sentido del trazo que recuerda el de los grandes maestros italianos del Renacimiento. [...]

El 28 de septiembre de 1930, La Voz de Aragón publica una entrevista a Ramón Acín, firmada por José María Lacasa, donde aparece una fotografía de Acín trabajando en su estudio y otra de la placa de Costa terminada, con el título Ramón Acín ha modelado la lápida que “La Voz de Aragón” dedica a Joaquín Costa en la calle que lleva su nombre:

Cuando alguien dice de Acín que es un artista revolucionario, muchos –ésos que no son capaces de comprender- sonríen, cazarmente maliciosos, con aire de gente que están en el secreto. Y, sin embargo, no se dan perfecta cuenta del alcance de esta palabra.

Ramón Acín es, efectivamente, un artista revolucionario. Hay que afirmarlo así. Porque nada más distante que su arte de los caminos trillados, de los derroteros conocidos; nada más en pugna con los viejos moldes y con las viejas normas.

Ramón Acín es un espíritu extraordinariamente inquieto, y esa inquietud, esa perenne excitación de su sensibilidad se refleja en sus obras, en su obra.

La actividad artística de Ramón Acín es multiforme: con el lápiz popularizó el seudónimo de “Fray Acín” al pie de caricaturas que son todo habilidad, ingenio y humorismo; pintor, ha merecido sinceros y desapasionados elogios de la crítica; escritor, su agudo ingenio, su exquisita sensibilidad, su fino humorismo, dan vida a cuanto sale de su pluma; escultor, se ha revelado como algo muy original, de personalidad bien destacada.

Varias exposiciones ha celebrado Ramón. Otros tantos éxitos de público y de crítica. Ahí están, para botón de muestra, las celebradas últimamente en las Galerías Dalmau, de Barcelona y en el zaragozano Rincón de Goya. Pronto piensa exponer en París.

Pero, por encima de todo, tiene Ramón Acín cualidades inestimables: su modestia, su sencillez, su naturalidad.

Modestia, porque dice –sin el menor asomo de ironía- “Para que alguien vea aquí, en Huesca, un trabajo mío, tengo que salir al balcón y al primero que pasa echarle un lazo y cazarlo como a los caballos de las Pampas”. No. A su estudio va gente; amigos todos, sólo amigos, es verdad; pero, ¿quién no es amigo de

Ramón Acín, que hace de la amistad un culto? En Huesca, en Aragón, fuera de Aragón, se le admira y se le quiere. Acaso no todo lo que merece porque no se le conoce bien, porque no se le comprende bien...

Sencillez, porque para Ramón Acín parece escrito ese “Decálogo” de Eugenio D’Ors. Naturalidad, porque nada más opuesto que el al artificio, al aparato...

A pesar de todo, debíamos hacer una entrevista a Ramón Acín y teníamos miedo. ¿De qué? ¿A qué, si Ramón es todo sencillez, todo cordialidad?... A eso precisamente: a su sencillez. Temíamos no interpretarle bien. Pero el propósito de que Ramón hablase por nuestro conducto a los lectores de LA VOZ DE ARAGÓN pudo más que el temor al fracaso de nuestro empeño. Si fue LA VOZ quien le encargó la lápida que ha de colocarse en la fachada de su nuevo edificio dando el nombre de Costa a esa calle, justo es que sea este periódico el que dé a conocer la obra maestra del maestro Acín.

-¿...?

- Sí, dando los últimos toques al barro para luego vaciarlo en escayola y después en bronce.

- ¿...?

- Es verdad: hace ya tiempo que tenía encargo de LA VOZ DE ARAGÓN de hacer este trabajo, pero no encontraba hora de comenzar. Ciges Aparicio, el anterior director de LA VOZ, ha llamado a Costa en su último libro el “gran fracasado”. Comprenderás mi retraso; temía que mi lápida fuese, para Costa, un fracaso más...

- ¿...?

- Puede que te equivoques; puede que para Costa, contra tu opinión, sea esta lápida otro fracaso y de los más rotundos, no solamente artístico (que en realidad fuera lo de menos para él), sino fracaso moral. Recuerda aquella lápida que Costa redactó ante la patria difunta; lápida que está todavía sin esculpir, aunque fuese hoy tan oportuna como lo fuera ayer: “Aquí yace España, porque sus hijos no supieron odiar y maldecir”.

- ¿...?

- Es verdad; será mejor que dejemos lo comenzado; iríamos muy lejos; tan lejos, que puede que así como cuentan de Miguel Ángel que una vez terminado su Moisés le dio un mazazo a la piedra pidiendo que hablase, tendría yo también a este Moisés –pues como el bíblico, con su vara mágica, éste, con su bastón de paralítico, fue dotando de agua a los secarrales de la Patria- que darle un mazazo al barro para que callara. Dejemos “su” lápida, porque en realidad esta lápida no es mía, sino de todos.

- ¿...?

- En una obra de arte la parte plástica es la fundamental; la simbólica la accidental; mas, por fortuna, Costa era hombre polifacético y pueden escogerse muchos fondos que vayan bien para exaltar su figura; figura que en realidad se exalta sola.

- ¿...?

- La orientación de la lápida es un tanto clásica, por ser, a mi ver, el marco más apropiado. La cabeza de Costa la de un Júpiter aburguesado. No olvidemos que Costa fue el hombre del 98 y el 98, o el post 98 mejor, con el movimiento de las Cámaras de Comercio e Industria a la cabeza, fue un momento esencialmente burgués. Momento que la burguesía española no supo aprovechar y que bien habrá de pesarle, pues, sin haberse cerrado el ciclo burgués, tendrá ésta que sufrir una realidad proletaria. No quiso el 98 seguir a Costa con su “cirujano de hierro injerto en San Francisco de Asís”, y un cuarto de siglo después echó mano de Primo de Rivera, que para tener algo de San Francisco hubo de morir y que lo amortajasen con el hábito de franciscano; y de cirujano –con lo hondos y viejos que eran los males de la Patria- no tenía nada; no pasaba de ser Primo de Rivera un mal practicante en cirugía menor.

- ¿...?

- Detrás de la cabeza de Costa la diosa del Saber: Minerva, pero sin lanza. La famosa “escuela” no puede tomarse en sentido de colegio de párvulos, sino en sentido de “cultura”, como su famosa “despensa” tiene que tomarse en el sentido, amplio, aunque ambiguo, de “riqueza” y no en sentido de jamones y latas de conserva en estancia bajo llave, y su política hidráulica no puede representarse por un chorro de agua que surja por grifo de latón.

- ¿...?

- Sí; todo lo demás de la lápida es alusión al Ebro, ese Ebro fecundo y bello que, como decía Costa, “tiene delta como el Nilo, es glorioso como el Tíber, como el Támesis navegable...” Ese Ebro que si ayer detuvo a

las huestes de Carlomagno y a los ejércitos de Napoleón, mediante su aprovechamiento racional preconizado por Costa puede mañana librar a Aragón, y con su ejemplo a toda la península, de los ataques de la miseria.

- ¿...?

- Han visto muy pocos esta lápida, aunque hace algunos días que la llevo entre manos. En general el español es apático o poco interesado o poco culto para las cosas de arte. El aragonés decía Costa que era dos veces español y los oscenses digo yo que son dos veces aragoneses, o lo que es igual, tres veces españoles; figúrate, pues... Para que alguien vea aquí, en Huesca, un trabajo mío tengo que salir al balcón y al primero que pasa echarle un lazo y cazarlo como a los caballos en las Pampas americanas. Si en todo momento noto el hueco de la amistad de Silvio Kossti –cuando él no se encontraba en mi estudio era que yo me hallaba en el suyo- ahora, modelando esta lápida lo echo en falta más que nunca, pues él, gran amigo de Costa, le conocía bien física y espiritualmente y el trabajo lo habría hecho yo con más agrado y, desde luego, mejor.

Hemos de dar por terminada nuestra charla porque la oportunidad ha venido a poner de manifiesto, una vez más, la modestia de Ramón Acín, a la que aludimos al principio de este trabajo.

La sirvienta irrumpe en la estancia y dice:

-Señorito: Unos señores, que parecen forasteros, desean ver el estudio.

Sonríe Ramón y le tendemos la mano en despedida, preguntando:

- ¿También a estos los has cazado con lazo?

El 19 de octubre de 1930, La Voz de Aragón publica un escrito, firmado por Don Indalecio, acompañado por una fotografía de Ramón Acín de perfil, con el título Aragoneses que han escrito de toros. Ramón Acín:

He aquí a este gran pintor y escultor oscense que, por ser artista, halló belleza en las corridas de toros. ¿Siendo verdadero artista, podía ocurrir otra cosa? Unas palabras de pesimismo respecto a la fiesta española, colocadas a modo de prólogo en la obra de que más adelante hemos de ocuparnos nos ofreció la duda en algún tiempo. Duda que se ha desvanecido al saber de varias obras que prepara y al examinar en su rico y curioso estudio de Huesca una colección de programas de toros de la plaza oscense, reunidos desde la fecha más lejana.

Ramón Acín, cuando trabaja para él, es hombre de vanguardias artísticas e ideológicas. Por tanto, entre sus credos alienta el del “humour”, tan distante de la “gracia” con “monos” de cabeza deformada y un chiste, al pie, de hoja de calendario.

Acín, humorista, “vio” ya las corridas que habrán de celebrarse en 1970. Y su visión la recogió en el lápiz, y se hizo crítico de las corridas futuristas que presintiera, labor que desarrolló en la conferencia y en el folleto.

Tal folleto –motivo principal de la inclusión de Ramón Acín en estos capítulos- lleva por título “Las corridas de toros en 1970”, y fue publicado por la editorial V. Campo, de Huesca, en 1923.

Tras un prólogo amargo en que habla del flamenquismo y de las corridas de toros en España, Ramón Acín “ve” las corridas de fines de este siglo en 32 estampas, con su comentario cada una, que es otra pincelada sobria y concluyente.

El artista quiere incorporar las corridas al compás de los tiempos. Y busca soluciones adecuadas para todo aquello que hoy sucede y que es susceptible de mejoramiento. Ved, por ejemplo, una de ellas:

El público ha protestado un toro jabonero sucio. La protesta del pueblo ha encontrado eco –¡qué raro!- en la presidencia, en los veterinarios, en la Empresa y en la autoridad, y el toro rechazado vuelve al corral. Ramón Acín, humorista que se conoce a los clásicos, brinda una solución para que los complacientes de antes –presidentes, veterinarios, Empresas y autoridades- vuelvan a sonreír. En el interior de las plazas se montará un taller de pintura y el jabonero sucio retirado puede volver a salir “disfrazado” de berrendo en negro. ¡Invento ideal, amigo Acín, que de sacar patente y explotarlo, algunas Empresas le pagarán lo que les pida!

Tampoco es justo –pensó Acín en otra viñeta- que las cornadas no vayan a tono con los honorarios de los toreros. Cornada grande para torero barato no ocurrirá ya en 1970. Los toros llevarán unos cuernos graduados proporcionados. Si cada palo debe aguantar su vela, que cada torero aguante su cornada.

Y así, los principales momentos de la lidia, organizados para dentro de cuarenta años, han sufrido la poda

que exigirá la civilización prevista por Acín.

Cuando el conferenciante desarrolló sus temas fue escuchado con el mayor agrado. Recogida en folleto, tuvo la mejor acogida. La bibliografía tauro-aragonesa cuanta con un volumen curiosísimo y de valor. Y no precisamente por ser una obra “técnica”, sino por ser un tratado de tauromaquia que se sale de ella.

La obra de Acín, aficionado, vendrá después, si sus deseos de trabajar no se malogran. Acín tiene en el telar un libro que recoja la historia del toreo en Huesca. Hoy anda a la busca de datos, de fechas y de biografías, para que el volumen resulte completísimo.

Antes que esto, quizá enseguida, Ramón Acín va a editar una colección de “Estampas taurinas”. Sus condiciones de pintor quedarán bien de manifiesto frente a frente con la luminosidad de las corridas.

Ved como la nube de nuestro pesimismo respecto a la taurofobia de Acín ha quedado barrida por la fuerza de esos rayos de sol, que van a ser sus nuevas obras tauromáquicas.

Pesimismo que, si bien reflexionado, era vano. ¿No es Ramón Acín un gran artista? ¿No son las corridas de toros la fiesta de la luz y del color?

Del 11 al 16 junio de 1931 Acín asiste, como representante de los Sindicatos del Alto Aragón, al III Congreso de la CNT celebrado en Madrid; y aprovecha la ocasión para hacer una Exposición de sus obras, del 16 de junio hasta primeros de julio, en el Ateneo. Con motivo de esta Exposición, el día 1 de julio aparece en El Imparcial una crítica firmada por E. G. H. con el título Ramón Acín, embajador ideal, que el 7 de julio reproducirá íntegramente en su portada El Diario de Huesca. Dice así:

Henos aquí en el saloncillo de exposiciones del Ateneo. A las estampas y dibujos abstractos que días atrás colgaran de sus paredes los artistas Palencia y Alberto, han sucedido las obras concretas, representativas de uno de los más altos exponentes del arte aragonés: Ramón Acín.

El hasta hace poco emigrado político en París, llegó a Madrid, no como expositor, sino como algo más trascendental y humano; vino a tomar parte, como delegado representante de los Sindicatos del alto Aragón, al Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, que finalizó días atrás.

No olvidó, sin embargo, el hombre, que nos llegó con una noble misión social que cumplió su otra personalidad —la de artista— y junto a sus útiles íntimos nos trae la maravilla ideal de su obra. Estas cosas nos las cuenta Ramón Acín, con la franqueza, concreción y claridad, características esenciales del hombre y del artista fuerte y viril, que encierra este hombre.

Más de setenta obras expone Acín, entre dibujos, pinturas y siluetas en metal, vitalizados por acertados cortes y dobleces, y además presenta algunas fotografías de obras escultóricas, y una maqueta en madera del monumento que se erigió en Zaragoza a Allué, obra sobria de una gran simplicidad y belleza de línea, arquitecturada con gran armonía de masas de sencilla y pura geometría.

Los cartones ligeramente coloreados forman el núcleo mayor de la exposición. Retratos de gran expresión vital, grupos de muchachas, composiciones —hábil y magistralmente resueltas— de asuntos diversos, y algunos bodegones, han sido plasmados todos ellos por Acín con absoluto dominio del dibujo, sin vacilaciones ni torpeza.

En los retratos y dibujos de muchachas se percibe enseguida el fervor grande del artista por el maestro Ingres, y, Acín, merced a una inteligente asimilación de técnica, consigue, sin esfuerzo, grandes aciertos, al resolver cada uno de sus trabajos.

Movimiento, expresión, belleza son cualidades que el artista ha sabido imprimir, siempre, en todo el conjunto expuesto, con sencillez suprema y gracia exquisita. La pobreza de los materiales empleados y la tosquedad de los mismos no son obstáculos nunca capaces de restar valor a las obras, sino que, muy al contrario, añaden nuevos méritos a las mismas.

Algunos cartones de gran tamaño con algo más color que el resto —sólo el suficiente para dar la sensación de existencia—; unos bodegones, de los que uno de ellos, resuelto a la manera cubista, y otro cartón expresionista, de un tren en marcha, nos dicen de la gran inquietud y vasta cultura artística de Ramón Acín, que unidos a su dominio técnico le empuja al artista por todos los caminos estéticos, en los que siempre deja grabada su huella personal.

En el otro aspecto, seguramente, en el que con más claridad queda dibujado su perfil artístico, expone, para deleite de todos, unas figuras de latón recortadas a la manera de siluetas y curvadas o dobladas graciosamente y sencillamente. Entre todas ellas hay dos que, por el gran acierto con que han sido realizadas, merecen destacarse: “Garrote vil” y “Eva; después”. En la primera la figura del reo sentado, derrumbándose como un muñeco roto, está impregnada de un profundo humorismo, y en la “Eva; después”, Acín consigue dar perfecta la sensación sexual que se propuso. Tanto las mencionadas como el resto de las siluetas están todas llenas de una esencia de humanidad, que las vitaliza a nuestros ojos.

Agradecemos de veras esta exposición con que nos ha regalado este gran artista y gran luchador aragonés, que es Ramón Acín, y, el recuerdo de ella nos hará desear la próxima exposición de su nueva obra, que no dudamos sea de un alto valor estético y espiritual, como lo es la que actualmente se celebra en el Ateneo.

El 5 de julio de 1931 aparece en Blanco y Negro un amplio artículo firmado por Manuel Abril e ilustrado con las imágenes de “Cristo con faldellín”, “El agarrotado”, “Maqueta del monumento a Las pajaritas”, “Bailarina”, “Eva después”, “Fraile” y “Retrato de una adolescente”. Su título es Rumbos, exposiciones y artistas. Ramón Acín:

Ramón Acín expone unas cuantas obras en el Ateneo de Madrid.

“Expongo –dice el autor en unas palabras, pocas, que acompañan al catálogo- unas chapas de metales baratos, animadas por sencillos dobleces, y expongo unos cartones de embalar ligeramente coloreados y encuadrados con varetas –como dijo un amigo- de baulero. Poca cosa todo; pero no es el material, sino el espiritual, como diría Unamuno.”

Hay en la Exposición –citemos en un orden de jerarquía ascendente-, primero, unos dibujos; luego, unos óleos; después, unas obras de chapa, y después el autor, Ramón Acín.

Los dibujos carecen de interés, aunque en alguno apuntan cualidades; los óleos tienen ya más importancia: dos cabezas de mujer y el frailecito son obras personales y de sensibilidad; pero las obras de chapa tienen más interés que todo ello; y el autor, Ramón Acín, tiene más interés que la obra toda.

Poco hemos tratado al autor; dos o tres conversaciones y no largas; lo bastante, sin embargo, para que hayamos sentido que en Ramón Acín hay un hombre. ¡Qué palabra ésta de “un hombre”; debiera decir mucho, y apenas si ya, con el uso y con el manoseo de tantos, dice nada...!

Para saber lo que es Acín sería conveniente que vierais sus obras de chapa. Ramón Acín recorta, en cartulina, la silueta de una figura, y luego, por dobleces y combados, la articula y la escorza. No compone a la manera de Gargallo, combinando pedazos de chapa: Acín, por lo general, emplea solamente una lámina, siguiendo el mismo sistema de algunos ingeniosos inventores de bibelots, que han lanzado actualmente a la industria felices estilizaciones de animales realizadas en láminas de cobre. Ramón Acín, no obstante, aunque siga un procedimiento parecido, no es un bibelotista: procura en lo posible dar a sus construcciones dramatismo y darles profundidad, seriedad de arte escultórico.

El género propende al bibelot, y Acín no ve con disgusto la posibilidad de que pueda su escultura obtener un destino industrial y pueda de esa manera incorporar el arte verdadero al objeto llamado de “capricho”. Poder regalar obras de arte por el mismo dinero que cuestan el termómetro, el reloj, el portátil o el cenicero... –todas esas chucherías deleznable que solemos regalar cuando hay que regalar algo-; éste sería un ideal que Acín vería con gusto hecho realidad.

Acín es un demócrata; quiere que el valor humano eleve su nivel en todos los hombres; y quiere, por lo tanto, que el buen arte vaya a todos y que todos puedan ir –económicamente- al buen arte. Gleizes veía con gozo la posibilidad de que el cubismo permitiera la reproducción de las obras, poco menos que por serie, y no mecánicamente, sino por los mismos discípulos, como en el Renacimiento; haciendo así llegar por poco precio a manos de los poco afortunados las obras que hoy no pueden ir más que a los ricos. Acín convertiría, igualmente, sin disgusto, la escultura en bibelot, pero dignificando el bibelot hasta darle valor de escultura.

Lo cierto es que Acín, como decimos, estudia en la cartulina la cadencia y la expresión de la figura, y luego trabaja la chapa con arreglo al previo esbozo.

La forja, y en general, todo el trabajo artístico en metales lleva consigo una emoción ajena al arte, aunque

aneja: la emoción del oficio que implica y del emblema humano que supone; el material áspero y fuerte del metal, arrancado a la tierra y sometido al fuego y a la forja, implica ya solemnidad de mito, y esa solemnidad se acrecienta cuando el espíritu artístico del hombre dobla el material para hacerle expresivo.

En las obras de que hablamos se hace el material dócil y airoso; patético en ocasiones, elegante en ocasiones; la línea, sentida siempre.

Ramón Acín, lo mismo que estas obras: hierro el material, pero sentimiento fino y delicadeza sutil en su humanidad recóndita. El hierro fuerte y áspero se deja doblar por el espíritu, y logra el sentimiento del dolor, de la angustia, de la femineidad en reposo, de la ingravidez alada. Así es el autor también, sencillo; rudo, acaso; amigo de pocas palabras y de escasos cumplimientos cortesanos; pero capaz, en cambio, de bondad, de amistad, y de seria delicadeza. A veces queriendo ser rudo, es tímido; por formalidad, por respeto humano acaso; porque no es de varones que se estimen el zaragateo liviano. Pero en la fortaleza sobre todo –véanse las chapas de hierro- ductibilidad, sentimiento, fineza...

“La chapa o el cartón –nos dice Acín refiriéndose a las obras que ahora expone- tienen vejez, cuando menos de dos años... Precedidas de un cuarto de siglo de modestas, pero continuadas rebeldías, en que uno no hizo más que estar alerta al momento español”, expone ahora esas obras sin darle ahora a la Exposición mucha importancia. Acín es hombre harto atento a los valores humanos para caer en esa egolatría del artista que cifra en cualquier obra de sus manos la suma importancia del mundo. Y hace bien, aunque valga la obra. Su obra es de interés; pero es de más interés el autor mismo.

El 8 de julio de 1931 aparece otra crítica en el diario madrileño *El Liberal*, firmada por José Manuel L. Carriera, y en la que aparece una fotografía de su escultura “Eva después”, y su título es Ramón Acín y su arte en el Ateneo, que el 17 de julio también será reproducida en *El Liberal* de Murcia. Dice así:

Ramón Acín, pasada la época azarosa de la preparación del advenimiento de la República, seguida de su huída a París en unión de varios miembros del Gobierno actual, sigue de nuevo consagrándose a sus quehaceres artísticos y políticos. Los problemas sociales, literarios y artísticos encuentran en él un apasionado escrutador. El cambio de las normas sociales en que se basa la Humanidad actual, el desestancamiento de la moral burguesa, la pedagogía y la desaparición del deplorable relajamiento del arte son los móviles de la vida de lucha constante a que Ramón Acín ha consagrado toda su existencia.

“De vuelta de la emigración en París –anota en su catálogo- presento en el Ateneo –¿dónde mejor?- la obra que hice y en espera de la que haré no sé cómo ni cuando, porque más que ser artista, en estos momentos altamente humanos, importa ser grano de arena que se sume al simoun que todo lo barrerá.

No he venido a Madrid para exponer: no merecía la molestia y los cuartos que ello supone. Como delegado al Congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, he venido representando a los Sindicatos del Alto Aragón. Con mi billete de delegado, junto al pijama y el cepillo de dientes, he facturado estas cosas de arte semiburgués...”

Mientras los visitantes de su Exposición van de obra en obra, Ramón Acín discute con los amigos, con los clientes que se le suman de su arte, de la literatura y de cualquier inquietud espiritual, en cuyo desarrollo presiente una utilización posterior. Ramón Acín insiste:

- Todo en la vida tiene suma importancia; pero preferentemente la tiene el trabajo. Todos deberíamos trabajar una hora, dos horas, tres, lo que sea necesario. Luego, el resto, consagrarlo a cultivar nuestras inclinaciones.

El que conozca la vida de Ramón Acín sabe que es un compendio de todo eso. Es profesor de dibujo en un establecimiento de enseñanza oficial, sindicalista militante, literato, pintor, escultor. Su casa es un resumen de esa interpretación de la vida, y la síntesis más breve pende de las paredes del salón de Exposiciones del Ateneo, florece en deliciosas chapas sobre unos pedestales minúsculos y palpita a su alrededor al contacto de su palabra.

El 15 de julio de 1931 el periódico madrileño *La Tierra* publica una reseña de la Exposición de Acín en el

Ateneo firmada por Francisco Mateos, su título es Ramón Acín, revolucionario:

Conocí a Ramón Acín hace muchos años, creo que diez. Me mostró una serie de caricaturas pacifistas, anticlericales y sociales. Tenían una aguda intención y impía justeza de trazo. Desde entonces a hoy lo contaba entre los poquísimos buenos caricaturistas que hemos gozado.

Recuerdo que en Munich la escritora Helma Flessa me pidió algunos nombres para hacer una información del humorismo en España —auténtico humorismo, no monismo— y me apresuré a dar el nombre de Ramón Acín al lado de Bagaría, de Babel, de Apa, de Castelao. Pero ahora encuentro a Ramón Acín convertido a la escultura y la pintura. No quisiera engañar al amigo haciendo un elogio fogoso, un poco a la manera de los críticos que organizan una pirotecnia muy bonita, pero irresponsable, e iré directo a las negaciones que me sugieren sus “chapas animadas por sencillos dobleces” y sus “cartones de embalar, ligeramente coloreados”. Para evitar suspicacias afirmemos que el arte semiburgués de Ramón Acín no es un arte de “señorito”, ni tiene la torpeza de pintar o recortar chapas porque se “lleva”, ni nos intenta meter gato por liebre, como hace tanto pintorcillo “genioso” como por aquí habemos.

Su arte espontáneo, y sabiendo “lo que se hace en París”, tiene la inteligencia preciosa de hacer un arte a lo Ramón Acín. Empero ese cuarto de siglo de rebeldías, ha restado eficacia a sus posibilidades, que son muchas, como artista. Sus chapas son un juego del ingenio, y sus cartones un juego del espíritu. No es bastante. En el arte hay que poner mucha pasión, bastante inteligencia y técnica. Ante este arte ligero y un poco intrascendente de Acín no queremos cerrar los ojos, y buscamos en la gracia del trazo y en la justeza de los semitonos promesas para un futuro en que el artista sienta su responsabilidad ante el arte y ante la revolución, de la que él es un soldado. Que no olvide Ramón Acín que las revoluciones no se han de hacer sólo en lo político, en lo social y económico; es en lo espiritual también, y sobre nosotros pesa la responsabilidad de crear la nueva sensibilidad.

Yo tuve la suerte de asistir en Berlín, primavera de 1923, a la primera Exposición de arte ruso de la revolución. Allí estaban Marc Chagall, los hermanos Burljuk, Lentulov, Kandinsky y Archipenko. En esa Exposición, organizada por el comisario Steremberg, pintor y escritor, se hablaba de una nueva sensibilidad humana y simplista. No se apoyaban en el arte semiburgués, y menos en cromos obreristas. Se libertaba por completo el espíritu, y denotaban lo formalmente que los artistas comprendían la revolución desde su posición, su trabajo, de artista. Lo realizado en la cultura rusa es bien conocido hoy, sobre todo en teatro y cinematografía. De acuerdo, Ramón Acín, que en estos momentos altamente humanos, importe ser grano de arena que se sume al simoun que todo lo barrerá; pero sin perder la propia cualidad.

El 17 de julio Nuevo Mundo, en su sección firmada por Silvio Lago La semana artística, dice sobre la Exposición de Acín :

Ramón Acín es una de las personalidades más interesantes y activas del moderno Aragón. Espíritu disconforme, rebelde, todo en su vida y en su arte responde al ansia de libertad e iconoclastia. Ello le ha valido, naturalmente, persecuciones y sacrificios de toda índole. Ha conocido el exilio y la ergástula. No desaprovechó nunca la ocasión de placear sus ideales por medio de la palabra, la pluma y el lápiz. Conferenciante, escritor, pintor, escultor, caricaturista, Ramón Acín, al traer ahora al Ateneo sus cartones y sus chapas de metal coloreadas y animadas por una enorme fuerza expresiva y sensitiva, cumple una etapa de esa trayectoria vibrante a la que se lanzó en plena adolescencia, sin torcerse ni desviarse jamás.

“La chapa o el cartón más modernos, tienen vejez de dos años. Dos años -precedidos de un cuarto de siglo de rebeldías modestas pero continuadas— en que uno no hizo más, si no estar alerta al momento español.

De vuelta de la emigración en París, presento en el Ateneo -¿dónde mejor?- la obra que hice y en espera de la que haré no sé cómo ni cuando, porque más que ser artista, en estos momentos altamente humanos, importa ser grano de arena que se sume al simoun que todo lo barrerá.”

Señalan estas palabras el hálito del esfuerzo estético y de la misión estética de Ramón Acín.

Mas detrás de estas chapas de metal y de estos cartones están sus sátiras gráficas de arrogante valentía, que le valieron procesos y persecuciones; están sus envíos a los “Salones de Humoristas”, donde siempre

tenía reservado un puesto de honor; está su monumento a Joaquín Costa, en Graus, que reveló de pronto a un firme escultor de grave y austera grandeza, de un modelador de piedras en este modelador incansable de conciencias.

Su exposición actual no desdice la obra y los actos anteriores. Los utiliza, los estiliza con singular finura en el color y la forma. En un género escultórico que agrada practicar a algunos artistas modernos –y en el que, por ejemplo, otro español, Gargallo, se ha significado esencialmente– Ramón Acín obtiene efectos admirables de expresión, de actitud y de ritmo. Son unas siluetas ingravidas de sutilísima delicadeza.

En cuanto a los “cartones de embalar ligeramente coloreados”, ratifican esa condición de estampista muy moderno, pero con sólidos cimientos constructivos de buen dibujante que siempre ostentó, legítimamente, Ramón Acín.

Dos días después, el 19 de julio, el periódico madrileño Crónica, en su sección “Artes y Letras” publica una reseña de la Exposición firmada por Germán Gómez de la Mata y titulada Firmas nuevas:

En el salón de exposiciones recientemente inaugurado por el Ateneo madrileño, acaba de celebrarse una, que tiene su importancia, del pintor y escultor aragonés Ramón Acín. Trabajaba este artista entre la paz de su tierra de Huesca, hasta que hubo de emigrar hacia el barullo de París, a raíz de los últimos sucesos precursores de la actual República española, y hoy, de retorno, nos ofrece desde Madrid varios frutos de su arte, más o menos sometidos a azares de su vida.

Ante algunos dibujos y pinturas de Acín, hechos probablemente durante sus andanzas parisienses, nos acordamos de Picasso un poco, poco. ¿Se había acordado él, por su parte, al concebirlos?... Sin embargo, bien vistos, es de Ingres de quien nos debiéramos acordar, y con ello nada sale perdiendo el autor, ni desvirtúa siquiera su propósito, si abrigó tal propósito, pues Picasso viene de Ingres, como de otros muchos. Sólo nos impele a decir esto el ánimo de afirmar que se trata de dibujos y pinturas sólidas, aunque carentes todavía de una personalidad hartamente acusada.

Por lo que atañe a la escultura de Acín, la encontramos siempre seria, lo mismo observando las fotografías de monumentos exhibidas al presente que contemplando determinadas obras. Sus composiciones de orden clásico o casi clásico ostentan la noble pureza de contornos necesaria para justificarlas, y sus estatuas de sentido moderno buscan un camino propio sin renegar de las clásicas fuentes donde se abrevaron. Igual que en la pintura y el dibujo de la misma mano, hay en esta escultura una seguridad y una honradez dignas de altas empresas.

Además, nos revelan cierta fase particular de Acín las figuras, que no nos atrevemos a creer francamente escultóricas, creadas con láminas de metal dispuestas de gracioso modo. Sirva de ejemplo la bailarina de aluminio saltando, ingravida y encantadora, sobre un zócalo. Se hallan pletóricos de posibilidades los atisbos así.

Y al dejar la exposición se felicita el visitante por haber conocido a un artista que merecía darse a conocer.

El 24 de julio, dice Carlos Fernando del Rivero en Heraldo de Zamora:

Una de las exposiciones que más ha llamado la atención estos días en Madrid ha sido la de Ramón Acín en el Ateneo. Arte singularmente revolucionario que traza con afán cauces propios, personalísimos, sellados con la rebeldía del artista que estuvo expatriado en tiempos de pasadas dictaduras.

Expongo unas chapas de metales baratos –dice– animadas por sencillos dobleces y expongo unos cartones de embalar ligeramente coloreados y encuadrados –como dijo un amigo– con varetas de baulero. Poca cosa todo, pero no es el material sino el espiritual, como diría “Unamuno”.

Ciertamente. Con cartones y chapas de metal fabrica Acín notables obras de un arte modernísimamente decorativo. Una sencilla chapa, recortada por él y por él formada en extraños dobleces, se convierte en un crucificado; otra en una bailarina; con varias construye el titulado “garrote vil”, en el que el condenado, sujeto al instrumento de tortura, ha rendido sus cuentas a la sociedad. Y con tan sencillos materiales, y con

su admirable visión plástica de las cosas y de los seres, Ramón Acín traza esculturas muy siglo XX, “muy antiguas y muy modernas; audaces, cosmopolitas.”

Indudablemente es un artista de cuerpo entero.

El 15 de agosto de este 1931, la revista Estampa publica una página completa, ilustrada con las obras “Eva después”, “Agarrotado”, “Frutero” y “El tren”, titulada El arte original de Ramón Acín:

En los salones del Ateneo de Madrid se ha celebrado, días atrás, una importante exposición que ha despertado el interés de cuantos aficionados se hallan atentos a los nuevos impulsos del arte.

Ramón Acín, el artista joven y rebelde, que ha vivido emigrado en París, ahora, al volver a su patria, ha presentado varias obras, que el autor titula de “chapas de metales baratos, animadas por sencillos dobleces, y cartones de embalar, ligeramente coloreados y encuadrados con varetas de baulero”. El elogio de las mismas lo hace, mejor que nada, el éxito obtenido. El hecho de haber vendido gran parte de una producción artística, tan distante de los valores comerciales impuestos por la rutina o la incomprobación, es la más halagüeña promesa para la obra futura de Ramón Acín.

El 14 de septiembre de 1931, otra crónica en Heraldo de Zamora, con el título Las chapas de Ramón Acín, Ángel Muñoz Sanz dice:

“Chapas de metales baratos, animados por sencillos dobleces, y cartones de embalar, ligeramente coloreados y encuadrados con varetas de baulero”.

Esto, que dicho a ruido de tambor o sonido de corneta parecería un pregón, es el total de ponderables que precisa Ramón Acín para dar forma a lo concebido por él.

“Chapas de metales baratos, animados por sencillos dobleces” Latón, cinc, aluminio, cobre, es lo mismo. Acín recorta la chapa, el recorte recuerda aquellos monigotes hechos con el papel de nuestros cuadernillos escolares y luego lanzados al cielo de las aulas donde un hilo y un trozo de miga masticada los prendían dejándolos balanceantes para regocijo de los mocosos cuando no para enfado de la palmeta del dómine.

Recortada la chapa, Acín, horro ya de la tijera, dobla, retuerce los miembros, el torso, la cabeza del monigote, y, por milagro de su filigrana, queda palpitante en su manos una Eva que se oculta a su propio rubor por el pecado de haber comido la pulpa carnal de la manzana “Eva, después”; o bien un estrangulado retorcido, acomodado violentamente en el banquillo de “El garrote vil”.

Estas dos planchas, recuerdan un óleo famoso y un “capricho” del genial de Fuendetodos, don Francisco de Goya y Lucientes, pintor del rey N. S.

Los “cartones de embalar, ligeramente colorados y encuadrados por varetas de baulero” son muestras, par-tos rústicos y simples del arte futurista de Mateotti. el patriarca de la vanguardia que da tienda y leche a toda rebeldía y sacrifica, en honor del caminante, para festejo del arribo, el mejor ternero de su rebaño.

Entre estos cartones y las chapas nuestra preferencia se inclina ante éstas. Obligados a dar atención a los cartones con marco de varetas de baulero, la prestaríamos con más largueza a los bodegones, y entre todos, elegiríamos el bautizado “Frutero”.

Ramón Acín, que ha paseado sus quimeras por Montmartre y Montparnasse y ha bebido la bohemia que llena el cauce del Sena, llegó a Madrid y dio un aldabonazo. A la llamada, las puertas del Ateneo se abrieron para darle liberal hospedaje.

Acín, llenó de chapas y cartones la posada. Los curiosos y amigos del arte han pagado más caros que nunca el cinc, el latón, el cobre, la hojalata...

Pero Acín, dice que tiene sed desde que no bebe la bohemia que llena el cauce del Sena... y retorna a París.

El 30 de septiembre de 1931 El Diario de Huesca reproduce una entrevista, realizada por Emilio Mistral y publicada unos días antes en la revista gráfica madrileña La calle, con el título Fermín Galán. La figura del

héroe a través de Ramón Acín:

La revista gráfica de izquierdas “La Calle”, de Barcelona, publica en su último número una entrevista con Ramón Acín, que copiamos a continuación por considerarla de interés.

Dice así:

Nos encontramos engolfados en leer la Prensa del día. En ella nos hallamos con unas notas que nos alegran y nos satisfacen, puesto que se trata y hacen referencia a un antiguo amigo y camarada, gran artista del pincel y de la pluma; nos referimos en estas líneas a Ramón Acín, el experto e inteligente dibujante oscene a que los críticos dedican unos amables párrafos; lo propio hacen los autores del libro “Vida de Fermín Galán”. Esta lectura nos atrae y no podemos por menos que reproducir aquí el diálogo que el héroe de Jaca sostiene con el capitán Mendoza.

Hélo aquí:

-Usted se hospedará en casa de Acín, ¿no?

-Sí; se enfada si no voy a su casa —contestó Galán.

Acín, que había hecho una fraternal amistad con el héroe, era el representante de los paisanos en Huesca y estaba en contacto con el capitán Ríos Galán, al regreso de su viaje a Huesca se encontró con Mendoza y le dijo, lleno de honda melancolía:

-Me maravilla cada vez que voy a casa de Acín. Son ideales él, su mujer y sus niños. ¡Su casa entera! ¡Acín ha encontrado la compañera! ¡Ha tenido suerte! ¡En cambio yo!

Cuando ya la tenía casi moldeada con mi pensamiento, su padre me la quitó.

Su párpado singular sufrió una sacudida como el ala quebrada de un ave.

Enterados de que Ramón Acín nos regala una Exposición en el Ateneo, esperamos que llegue esa hora de alta curiosidad para ver al amigo y su obra.

Estamos ya en la Exposición, y todavía no pasa de media hora de nuestra permanencia en el Ateneo, nos sale al paso el amigo. Un abrazo fraternal, uno de esos abrazos que sólo dos seres que se comprenden y se identifican se lo dan.

-He venido aquí, querido amigo, creyendo encontrarme con algo relacionado a Galán o a escenas de la revolución, de esa revolución de que fueron víctimas esas dos almas llenas de ideal redentor.

¿Como es eso, Ramón, que no aparece aquí entre tus producciones algo que nos recuerde tu amistad con Fermín Galán y tu actuación en lo de Jaca?

-Pues, sencillamente -nos contestó-, porque no he querido valerme de la oportunidad de la figura de Galán para ganar unas pesetas.

Por otro lado —continúa— la figura de Galán es sobradamente grande para ser modelada con emoción y reposo espiritual que se merece. Modelar a Galán no es fabricar a un capitán de infantería con las tres estrellas y un párpado caído.

-¿Y no piensas en algún día emprender esa gran obra que tanta emoción pondrías en ella?

-Sí; cuando los demás artistas vayan agotando lo que de oportunidad y pesetas puedan encontrar en Galán, yo intentaré plasmar lo que de eternidad y emoción pueda quedar, que será mucho, en la figura de Galán. Porque en tanto las otras figuras de la pasada revolución sin revolución se van achicando cada día, la figura de Galán se va agrandando cada día más. Su sacrificio principal no fue el de su vida, sino el de su ideario que para él valía todavía más; el morir como un republicano del 48 por tener la justa visión de que no solamente muriendo, sino muriendo así, servía más eficazmente al momento español.

Cuando al entrar en el otro mundo ese otro mundo que llamamos otro porque no sabemos de él más sino que no es éste, cuando entrase en él, en el otro mundo, y Manuel Abad, el oscene sublevado en el 48 y fusilado en Huesca, como él, le llamase correligionario, Fermín Galán sonreiría con aquella sonrisa tan suya, tan infantil y tan fuerte a la vez...

Un descanso en Acín, una media hora de reposo mental en nosotros, para alcanzar el significado de cuanto ha dicho este artista sublime, y le hacemos otra observación:

-Notamos que el Gobierno provisional de la República no ha reconocido el valor y el esfuerzo del acto de Galán y Hernández, a la cual nos objeta:

-No; no lo tiene en olvido ni este Gobierno que es provisional, ni los otros Gobiernos efectivos que se sucedan tienen ni tendrán en olvido la figura de Fermín Galán. El ministro de la Gobernación, la Guardia civil, la guardia de Seguridad, los guardias de asalto, como unos personajes pirandelianos van persiguiendo por los campos y las ciudades el espíritu de Fermín Galán, que va recobrando en cada presente su valor de futuro.

Con las manos enlazadas, como dos hermanos que se despiden para emprender un largo viaje, salimos juntos a la calle este admirado amigo y admirable espíritu de artista rebelde que se resiste a hablar de su persona y de su acción en aquella jornada de Jaca, página que quedará en la historia como quedaron otras no menos significativas.

No obstante, aún nos promete traer para los primeros meses del próximo año unas cuantas estampas de la revolución de Jaca. Entonces será cosa de festejar el triunfo de Ramón Acín por sus dibujos, por su amor a Galán y por su participación en la revolución.

Hechos todos que merecen un homenaje en la persona de este modesto y brillante artista.

Con la implantación de la República, en abril de 1931, el Ayuntamiento oscense encarga a Ramón Acín varios proyectos escultóricos para perpetuar la memoria de Fermín Galán y García Hernández, fusilados durante la sublevación de Jaca de diciembre de 1930. Acín presentará varios proyectos, y entre ellos, el del monumento a los Mártires de la Libertad, a erigir en el Parque de Huesca. En 1932, Acín ya tiene la maqueta de esta obra y de ella hablará El Diario de Huesca, de 23 de abril de 1932, en un escrito firmado por Esenio y con el título de Un bello mausoleo a los héroes de la Libertad del Alto Aragón. Dice así:

A principios del próximo mes de Mayo Ramón Acín expondrá en el Casino una colección de producciones suyas. Será la primera exhibición que hace en Huesca. Nos lo ha participado con ciertas vaguedades inadmisibles (“si puedo”, “si me da tiempo”...), pero nosotros lo lanzamos a la publicidad para elevar su propósito a la categoría de compromiso ineludible y forzarle así a que con toda diligencia ultime los preparativos y detalles que le faltan para que tal exposición sea una realidad en la fecha indicada.

Expondrá una interesante colección de “cartones”, trabajos de chapa y otras producciones de las que trataremos en próximos artículos.

Hoy sólo queremos referirnos al mausoleo a Galán cuya “maqueta” figurará en la exhibición.

Apresurémonos a decir que se trata de un monumento espléndido, severo y sencillísimo, de impecable euritmia. Destaca triunfantemente la sencillez. Ramón ha elevado la sencillez a un rango estético notabilísimo. Para él, la sencillez no es accidentalidad, sino tipicidad; no es factor preceptivo, sino valor específico. Ramón huye tanto de las complicaciones anfractuosas de la vida como de las del Arte.

La obra es muy digna de la fama nacional del héroe-mártir. No olvidemos que al realizarla, la inspiración llamó en su ayuda, no sólo a la pasión y al entusiasmo que un esteta de su temple pone siempre en sus producciones, sino al sentimiento de la amistad, aquella honda amistad que trababa al artista con el héroe.

Descripción sucinta: Una espaciosa plaza hexagonal. Simétricamente, tres de sus vértices se abren a otras tantas calles. En los otros tres ángulos cerrados, tres fuentecillas con simbolismos alusivos a Costa, Servet y Conde de Aranda.

En el centro, una amplia escalinata de polígonos imbricados en cuya parte suprema se alza un prisma recto y regular de unos quince metros de altura integrado por seis grandes planos o caras determinantes del hexágono respectivo e interrumpidos por seis salientes prismáticos y longitudinales. Por tres de sus grandes planos en puntos simétricos, se entra en el interior del prisma, de ese prisma de aspecto macizo y severidad de fortaleza. En los otros tres planos cerrados, relieves originales y muy bellos de la Libertad, Igualdad y Fraternidad. En el interior, en el centro de la base, una estela con los doce mártires fusilados en 1848 y en las seis concavidades correspondientes a los salientes externos Galán, García Hernández, los tres soldados y el chófer víctimas de la sublevación jacetana.

Decimos “mausoleo a Galán” por pura síntesis, pues ya se ve que en realidad se trata de un homenaje recogido a todas las ansias de libertad que palpitaron en esta provincia; a hombres de mentes combustas por

misticismos libertadores que llegaron, algunos, a verter su sangre en la dura tierra altoaragonesa.

El mausoleo, con galana discreción, rinde culto al modernismo rectilíneo de la belleza arquitectural, armonizándolo habilísimamente con sugerencias de antigua y despótica fortaleza. Las simbólicas expresiones son de una belleza cautivadora.

La fuerza expresiva del conjunto es muy notable. Aparte de consideraciones puramente técnicas, nos habla con emotiva elocuencia, de tiránicas “bastidas” humilladas por sublimes idealismos libertarios de anhelos de ensueño (¡ese doloroso anhelo de los grandes hombres escudriñando siempre un mundo mejor!) de cruentos sacrificios, de heroísmos, de esperanzas...

Todo esto, plasmado en un conjunto austero e ingenuo que comienza por muy amplia base, que se estrecha ascendiendo con simbólica lentitud y que luego se yergue recto y ufano hacia las alturas... como un reto, una imprecación o una sonrisa de orgullosa esperanza.

El 10 de mayo de 1932 El Diario de Huesca publica un artículo, firmado por Martínez Velilla, donde se habla de Acín, entre otros artistas aragoneses, y se le anima a que exponga en Huesca sus obras. El título del escrito es Dos hombres, una mujer y otros dos hombres:

[...] El primero de todos lleva melenas. Es furibundo. Su alma es anarquizante como su arte. Su rostro encuadrado por largas y espesas pa-tillas, recuerda tipos serranos de contrabandistas. El tipo sería perfecto, si en lugar de la ancha boina de vuelo llevara, cubriendo su occipucio, la roja toca que se anuda por el moño.

Ramón Acín es el artista cuyo físico engaña a su moral. Cara de ogro y alma infantil.

De ahí la originalidad de su arte. Los críticos que no hayan apreciado esta característica de la psicología de Acín, creo que han de dar siempre una crítica desafortunada acerca del arte de este hombre.

Si alguna vez se decide -que dicho sea de paso ya es hora- a exhibir sus obras en Huesca, es de suponer que el público oscense se dará cuenta en seguida de esa particularidad. El arte de Ramón de puro sencillo que es -la sencillez es un canon de belleza-, subyuga especialmente a los niños. Por algo está hecho a base de hoja de lata -con la que hace pajaricas, figuras retorcidas- y de borrones colorinescos dispuestos diestramente.

El mismo material que usan los niños cuando hacen trabajos manuales.

La única diferencia estriba, en que los que Acín hace, son a la vez manuales y artísticos. Algo así como la noche y el día. [...]

El 17 de mayo de 1932 una pequeña nota en El Diario de Huesca anuncia que Acín se ha decidido a exponer su obra en Huesca. El título de la reseña es Próxima exposición DERAMÓNACIN:

Por el cartel anunciador que se exhibe por bares, escaparates, barberías, etc. nos enteramos de que por fin Ramón Acín se ha decidido a exponer sus obras en esta ciudad.

El cartelito anteriormente aludido ha despertado curiosidad en algunos y encono en esos otros que no se acostumbran a que se disparete la gramática con bromas y alardes futuristas.

La exposición está anunciada para la segunda quincena del mes que disfrutamos.

Por fin, el 31 de mayo de 1932 se inaugura, en el Salón Blanco del Círculo Oscense, la Exposición de Ramón Acín. Al día siguiente, con el título Gran éxito de la exposición de Ramón Acín, El Diario de Huesca publica la siguiente reseña:

Rendir tributo de admiración a un artista, es siempre un acto de nobleza; rendirlo a un artista de mérito como Ramón Acín, además de noble es justo.

No vamos ni pretendemos hacer una crítica de la exposición que ayer inauguró Ramón Acín en uno de los salones del Círculo Oscense, ya que nuestros escasos conocimientos artísticos nos lo impiden, pero sí vamos a plasmar la impresión que nos produjo el conjunto de las obras que expone.

Muy reciente está aún el éxito que en Madrid alcanzó Ramón y que la Prensa diaria y gráfica reflejó en sus

columnas con artículos encomiásticos para el gran artista oscense.

En esta exposición y a juzgar por las fotografías que aquellos periódicos publicaron, expone muchas de ellas y otras desconocidas para nosotros.

He aquí la característica de la obra de nuestro admirado Ramón Acín. Dificultad de dificultades la armonía con la sencillez de tono y de línea. Y ha sabido vencer tales dificultades y obtener un gran éxito en Huesca, como ya otras veces lo había logrado.

Artista en el verdadero y único sentido de la palabra, con su sello propio, con su característica peculiar que lo distingue de esa masa infame que quiere y se afana en crear arte con la característica ajena.

Ramón Acín es un artista revolucionario y niño cuyo espíritu no puede latir sin romper los moldes de lo arcaico y exteriorizar toda su fuerza avasalladora.

El numeroso público que ayer desfiló por el Círculo Oscense admiró con verdadera deleitación la variedad y belleza del arte de Ramón Acín y nosotros así lo consignamos con verdadero placer, felicitando efusivamente a nuestro muy querido amigo y culto colaborador.

El mismo día, el 1 de junio, el diario oscense El Radical publica una nota con el título Exposición Ramón Acín:

Ayer tarde, en uno de los salones del Círculo Oscense, inauguró su anunciada exposición de obras, el genial artista Ramón Acín.

Anunciada estaba para la segunda quincena de Mayo, y, exactamente, así ha sido.

Hombre es Ramón de palabra, y nosotros, que lo conocemos, hemos reñido con los impacientes que dudaban del anuncio y de la puntualidad. Claro está que nos ha dado lugar a reñir, pero hemos ganado la pelea. ¡Si sabremos con quién apostamos!

Por hoy nos limitamos a dejar consignado que la inauguración fue un éxito de público, el cual admiró y elogió las obras expuestas, ante las cuales se extasiaba o desconcertaba.

Sí, señores, también se desconcertaba, pues Acín tiene cosas que, a primera vista, arrancan exclamaciones de sorpresa y extrañeza, pero que luego dejan paso al franco reconocimiento de la genialidad del autor.

Hemos de ocuparnos con detenimiento de la “Exposición Acín”, y, por esto nos limitamos hoy a dar cuenta del éxito obtenido en la inauguración y aconsejar la visita que será fructífera en enseñanzas y sorpresas.

El Radical de ese mismo día inserta estas coplas de Alfredo Atarés con el título En la inauguración de Ramón Acín:

A Ramón Acín afectuosamente

Cuando compongo estas coplas,
aún no se halla inaugurada
la exposición del Casino
que Ramón tiene anunciada;
mas como que la segunda
quincena, hoy mismo se acaba,
que mañana ya no es mayo
y los aristas no engañan,
me figuro que ha de abrirla,
en la tarde de hoy, sin falta,
y la doy ya por abierta
pues la he visto yo, y ya basta...
Hay cartones y dibujos,
pedestales, bronces, cajas,

hojalatas en mil dobles,
esculturas esbozadas,
electroimanes, alambres,
maquetas, trípodes, cañas...
todo en hermoso concierto,
diciendo, sin decir nada.
Los alambres, son figuras;
los cartones... Si os contara
todo lo que en ella he visto
y lo que más de ella agrada,
al leer mis cuatro líneas
hechas sin gloria y sin gracia,
diríais sin ir a verla
que la exposición es mala.
Pues, no, señores; es buena;
pero sucede, que hay tantas
pruebas del arte e ingenio
del Ramón de nuestra casa,
que es aventura explicarlo,
y aventura es criticarlas,
cuando me basto tan solo
con decir una palabra:
que viendo el arte abundando
cuando se expone en vanguardia,
como conozco al artista
y comprendo grande su alma,
nunca digo: ¡Esto es muy bueno!
¿Para qué? ¡Si no hace falta!...
¡Me lo sé ya de corrido
con saber que es “ramonada”!...

En El Diario de Huesca, de 3 de junio de 1932, aparece una crítica de la Exposición, firmada por Herminio Almendros, con el título Notas ante la exposición de Ramón Acín:

Ramón Acín, hombre popular. Con popularidad de hijo y hermano del pueblo. Con honda raíz humana clavada en el corazón del pueblo mismo.

Ramón Acín, artista impopular. Su fronda artística es otra cosa. Su arte apunta por sobre el sentido común artístico de la masa, para clavarse en otra esfera de sensibilidad.

Acín no es un artista popular. La mayor parte (lo mejor) de sus obras postulan un definido grupo de espectadores: aquel núcleo selecto en quien el sedimento formado por un hábito de goce estético frente a la imponente tradición pictórica, no tuviera soterrado el sentido anhelante de nuevos intentos e inusitados modos artísticos. Quedan excluidos aquellos que hayan ahormado la mente, de un modo definitivo en la exclusiva preferencia por el arte clásico. ¡Gran mayoría!

Lo he oído decir: Jóvenes estudiantes, frente a la obra de Acín en esta simpática exposición que nos ofrece, intentaban descubrir la superficial adecuación entre el mundo de los cuadros y el mundo real. Y los jóvenes estudiantes declaraban, con cierta maliciosa ironía, no entender aquello. En efecto, lo mejor de la obra de Acín no se puede medir, no se puede estimar si se compara con la realidad. El módulo no es ése. Aún más: se me antoja que lo mejor de lo que ahora expone lleva dentro la intención de esquivar la realidad, deliberadamente.

Se me antoja que en el estudio de pintor de Acín no caben las cosas reales; no los grandes artefactos, mo-

delos de la composición, pero ni aun la mínima parte de realidad postiza y quitadiza. Nada de esto es necesario; más bien se excluye esta suerte de categoría de presencia Las cosas, para dar el salto mágico desde el mundo real al mundo ideal del cuadro, necesitan transfigurarse, cargarse de un imponderable: “irrealidad idealidad”. Y el único tamiz discriminante, el mejor trampolín para el gran salto, (salto de un mundo a otro mundo), la imaginación del artista, su poder de abstracción.

No pintar las cosas. Conjurar la tiranía de su presencia real (¡Tarea ímproba!) En lo posible, huir de trasladarlas, reproducidas, al cuadro. En este empeño, siempre el artista queda defraudado; siempre la realidad esquivará la total captación. En lugar de pintar las cosas, pintar la idea que, de ellas, el artista haya logrado alambicar. Con esto, a primera vista, parece que el artista nuevo ha puesto su pretensión en un intento de categoría más modesta.

Se comprende la perplejidad ante esta exposición, de los habituados a entender el arte como una imitación de la naturaleza; de los que acostumbran a valorar al artista — creador y no imitador — por su mayor o menor facilidad para representar la realidad. No; evidentemente hay en Acín el deseo, característico de la nueva sensibilidad, de desrealizar el arte; de reducir la realidad a lo que tiene de pura sensación agradable, o más aún, a esquivarla con el poder taumátúrgico de la metáfora.

Adviértase que la mayor parte de la obra de Acín (para mí la mejor) está realizada por meras alusiones, con la intención de recordar sólo vagamente la realidad y apoyándose en ella con gran parvedad. Hay en esas obras un afán de conseguir calidades distintas de las reales. Los cartones, lo mejor de la obra pictórica, dejan perder toda similitud con nuestra manera de percibir las cosas. Allí las líneas son como leves perfiles; como alusiones que prefieren quedar indecisas, inconcretas. Aun los que se presentan como retratos son sólo pretexto para hacer el cuadro desligado de las amarras temporales y espaciales que lo ligan a la persona que sirvió de modelo. Aquel busto de jovencita, en color, es una preciosa prueba de vaguedad intencionada y conseguida. ¿Cómo encontrar allí un contorno? Estupendo alarde de técnica que nos da la figura sumergida en un mundo mago, continuo, ilimitado.

Las mismas esculturas en chapa; el cristo, la danzarina, la bañista, muestran cómo puede haber riqueza de expresión y de sugerencias, tan sólo en una mera silueta aristada, en plena desrealización.

Antes de conocer a Ramón Acín había llegado a mis manos un álbum menudo de dibujos llenos de intención educadora. En torno a escenas de toros y toreros, se acusaba el gesto amargo, y la anécdota era fustigante y agria de ironía.

Ahora veo obras de otra época. Este trozo de su arte que nos presenta ahora Acín, tiene todo el espíritu de los ensayos de arte nuevo (vanguardia) intentados, por lo que a España respecta, en los diez últimos años. En ellos se ha tendido a eliminar lo anecdótico en el arte. En pintura se ha perseguido obras de expresión autóctona. Obras en que lo creado no pudiera ser expresado por otro arte distinto. Obras de pintura pictórica y no de pintura literaria o musical o escultórica.

Quédense las anécdotas para las artes verbales; los conceptos y resonancias trascendentales, para la filosofía. La pintura debe comenzar allí donde no pueden llegar con sus medios de expresión las otras artes. Por eso, en esta época del arte de Acín no busquéis amigos estudiantes, traducir en conceptos, en creaciones literarias, lo que el artista ha expresado. Ahí está la obra; miradla, dejadla entrar por los ojos, que ella buscará vuestra sensibilidad en el rincón donde resuenen las incitaciones de las artes plásticas Y si el acorde no se produce hay que embarcarse en la tarea de afinar la sensibilidad.

Y no preguntéis al artista lo que se propuso al crear la obra de arte. No recordáis que Ortega decía: “El artista plástico, suele producir la obra artística de la misma manera que el peral produce las peras”. Aludía al proceso inconsciente que él adivinaba en esta clase de creaciones que se imponen al artista por pura intuición casi siempre y no por vía de razonamiento.

Yo espero ver asomar muy pronto en la obra de Acín una nueva época, una nueva modalidad. El artista es producto de una época sin que pueda sustraerse a sus incitaciones Nos hace falta un libro que nos pruebe que —¿quién sabe por qué?— el arte puro de los últimos tiempos en España ha sido arte de Dictadura.

En Acín apuntará sin duda, en adelante, la fuerza el proselitismo del cartel, el gran aliento del arte proletario Para ello le sobran aptitudes y visión. ¡Qué raro que la mejor obra de esta exposición me haya sugerido, con la clarividencia de una evocación, el mundo guñolesco, humano y trágico del pequeño gran libro, “El tren blindado 14.69”.

Acín, por hoy, antinomia viviente: hombre del pueblo y artista impopular.

Dos días después, el 5 de junio, también en El Diario de Huesca, aparecen estas coplas firmadas por Cristiano Gasós con el encabezamiento La Exposición de Acín:

Por fin Acín, mi convecino,
ha expuesto en esta población.
Ayer estuve en el Casino
a visitar su Exposición.

Ramón Acín es un artista
completamente original:
va tras lo bello y lo conquista
con el objeto más trivial.

Con un pedazo de madera,
con una tira de cartón,
se las arregla de manera
que nos produce una emoción.

Con tres o cuatro garabatos
sobre un pedazo de papel,
hace magníficos retratos,
lo mismo al óleo que al pastel.

Con un alambre retorcido
sobre una rueda que hay debajo,
produce el eco dolorido
de un accidente del trabajo.

Y con un trozo de hojalata
y una tijera de podar,
hace una Eva que recata
cuanto se debe recatar.

¡Hacer la imagen del Pudor
con un latón y una tijera,
y hacer un grito de dolor
con un pedazo de alambreira!

El arte que hoy exhibe Acín
nos gusta a los analfabetos,
porque es un arte de magín
y de intención y de secretos.

Pero es Acín muy popular
cuando hace cosas tan bonitas
como la que han dado en llamar
“La fuente de las pajaritas”;
que es un altar hecho al candor

de aquellos juegos infantiles
a que se juega en rededor
de los primeros diez Abriles,
y un homenaje al tiempo aquel
en que nos daban ilusión
las pajaritas de papel
y los soldados de cartón...

Con su paleta y su cincel
ganó el artista en buena lid
fragantes ramos de laurel
en Zaragoza y en Madrid;
y yo, creyendo interpretar
de nuestro pueblo los acentos,
hoy le he querido dedicar
estos rimados pensamientos.

El 11 de junio de 1932, en El Diario de Huesca, aparece otra crítica firmada por Arturo Martínez Velilla con el título Ante la exposición de Acín. Notas críticas:

Una circunstancia -dolorosísima para un hijo que ve en trance amargo la vida de su madre- hace pueda presenciar los múltiples y variados trabajos que Ramón expone en el salón "Blanco" del Círculo Oscense.

No ha mucho, y desde estas mismas columnas, me refería al artista patilludo y de la deuda que debía a los oscenses que sienten en su alma los cosquilleos del arte. Ramón ha satisfecho la deuda con esta exposición, que yo la llamo de arte integral.

Acín sabe dibujar y pintar. A sus pinceles sabe imprimirles modulaciones clásicas cuando así lo desea. Esto lo digo para deshacer ese batallón de maledicentes que ponen sonrisas irónicas ante alguno de esos cartones de perfiles vagos y en desorden. A este batallón le digo: el arte es más bueno cuando deja al observador "artístico" un margen para completar la obra con su propia inteligencia. Y esto es debido a que el papel del observador no solo debe reducirse a una actitud pasiva. Su dinamismo artístico cerebral lo quiera hacer también activo. He aquí, señalada en esta breve digresión, la nueva modalidad de los artistas que, como Acín, quieren imprimir en sus obras las características de las nuevas armonías del arte nuevo.

El cuadro del malogrado "Silvio Kossti", prueba de manera contundente las excelencias pictóricas y la técnica del dibujo de este artista. Color y rasgos son perfectos. Para los clasicistas, lo único digno y honorable de esta exposición. Pero los clasicistas disminuyen cada día por aquello de que cada rasgo tiene su época.

Los lienzos que Ramón expone son de cartón del barato. Por algo es un pintor del proletariado. Los fri-sos, lo mismo que sus cuadros, son pobres por eso. Una pobreza que luego la abrillanta y enriquece cuando sobre ellos hace caer el ritmo del rasgo preciso. La nebulosidad con que envuelve algunas de sus obras, hace crecer la expresión a medida que escatima lo perfectamente definido. Y es que el artista quiere que el observador se compenetre con él por intimidad de inteligencia y no por admiración de enfatuado.

"El fraile" es todo un rasgo. Una expresión única, algo así como una mirada profunda que quiere desvalorizar el perfil del dibujo. Los moldes clásicos, en este fraile de intenso misticismo, rompería esa expresión sublime y lo encadenaría en lo vulgar e insípido. Este "fraile" acredita a Ramón como pintor intelectual y reformista.

El retrato de su mujer, es una marina. Algo así como la luna que se ruboriza en los cristales inquietos del mar. Una nueva modalidad pictórica que enciende sus luces en el conjuro de la plasmación simbólica.

"La cárcel" es un cartón de líneas más atrevidas. Escuela futurista. Hace enjuiciar al pensamiento. La paloma blanca es todo un poema de evasión presidiaria.

“Las venus rubia y morena” con toda la pelusa al descubierto, es un caso de desvergüenza... para todos aquellos que llevan veneno en el corazón.

Los relieves en yeso y bronce que exhibe, le dan categoría de maestro modelador. Con sus largos dedos y los indispensables palillos de boj, ha sabido concrecionar caracteres y movimientos de gran plasticidad artística.

Las dos figurillas abocetadas en yeso que presenta, se alejan un tanto de la realidad expresiva por el exceso de rasgo borroso. Y los excesos llevan el libertinaje al arte.

De arte aristocrático, por la elegancia de líneas que encierran, pueden calificarse las figurillas de hojalata que viven su vida de arte en el centro del salón exposición.

La “bailarina” y el “atleta”, son una demostración de dinamismo, originalidad y destreza. La una parece saltar en un antiguo escenario helénico al clamor de músicas exóticas. El “atleta” y en un último esfuerzo, parece conquistar el laurel olímpico. Estas figurillas de hojalata con sus dobleces y recortes, es un nuevo capricho, mejor, una tendencia propia, tal vez de este siglo, que está concibiendo un nuevo arte.

De intento he querido dejar para lo último la impresión que me han causado “El Tren” y la alegría de la “Paz” de la exposición de Acín.

“El Tren” es algo magnífico, una demostración evidente de las bellezas que puede encerrar el arte futurista de los ISMOS, siempre y cuando el artista tenga talento para expresarlo con clarividencia estética. Unos rasgos indefinidos, inmaterializados en una vaguedad sinuosa, bastan para definir la esencia íntima de las cosas cuando esos rasgos saben ajustarse, como en “El Tren” de Acín, a un canon propio de perfecto apriamiento de la idea, que es la hostia artística con que comulga el alma en el santuario de la plasmación emotiva.

La sombra causa más emoción estética que la misma cosa que la proyecta. El artista que sepa expresar la sombra con realismo humano, es más elevado y culto, que aquel otro que sólo sabe presentarnos la misma cosa. El primero es un genio. El otro no llega a lo vulgar. Por algo el primero sabe plasmar el alma de la cosa que es su sombra.

La “Alegoría de la Paz” es una figura en cartón recortado, bajo cuya túnica rizosa, se oculta el espíritu destructor del militarismo. Esta figurilla de cartón, además de la emoción estética que hace surgir del corazón, invita a filosofar al espíritu que la observe. En esta “Alegoría” hay ironía y sarcasmo. Hay reticencia y antítesis. Evoca lo más cruel de la historia pasada y nos trae a la mente lo más trágico y doloroso de la historia presente y futura. El artista ha querido plasmar la más descarnada de las hipocresías humanas. Y lo ha conseguido al presentárnosla en toda su desnudez. Sí, Acín, la “Paz” que tú presentas, es la que la mayoría de las gentes tienen forjada en las circunvoluciones cerebrales. La más cruel de las mentiras sociales. ¡Gran realismo has conseguido con tu elocuente “Alegoría de Paz”!.

Ramón, estas líneas las escribo cuando en mis oídos retumban los quejidos lastimeros de mi pobre madre enferma. He querido ser fuerte y lo he conseguido. Mi mano ha trazado estos renglones para ofrecerte este obligado comentario artístico. Y el dolor y el arte van tan unidos, que han logrado sugestionarme, anestesiando a mi corazón, para que te hiciera justicia al felicitarte por el éxito de la exposición. Una justicia que no quiero que sea como la “Paz” de tu alegoría.

El 15 de junio de 1932 aparece en el diario oscense El Radical un escrito firmado por Rafaela González con el título Ramón Acín y su humorismo:

Con motivo del espectáculo que nos ofreció el caricato “Bon”, dio una charla Ramón Acín en el cine Olimpia, para presentar al “conferenciante mudo”; mas para anunciar los periódicos locales al “charlador” jugoso y zumbón, emplearon los vocablos “ex humorista”. Y verdaderamente la lectura de ese prefijo “ex” me desconcertó por completo, comenzando desde ese momento a hacer cábalas para adivinar: ¿Qué era Ramón Acín? Siguiendo con ahínco el hilo del laberinto que en torno a esa figura de Ramón se ha formado, y merced al estudio minucioso que de él he venido haciendo, hoy puedo decir la solución que he dado: “Ramón

Acín es el humorista más grande y audaz que en la generación actual existe”. Ese rasgo de anunciarse, como él hizo, para dar una charla que giraba en torno al humorismo, llamándose “ex humorista”, es una afirmación más de lo que es consubstancial a su personalidad.

¿Quién, si no es un Ramón, inventa los pasquines que él creó, que para leerlos había que pararse frente a ellos y empezar a deletrear como niño que comienza a engullir en su cerebro las letras para formar las sílabas y más tarde las palabras? ¿Quién que no sea Ramón, hace la “ramonada” –como lo llamó el notable escritor lírico Alfredo Atarés- de inaugurar la Exposición horas antes de terminar el plazo señalado, juntándose la inauguración con la colocación material de las obras que se iban a exhibir, o sea que exponían? Y ¡cómo se exponen! Siempre buscando el contraste, contraste humorístico, que sólo él sabe hacer con armonía.

Casi pareja, a la inauguración de la Exposición Nacional, celebrada en Madrid, se inauguró aquí en Huesca la de nuestro Ramón. Otra humorada. Aquella es un compendio de cuantos giros y tendencias se le da al arte por miles de ciudadanos; ésta es un conjunto de matices artísticos, vistos por un solo espectador. En la Nacional abunda el bombo, el ruido; en la oscense, la sencillez, la carencia total de estridencia: es decir, esta representa la elocuencia humorística; la antítesis, en suma, de la exposición ostentadora de la impersonalidad. En la nuestra, como en aquella Nacional, hay representación de todas las artes plásticas: pintores, escultores, dibujos, proyectos arquitectónicos –donde rezuma el humorismo, como en lo más propicio a tal cualidad- trabajos en hoja de lata –en los que sabe infiltrar alma y vida-; en toda esa amalgama que forma la obra completa del Ramón genial; hay arte realista, clásico, impresionismo, futurismo central y futurismo en la línea más avanzada del vanguardismo, haciendo un todo, que bien podríamos llamarlo “Humorismo Ramoniano”. ¡Ah! También existe otro arte oculto en esa exposición –y que pronto se pondrá a luz-. El tema de que nos hablará en la charla que nos ha ofrecido... Y... Y si me lo permite Ramón, yo le recordaría otra –y quizá muy importante- expresión bella de su genialidad: escribir unas cuartillas relativas a su haz de materiales para fabricar los portavoces de su fecundo y bien interpretado sentir artístico.

Si no temiese hacerme pesada en estas cuartillas, seguiría hablando de la obra “ramoniana”, mas es demasiado extensa, para reducirla en cortas líneas.

Ahora que, Ramón Acín, figurará, con su humorismo, al lado de aquellos dos hombres inmortales, hijos también de la bella ciudad de Huesca: Costa, el estoico, el pensador, el de corazón gigantesco, y Allué, el cantor lírico, jugoso y castizo, que inmortalizó con su obra al bravo Alto Aragón.

Al día siguiente, el 16 de junio, El Diario de Huesca publica un escrito firmado por S. Agulló con el título El superrealismo de Ramón:

Revolucionario, ingenuo e ingenioso

Líneas austeras que traspasando con glacial indiferencia los órganos ópticos del espectador, proyectan en su alma la esencia emotiva de bellos asuntos. Líneas, planos y coloridos que materializan cosas inmateriales: movimiento, sonido, velocidad, silencio... y en los retratos, rasgos psicológicos magníficamente captados. Intimidaciones de rebeldía revolucionaria llevadas a líneas, planos y masas.

Toda su obra moderna tiene la armonía de un canto revolucionario.

Hemos gustado en la exposición de Ramón su ingenuo ingenio. Ingenio sarcástico de un Bernad Shaw. Ingenuidad simpática de un Gerassi.

Sus ingenuos “desplazamientos” o dislocaciones nos hablan de la ínfima importancia de la tiránica exactitud, mientras el alma del asunto dé vida y resplandezca con sinceridad. Su arte no consiste en una reproducción cromática de orden físico-mecánico. No produce una cara igual. ¿Acaso no media el alma de un artista? Eso que llamamos “alma” de un artista y que no es mas que la majestuosa independencia de criterio sobre órdenes estéticos, engendradora de espléndidas inspiraciones.

Sus vírgenes piérides

Vemos a Ramón cara a cara con la Sencillez y la Originalidad, sus dos vírgenes piérides. Pero, Ramón es un audaz. Con serenidad espartana navega por el mar de la Originalidad, ese mar peligrosísimo, pues basta que amaine un poco la brisa del buen gusto para ser lanzado al torbellino de la Extravagancia. Ramón es ori-

ginal con tal espontaneidad y firmeza que bien pudiera decirse que así como algunos se afanan y violentan tras la Originalidad, en Ramón parece que es la Originalidad que va en pos de él.

Huye, porque sabe, de la rutina y de los prejuicios pictóricos. Ciertamente trabaja algo distanciado de las tradiciones preceptivas, pero «una atención excesiva a las reglas ahoga el genio», dijo Alejandro Pope.

Teniendo estas desenvueltas facultades no es raro que Ramón sea un original.

Con la misma serena intrepidez discurre por las, también peligrosas, veredas de la Sencillez ática. Junto a lo sencillo acecha la «trampa» de lo simple. Un paso en falso y se cae en la afectación, en la ramplonería o en la árida desnudez. Ramón sortea los peligros dando la sensación de que ignora la existencia de éstos.

“Les cornes de la Réalité”

La primera impresión que produce una obra de Ramón es desconcertadora. Y si nos empeñamos en seguir viéndola con esfuerzo meramente óptico, orgánico, difícilmente saldremos de nuestro desconcierto. Tienen que intervenir factores de orden sentimental en noble intento de coincidencia idealista con el autor, para saborear bellezas insospechadas.

El espectador realista que busque realidades clásicas llevadas al lienzo (mejor, al cartón), la misma realidad se encargará de desengañarle.

La realidad de lo bello nunca podrá ser más que una fría belleza. Pero, la superrealidad de lo bello es una superbelleza que sólo difunde su emoción estética en zonas situadas más allá de la sensibilidad clásica.

Por esto, Ramón suele desviarse, con elegante altanería, de la pobre realidad que, en el arte pictórico, tantas veces se muestra inartística.

Pero ¿es fácil desviarse de la realidad? No, sino difícil y peligroso. Tal desvío ya es una arte. Los zoilos del gusto tradicional dicen que basta trazar cuatro líneas arbitrarias, proyectar en el centro un manchón rojo y titular el conjunto «El plan Dawes», por ejemplo, y ya tenemos una obra vanguardista.

Ignoran que la realidad nos retiene tiránicamente o se corre el riesgo de salirse del campo estético. En esto estriba la dificultad y riesgo de sobrepasar la realidad.

Bouisson expresa tal dificultad, a la vez que la inelegancia de la realidad, al decir que si cerramos los ojos para no verla

elle montre ses carnes
sur le front bleu de l'idéal.

El 22 de junio de 1932, el periódico oscense El Radical publica una crítica de la Exposición, firmada por José Jarne, con el título Acín y su arte. Al margen de la exposición:

Nadie menos indicado que yo para hablar de las «cosas» artísticas de Ramón Acín.

Amigos de ambos me piden un par de cuartillas sobre el tema de su Exposición actual en el Círculo Oscense, y no saben esos amigos que mi bagaje es de lo más liviano que pueda llevarse para caminar por el mundo de los artistas con la misión de interpretarlos.

Pensé salir ingeniosamente de este cometido asiéndome a las sugerencias vertidas por otras plumas en redor del tema expositivo, pero confieso que sólo he conseguido sumirme aun más en las tinieblas donde me debato.

Algo me duele el tener que llamarme reaccionario, hermético, fósil, materialista y otras lindezas por el estilo, al confesar mi falta de videncia por no saber interpretar la «psiquis» de las líneas arbitrarias y aun de las líneas ideales no trazadas; pero me resigno a ello pensando que son muchos los que me acompañan pidiendo a gritos un lazarillo para no caer en los dictados antedichos.

Y, sin embargo, hay dos cosas que me prestan fuerza y audacia para poder expresar alguna opinión: Siento el Arte y conozco a Acín.

Modestia a un lado, me emociona la Naturaleza, y sé buscar lo Bello poetizando aquello que otros de menos sensibilidad serían incapaces. No sólo en los vergeles plácidos o en las abruptas montañas se encuentran motivos de fuerte emoción. También las llanuras secas y peladas y el yermo ingrato despiertan sentimientos. La Vida, la Humanidad, sabe arrancarme pasiones y deseos de grandes empresas que diz qui-

méricas, pero anhelo reales.

Nadie sea osado, pues, de juzgarme horro de condiciones para sentir el Arte...

Soy, artísticamente, un culto analfabeto. ¿Está claro? Si no lo está, que lo expliquen esos señores para los cuales el ultraísmo no tiene secretos.

La obra de Acín me la explico explicándome al hombre. Tal como es Ramón, así es su arte. Una aspiración, una quimera, un deseo de salirse de la vulgaridad y un afán iconoclasta que pretende haber roto los moldes clásicos. La Judería contra el Ensanche. Toledo contra la Ciudad Lineal. Pero no. La Judería y Toledo son típicos, y el Ensanche y la Ciudad Lineal son académicos... Y nada hay que irrite tanto a Ramón como los académicos y como los clásicos.

Decididamente, este Acín está incurso en el grupo de los futuristas. En el de los alimentos sintéticos y de las mutaciones mágicas, tan difíciles de explicar por lo mismo que nunca han sucedido, pero que han de suceder tal como la fantasía de Acín quiere que sucedan.

No nos culpe, pues, de que seamos legión los inadaptados a su «manera de ver» Hay en ella mezcla de Ocultismo y de Álgebra en porciones desconcertadoras, y eso para nosotros, para el vulgo, es difícil de aceptar.

“Ese azul al que llamamos cielo, ni es cielo, ni es azul”

Algo así es lo que pretende hacernos comprender Ramón Acín; y no será verdad, pero es cruel matar una ilusión tan bonita.

He ahí cómo hemos podido escribir estas notas “al margen de la exposición”.

El 22 de agosto de 1934, El Diario de Huesca, publica en su portada un artículo, ilustrado con cuatro viñetas de Acín de “Las corridas de toros en 1970”, firmado por F. y con el título Una disposición que nos hace recordar soluciones de humorismo de un antiguo libro de Ramón Acín:

Desde la muerte por descabello humano del espectador de La Coruña por el estoque arrebatado por la fuerza del toro de la mano de Belmonte, caso tristísimo pero insuficiente para suspender una fiesta de bullicio y pasión, se venía hablando de recursos científico-práctico-aurinos para evitar tales fatalismos, los más trágicos de la fiesta brava.. Sí, los más trágicos, porque hasta ahora el espectador nunca debió sentir al ir a ocupar su asiento las inquietudes y zozobras, miedo, en una palabra, que envuelve al lidiador que con aspiraciones de gloria y de dinero, sabe que sale a matar con el riesgo de ser muerto.

El Gobierno ha creído, por el ministro de la Gobernación, llegado el caso, de intervenir como tutelar de la seguridad del público, librándolo de las acechanzas terribles del estoque lanzado al aire por la fiera insumisa al certero y definitivo golpe entre sus vértebras.

Y el ministro, dice: “Se dispone se abra una información en el improrrogable plazo de quince días ante la Dirección general de Seguridad, a fin de determinar los procedimientos que tiendan a evitar desgracias en la suerte del descabello en las Plazas de toros”.

Enseguida que leímos esto, antes ya, tan pronto como la Prensa dio la noticia de la desgracia horrible del espectador de Coruña recordamos, como cosa vieja, una colección de dibujos confeccionada hace años por Ramón Acín, con enseñanzas, normas y consejos sobre lo que serían las corridas de toros en 1970.

Preveía Acín, en broma, pero con perspectivas de práctico recurso, el peligro de los estokes lanzados al aire.

Los demás consejos, de vidente y cauteloso precursor, trataban de soluciones para que la llave fuera inevitablemente a la mano del alguacilillo unas, para que el picador no sufriera esos batacazos que hacen agujeros en el suelo, etc., etc.

Lo del estoque

La enjundia de mayor actualidad del libro de dibujos editado por nuestro paisano y amigo, estaba en lo del

estoque que rechaza el testuz de la res.

¿Cómo evitar las desgracias, si la espada iba a las localidades?

Acín no admitía, por antiestética y costosa, la armadura que cubriera el cuerpo del torero y del espectador. Algo habría forzosamente que inmunizara la seguridad de los del redondel y de las gradas.

Vedlo en el dibujo con su pie de concisa y elocuente explicación.

El espada se dispone a descabellar. Pues a montar el aparato. De la empuñadura o cruz de la espada se sujeta una cadena delgada, pero fuerte. El otro extremo de la cadena, que presumimos mediría unos cinco o seis metros, va sujeto a un bloque de hierro, pero de una media arroba, colocado en el redondel por las cercanías del artista.

Salta el estoque, pero no abandona su radio por mucha que sea la fuerza de lanzamiento. El estoque vuelve a la arena porque el peso de los varios kilos a que está amarrado le impide volar. Seguramente que ocurrido el accidente y puesta en práctica la idea de Acín, no hubieran muerto ni el de Bayona con Márquez, ni el de La Coruña con Belmonte, ni le hubiera visto los labios a pálida el espectador de Zaragoza cuando a Joselito se le fue el arma al tendido.

¡Ramón! Tus bromas resucitan con designios de invento estimable tras la sucesión de percances taurinos al conjuro siniestro de un estoque por los aires.

Si Salazar Alonso viera tu cuaderno de chirigotas artísticas seguramente las tendría muy en cuenta.

También las cosas de Julio Verne fueron fantasías y sueños hasta que los vértigos y los inventos colocan a los hombres en la estratosfera lo mismo que a un kilómetro de la superficie del mar hacia abajo.

Con Mazzantini en la botella y suertes del toreo en los platos, se espera a Sánchez Mejías.

¿Pero tú eres taurino?, preguntamos a Ramón Acín en su casa cuando vimos la mesa puesta en un mezclado flamenquísimo español francés.

- Lamento como el que más la realidad de la célebre copla con aquello que asegura que a la fiesta de los toros no hay quien la “abola”. Por mí las suprimiría de una plumada. Pero no es obstáculo para que reconozca que en su aspecto artístico es algo logrado, algo de lienzo, costumbrista, fuerte y pasional.

Otros íntimos míos, artistas y escritores de Madrid y de Sevilla, piensan aún más radicalmente que yo y sin embargo una de sus mejores amistades era Sánchez Mejías, el bravo torero que al día siguiente de verlo los oscenses recibió la cornada mortal en Manzanares.

Sánchez Mejías –continúa Ramón Acín- debió venir aquí para recordar a los amigos suyos y míos y en honor suyo tendí este tenderete flamenco.

Manzanilla en botella con el busto de Mazzantini, pastas, dulces y platos franceses con la suerte del toreo explicada en la lengua de la nación vecina.

Como se preparó estaba la mesa. Recordamos al veterano lidiador con la emoción del recuerdo de un convidado que no pudo acudir al agasajo y que jamás acudirá.

Con vistas a un museo

Ramón Acín posee cosas interesantísimas para los que sentimos honda la afición a la fiesta nacional y a su historia.

Abanicos, botones, figuritas, cerilleras, pipas, azulejos, alfombras, ceniceros, porcelanas, candeleros, cristales, cromos, estampas, cuadros...

Aquello va por camino de llegar a formar en día no lejano un museo digno de lucidísima exposición.

Y en carteles tiene coleccionados una serie que abarca desde los años más distantes hasta nuestros días.

Cuadrillas, ganado, precios, observaciones curiosísimas desde el año 1860. Una litografía de La Lidia de Daniel Perea, representa a un picador delante del toro. Pero la cabalgadura es otro hombre dispuesto a vaciar al toro si este se arranca mal con la muleta que lleva entre las manos.

El varilarguero es Juanijón, de quien dice Sánchez Neira que, según sus datos, era de Huesca.

Vimos otros grabados de gran valor documental y retrospectivo y, su cartel, del gran Lagartijo –quien igual que Guerrita figura en carteles de San Lorenzo, como banderilleros-. El cartel no es de tela, sino de tejido de seda. Magnífico.

Para otro día

No tardará mucho en llegar la continuación sobre nombres y demás particularidades de los programas de toros.- F.

El 20 y 21 de julio de 1935 se celebra en Huesca el II Congreso de la Técnica de la Imprenta en la Escuela, en el que participará Acín. Uno de los congresistas asistentes, José de Tapia, escribirá en el número de agosto de la revista Colaboración (Boletín de la Cooperativa española de la técnica Freinet) un artículo titulado ¡Huesca! del que transcribimos la parte final:

[...]

Si en tus históricas construcciones guardas tesoros de artistas que huyeron de nosotros; si tu Catedral, con su soberbio retablo; tu San Pedro el Viejo, tus Casas Consistoriales, tu Palacio de los Reyes y tantos otros monumentos notables que encierras hacen detener al viajero y lo extasían con sus grandezas, permítenos a nosotros, soñadores y mágicos creadores del mañana, detenernos en-te tu más humano, más grande y más sublime artista.

Te hablamos de Acín, del hombre artista o del artista hombre, del hombre bueno que quiso encontrar palabras para poner en otros sus más nobles y bellas cualidades; del hombre sencillo que poco a poco, silenciosamente, va reuniendo en la ‘casa encantada’ cantidades para nosotros fantásticas de cosas bellas, cosas únicas, de cosas mágicas que hacen saltar al corazón y derramarse al alma.

Acín es tu artista supremo; tu así lo reconocerás. Él creará cosas inimitables, pero su obra mayor y mejor, su más difícil obra, su obra de gran maestro y gran artista, ya te la ha donado.

Su mejor obra es su VIDA.

Nosotros no sabíamos desprendernos de los impalpables lazos que nos ligaban a aquella ‘casa’. Nosotros estrechábamos aquellas tibias manitas de la más genial realización artística y sentíamos hondamente el dolor de tener que romper aquel encanto que nos embargaba haciéndonos vibrar en emociones desconocidas. Para vosotras, bellas Sol y Katia, el recuerdo y la añoranza más ardientemente sentidos de un padre y un maestro.

Vuestra bella imagen perdurará a través de los más fuertes temporales de nuestra existencia poderosamente enmarcada por las siluetas sublimes de quienes la sabia Natura os deparó por creadores.

El 15 de septiembre de 1935, ante la grave crisis municipal que se vive en Huesca, Acín publica un irónico escrito a El Diario de Huesca con el título “Ramón Acín se ofrece para alcalde de la ciudad”. Escrito al que contestará en el mismo diario, dos días después, María Cruz Bescós en una Carta abierta:

Amigo Ramón Acín: Cuando un poeta y pensador (como usted es) se va haciendo viejo, perdida la esperanza de poder tomar las cosas de la vida en serio, impregna de humorismo todo cuanto hace, dice o escribe. Así su artículo de ayer, pidiendo la vara de alcalde de Huesca, que es humor fino al principio y carcajada al final, cuando tan bonitamente deja en pulida vara de pelaire el histórico bastón de mando.

Usted verá la cosa en broma, pero yo he pensado en serio. ¡Qué buen alcalde de Huesca haría Ramón Acín! En qué momento tan oportuno íbamos a llevar un artista a regir el Concejo de un pueblo que tiene sus arcas exhaustas.

Artista, genio creador, forjador de ilusiones, hombre de imaginación.

Allí donde nada hay, es donde se siente la necesidad de lanzar la fantasía al reino de las esplendorosas quimeras, y usted sería como el otro poeta, también portentoso creador de ilusiones, que se llamó Edgard Poe, que sabía decir a los poderosos de la tierra en tono compasivo: “Vosotros, mis pobres amigos, os creéis ricos”. Pues bien, quiero describiros la puerta que habría de poner a la entrada de mi villa, si para construirme una villa tuviese dinero bastante. Y describió una puerta de tal manera fabulosa, que la fortuna de Crespo no era bastante a construirla. Ahora concluyó con una sonrisa, imaginad la magnificencia de mi casa, cuando lo que os he descrito no era más que la puerta. Y tenía razón. El hombre que tiene millares de millones, si

le falta la fantasía, no será más que un mendigo.

¿No estaría entonces bien, ya que en las arcas de nuestro Concejo faltan los millares de millones, tener por lo menos sobra de fantasía y de imaginación? Pues pongamos al frente a un artista, a un fabricante de quimeras, que pondrá un claro-oscuro, un relieve en este nuestro vivir plano y triste de todos los días.

¡Qué cosas bellas planearía Acín para su pueblo! No serían vulgares palacios de cemento, serían palacios deslumbradores, talla-dos en cristal refulgente. Serían fabulosos jardines, más fragan-tes que el de las Hespérides, que nos darían frutos de oro.

Y de la colina de San Jorge haría, no una colina, sino siete colinas como las de la Roma Inmortal, o mejor aún, la Siete Columnas, que es como decir el Ara del Mundo.

Eso haría Ramón Acín, si lo nombráramos alcalde de Huesca, y como además Acín tiene un corazón de oro, cuando el pueblo se cansase de la fantasía (que los pueblos prefieren la prosa), de un zarpazo le arrancaríamos su corazón de oro de 18 quilates y lo empeñaríamos para salir de apuros.

Mal que para usted no desea su buena amiga, M^a Cruz Bescós. Huesca 16-9-35.

Premonitorias palabras. El 19 de julio de 1936 se produce la sublevación fascista en Huesca, y el 6 de agosto de 1936 los felones, de un zarpazo, le arrancaron su corazón de oro en las tapias del cementerio de Huesca.

La transcripción corresponde al documento 30 de la tesis de Miguel Bandrés Nivelá "La obra artigráfica de Ramón Acín (1911-1936)" realizada en 1986. Según Bandrés en el original faltan algunas líneas.

Este fragmento está extraído del artículo "Ramón Acín o el humorismo" de J. L. Aranguren Egozkue aparecido en Diario del Altoaragón (25-X-1988) p.32.

La transcripción corresponde al documento 150 de la tesis de Miguel Bandrés Nivelá "La obra artigráfica de Ramón Acín (1911-1936)" realizada en 1986.

La transcripción corresponde al documento 176 de la tesis de Miguel Bandrés Nivelá "La obra artigráfica de Ramón Acín (1911-1936)" realizada en 1986.

El artículo lo encabeza una viñeta gráfica de Acín titulada "Comenzó el licenciamiento".

La obra no llegó a ser seleccionada pero sería repintada por Acín con motivo de su Exposición en el Rincón de Goya de Zaragoza en 1930.

La transcripción corresponde al documento 205 de la tesis de Miguel Bandrés Nivelá "La obra artigráfica de Ramón Acín (1911-1936)" realizada en 1986.

En el recorte que se conserva en el legado de Acín hay un texto manuscrito por él mismo que dice: "El Diluvio se ocupa por segunda vez y dice en sus últimos párrafos..." También en la primera línea del escrito Acín ha tachado cuarenta y ha sobrescrito sesenta.

La traducción al castellano se ha tomado de El Diario de Huesca (9-I-1930) de un artículo titulado "Nuestros artistas. Ramón Acín en Barcelona".

La transcripción corresponde al documento 233 de la tesis de Miguel Bandrés Nivelá "La obra artigráfica de Ramón Acín (1911-1936)" realizada en 1986.

La transcripción corresponde al documento 238 de la tesis de Miguel Bandrés Nivelá "La obra artigráfica de Ramón Acín (1911-1936)" realizada en 1986.

El escrito lo ilustra una escultura en chapa, actualmente desaparecida, titulada "Carrera" y un texto al pie que dice: "Como en 'La danza', en esta 'Carrera' le ha bastado a Ramón Acín una pequeña chapa de metal para obtener una verdadera obra de arte. Ingenio y maestría técnica se aliaron para ello, porque no son ajenos ciertamente a este admirable resultado el estilo ágil del caricaturista y el sentido constructivo del escultor."

Sin duda es un lapsus del periodista, que atribuye a Ramón Acín el monumento de Joaquín Costa levantado en Graus (Huesca) en 1929, pero cuyo autor es José Bueno. O tal vez radica en Graus la placa realizada el año anterior por Acín para la calle Costa de Zaragoza

Acompaña al artículo una fotografía de la escultura "Bailarina" con faldellín.